

EL SANADOR DEL TIEMPO



Jon Ícaro

Texto: Jon Ícaro

Portada: Diseño e ilusión

Tipografía: Typodermic Fonts

Corrección: MyStilus

Contacto: jonicaroescritor@gmail.com

Síto web: www.jonicaro.com

1ª Edición – Octubre de 2016

2ª Edición – Abril de 2017

3ª Edición – Septiembre de 2018

*Ni el mayor de los héroes pasa a la historia
sin unos padres que le den la vida.*

*A mis padres,
por darme la mejor de las existencias.*

*A mi hermana,
que no solo me ayudó a creer en la magia,
sino que me demostró que a veces la magia se convierte en persona.*

*Siempre viajo mentalmente a mundos imaginarios
donde ocurren cosas maravillosas.
A mi compañera de vida, cuyo esfuerzo en cuidarme
atrae las cosas maravillosas a mi mundo.*

ANTES DE EMPEZAR...

Tienes en tus manos un pedazo de mi corazón. Dicen que uno nunca olvida su primer amor, y **El sanador del tiempo** fue mi primera relación con el mundo literario. Como las primeras veces, fue encantadora y a la vez dolorosa. Me permitió mi primer contrato editorial, la satisfacción de ver un sueño hecho papel, la conexión mágica e incondicional con los lectores... Y me descubrió la oscuridad absorbente del mercado literario.

Al final, me quedo con lo que me hace estremecerme cuando miro hacia atrás y siento la nostalgia que le debo a estas páginas. Me quedo con esas personas que me dijeron que no solían leer y que acabaron enganchados a esta novela. Me quedo con esos lectores que renegaban del género histórico y se reconciliaron con él a través de esta historia. Me quedo con las personas que conocí gracias a Poul y compañía, ahora amigos en la distancia. Me quedo con la lectura conjunta en el blog (Ambar Vereliz, Sadire, Donosti, Miscrét...), y con todos esos pequeños destellos de alegría que hacen que mi aventura con este libro sea gigante. Con muchísimas cosas más, todas ellas ingredientes de la felicidad, me quedo.

Deseo, de corazón, que disfrutes de las siguientes líneas. Ojalá que, a través de ti, siga debiéndole tanto a esta historia que tienes entre las manos. Espero que te guste.

Gracias de antemano.

Atentamente,

Jon Ícaro.

PRESENTE**Montgomery, Alabama, Estados Unidos**

—No tratamos a mujeres.

Y así, mientras se encendía un cigarro Treasurer Black, Jefferson condenaba a muerte a la hija del jeque egipcio. Abrió la pequeña caja metálica para ofrecerle uno, como si permitiéndole fumar uno de los cigarrillos más caros del mundo se neutralizara la dolorosa decisión. Como si le hubiera comunicado algo sin importancia, como si le hubiera avisado simplemente de que llevaba los cordones de los zapatos desatados.

—¿Por qué? —preguntó Khalfani Josanu mientras declinaba la oferta. Una vez superado el mazazo de la negativa, comenzaba el proceso de negociación. Iba a ser difícil, pues ya había usado el argumento que siempre le abría las puertas a todo: su riqueza. Pero no iba a dejar morir a su niña, su querida niña.

—Porque la terapia con mujeres todavía está en proceso de investigación.

Acto seguido, Jeff se puso a jugar con el teclado de su ordenador, queriendo mostrar que tenía tareas pendientes y que la conversación se había acabado. Les separaba un escritorio más ancho de lo normal, al presidente de MediTime le gustaba mantener la distancia con sus clientes.

—Entiendo —dijo Josanu mientras miraba la enorme cristalera que había detrás de su interlocutor. El despacho era enorme y con su decoración minimalista tendía a generar una gran sensación de vacío,

como se imaginaba el jeque que tenían el corazón los grandes magnates. Pero no iba a caer en la hipocresía de acusarle de ello—. ¿La entrega de la mitad de mi empresa no podría acelerar el proceso de investigación?

Jeff entonces retiró la mirada de la pantalla del ordenador para volver a prestarle atención al hombre. Le miró desde unos ojos azules que contrastaban con su corto cabello negro. Su rostro, duro, reflejaba una madurez enorme pero ninguna arruga. Josanu pensó que también hacían maravillas estéticas en aquella clínica. El presidente se acarició el bigote. Era un gesto que le aislaba del mundo, como si desplegara una membrana impermeable entre él y lo que le rodeaba, pudiendo así tomar decisiones difíciles con sensatez y concentración. Finalmente, habló.

—Podría —lo dijo con frialdad, sin entusiasmo, como si ya hubiera contemplado esa opción. Josanu se sintió idiota, sabía que se estaba aprovechando de su desesperación—. Siempre que usted esté dispuesto a asumir toda la responsabilidad.

Lo estaba. Jeff sabía que lo estaría. ¿Qué no estaría dispuesto a hacer un padre por conseguir la única oportunidad de salvar a su hija? El jeque afirmó con la cabeza, no hacía falta palabras y los dos lo sabían. Es en los momentos más sentimentales cuando se toman las decisiones más torpes.

—Bien, entonces tengo que hacer unas llamadas para acelerar los trámites —advirtió Jefferson mientras pulsaba uno de los botones de su escritorio, el que estaba al lado de un pisapapeles con la figura de Napoleón en oro macizo—. Tendrá una respuesta en breve.

Al instante, entró una mujer de largas piernas, cintura estrecha y busto prominente, como gustaban a los magnates. Invitó a Josanu a salir del despacho asegurándole que cuidaría de él mientras Jefferson gestionaba su petición. Una vez en soledad, el presidente marcó un número en su teléfono personal. Ya era hora de que maduraran los

frutos que traía la cigüeña de la empresa. Sonaron dos tonos hasta que su llamada fue contestada.

—Señor presidente —dijeron desde el otro lado de la línea—. ¿En qué puedo servirle?

—Hola, Reenberg. Hoy no requiero tus servicios, sino que quiero recompensarlos —dijo el jefe, y puesto que no es que Jefferson fuera excesivamente bondadoso, Poul Reenberg se preguntó qué estaría tramando aquel hombre tras el terminal bañado en Plata de Ley—. Creo que estás preparado para tu primera intervención.

El grito de satisfacción, de orgullo expulsado, se pudo escuchar a través de la conexión telefónica. Poul llevaba tiempo deseándolo. En valores absolutos no era mucho tiempo, no al menos tanto como era necesario ya que su talento le hacía reducir el tiempo medio de preparación, pero aun así tenía tanta ilusión que cada segundo que pasaba durante el aprendizaje era una tortura. Deseaba intervenir lo antes posible, y al fin lo había conseguido. Sin embargo, Jeff se encargó de reducir su euforia con un análisis de la situación frío y realista.

—Pero he de decirte algo —dijo Jeff, tras lo que hizo una pausa al oír a Poul jadear. Se preguntó si la alegría le hacía hiperventilar—. No es el procedimiento habitual. Tratarás a una mujer. Ya sabes que la investigación con el sexo femenino no está totalmente cerrada. Sé que hay gente más experta, pero tú eres el que mejor calificación ha obtenido en cada primer examen de cada materia. Resumiendo, aunque carezcas de excesiva experiencia, eres el que mejor se enfrenta a situaciones nuevas.

—Gracias, presidente —agradeció Poul, ruborizado ante tanto halago.

—Y puesto que es un procedimiento con muchos riesgos, necesito que me confirmes algo. No solo corre peligro la paciente, también tú como interventor —advirtió Jeff antes de hacer una pregunta con la seguridad de los que saben que no le pueden decir que no—. ¿Estás dispuesto a asumir el riesgo?

2

PRESENTE

Montgomery, Alabama, Estados Unidos

Poul Reenberg recuperó oxígeno a grandes bocanadas. La llamada de su jefe Jefferson le había cogido corriendo y había intentado por todos los medios no ensuciar la comunicación con respiraciones forzadas. Pero ahora, una vez acabada la conexión, se encargaba de saldar la deuda de oxígeno de su cuerpo. Miró a su izquierda. El río Alabama seguía su curso, tan tranquilo como siempre. Pero la vida de Poul acababa de agitarse completamente. Al fin cumpliría su sueño, intervenir en MediTime. Aunque en aquel momento olía a sudor, su futuro acababa de perfumarse con el mejor de los aromas.

Para ello había estado preparándose toda su vida. Había acabado su carrera de medicina en Dinamarca con calificaciones excelentes y se había especializado en Ingeniería Genética. Se había asegurado una plaza de prácticas en el Hospital General de Massachusetts y ahí no había hecho más que inflar su currículum con soberbias valoraciones. A sus treinta y dos años, los ojeadores de MediTime habían hecho su trabajo y le habían cazado para su empresa. ¿Quién podía resistirse a MediTime? Eran punteros en Genética Regresiva y su tecnología estaba siglos por delante del resto, aunque paradójicamente sus tratamientos se caracterizaban por volver varios siglos atrás. Los miembros de MediTime eran popularmente conocidos como los detectives del tiempo.

Poul reanudó su carrera, a menudo salía a correr para despejar sus pensamientos y ahora tenía muchos por organizar. Reenberg no era un danés típico, ni lucía una larga melena rubia ni tenía unos ojos claros como el cielo. Más bien todo lo contrario, tenía un discreto pelo corto negro y unos ojos oscuros. En tonos azulados, pero oscuros. Conservaba las facciones serias del norte, pero con pinceladas que mostraban bondad y amabilidad si uno se fijaba bien. En la piel blanca, rozando la palidez, sí coincidía con sus compatriotas. Por otro lado, su carácter serio escandinavo se dejaba romper a menudo como un muro con el ariete del buen humor.

MediTime había llevado al extremo la, hasta ahora, mística creencia de que las enfermedades del presente estaban originadas por las vidas pasadas. Y como todos los estudios que se hacen a conciencia y con una fe ciega, se había obtenido resultados. Darwin ya había abierto el camino con su teoría sobre la evolución de las especies gracias a la variabilidad genética. Sin embargo, los cambios en la Humanidad eran tan rápidos que el material genético era incapaz de asumirlos en una escala temporal evolutiva normal. Y el ADN, a pesar de sus esfuerzos por preparar al ser humano para los nuevos problemas, solo conseguía una frustrante tensión en su intento por ejecutar los cambios. Resumiendo, el ADN creaba unas variaciones históricas que, transmitidas de generación en generación, acababan explotando en forma de enfermedad. Bueno, la teoría era algo más compleja. Pero la práctica, motor de la credibilidad, daba la razón a la empresa.

Los tecnólogos de MediTime eran todavía mejores que sus biólogos, y habían conseguido una maquinaria capaz de leer estos cambios en una clara evolución del Proyecto Genoma Humano. De lo que no habían sido capaces, era de conseguir arreglarlos mediante nanotecnología. En su lugar, se grababa la lectura genética y se transmitía a un cerebro humano para que pudiera deshacerlos. Los

que ponían este importante órgano a su servicio eran los interventores, y Poul estaba a punto de convertirse en uno de ellos. Sin tecnicismos y explicado a nivel práctico, se les enviaba mentalmente al pasado histórico del paciente para que resolvieran algún hecho dramático que había provocado las variaciones genéticas en una búsqueda desesperada de una adaptación inminente. Toda una revolución científica que atraía la atención de todo el mundo por el hecho de poder viajar en el tiempo. Sí, ser interventor era el sueño de muchos y Poul lo estaba acariciando. Por supuesto. ¿Por qué no iba a asumir el riesgo que fuera necesario?

3

PRESENTE**Montgomery, Alabama, Estados Unidos**

Era la primera vez que Poul entraba al quirófano en condición de interventor. Se le llamaba quirófano por costumbre, ya que allí se operaba con la mente, no con las manos. A pesar de la fresca temperatura de la sala, Poul Reenberg sudaba. No había refrigerador posible contra los nervios. Los psicólogos le habían enseñado a empacarlos y dejarlos fuera de la sala. Pero en el momento de la verdad, le resultaba imposible hacerlo.

Olía a lavanda, aroma que relajaba y permitía la concentración. Una ducha caliente, una infusión de melisa, tila y azahar... Poul había seguido el protocolo para templar el nerviosismo. Era vital para la conexión cerebral. En las paredes blancas no había ningún objeto llamativo que pudiera distraer. En el centro había una camilla sobre la que descansaba una joven en estado comatoso. Había sufrido una encefalitis vírica, y aunque había superado la fase aguda de la enfermedad y ya no había rastro del virus en su organismo, los médicos habían asegurado que jamás despertaría del coma. Poul Reenberg había estudiado a la chica, porque debía encontrarla durante la simulación. Piel canela, pelo oscuro, facciones afiladas con un rostro levemente redondeado en el que se disponían unos grandes labios, unos pequeños ojos oscuros y una nariz desproporcionada. Si Poul Reenberg tenía que quedarse con algún detalle para reconocerla, lo haría por su gran nariz. Y por sus grandes cejas también. No era guapa, pero le transmitía jovialidad a pesar de su estado actual. Mal

inicio, no era conveniente empatizar en exceso con el paciente. Por lo demás, estatura media y un pecho grande que se podía adivinar incluso tapada con aquella sábana blanca que se alzaba con cada una de sus inspiraciones. Eso mientras respirase. Josanu deseaba que fuera durante mucho tiempo. El jeque, sentado en una esquina con los brazos cruzados, había insistido en presenciar la intervención. No se fiaba mucho de la nueva tecnología, pero esperaba que fuera lo suficientemente eficaz para curar a su niña y así quitarle de la cabeza la idea de lanzarse desde un precipicio. No soportaría vivir sin su hija.

—Estos electrodos nos darán las constantes vitales del interventor —dijo uno de los técnicos colocando unas ventosas en el pálido, afeitado y esculpido pecho de Poul—. Las sensaciones mentales del interventor son de tal calibre que pueden provocar cambios bestiales en su organismo. No nos extrañaría presenciar un infarto en directo.

—No hacía falta recordarlo ahora mismo —dijo Poul visiblemente nervioso. Los técnicos sonrieron. Josanu, con una mirada intranquila detrás de sus gafas, no.

—Esa máquina de ahí —explicó el técnico señalando un enorme procesador—, lee la secuencia genética de la paciente, detecta las tensiones heredadas y las traduce. Entonces, envía esa información al interventor y su cerebro empieza a procesarla. Se recrea la situación que ha quedado grabada en forma de cambios incompletos en el material genético y se introducen tecnológicamente dos personajes que representan al terapeuta y a la paciente en ella, con su aspecto actual, para poder modificarla. El interventor se sumerge entonces en una especie de simulación, resuelve la situación, de manera que la tensión se relaja y una vez encontrada la forma de solucionarla se hace el proceso inverso, la máquina envía la solución al cerebro de la paciente que la utiliza para cambiar el ADN de las células afectadas.

—Lo que quiere decir el listo de la clase es que vamos a curar a su hija —aclaró Poul y esta vez el jeque sí ofreció una sonrisa ante su comentario. Una sonrisa cortés y desconfiada.

—Bien, pues ya está todo preparado.

El técnico se limpió las gafas y se sentó delante del ordenador. Poul se tumbó en la camilla que quedaba vacía en la sala. Intentó hacer algún comentario gracioso para romper la tensión del momento, pero no encontró ninguno capaz de conseguir ese efecto.

—Vamos allá. ¿Preparado? —preguntó el técnico.

Poul sabía que la pregunta era algo más que simple protocolo. Sabía que era su primera vez y más que permiso para empezar, le estaba animando con la mirada. También estaba el problema de la inestabilidad de las conexiones con personas del género femenino. Bueno, Poul había demostrado ser el más flexible durante la preparación para las situaciones inesperadas y, si algo no iba bien, cortarían la intervención inmediatamente. A pesar de saber eso, Poul no conseguía calmarse completamente.

—Preparado —contestó el danés, sin estarlo realmente. Se agitó su respiración como se agita en esos momentos en que uno piensa que estaría mejor en casa viendo un documental histórico, en lugar de estar a punto de vivirlo. Notó la ansiedad de deshacerse del peligro inminente. Pero ya no había marcha atrás, su sueño le anclaba a la camilla.

—Bien —afirmó el técnico levantando su mano izquierda —. Ejecutando el programa en tres, dos, uno...

Poul tomó aire, se preparó para aquello que llevaba deseando tanto tiempo.

Y de repente, un apagón.

4

3150 a.C.

Cheni (Tinis), Alto Egipto

Poul abrió los ojos y se obligó a entrecerrarlos para evitar que la arena los invadiera. Hacía un calor espantoso. Era normal, estaba en Egipto. Era predecible, la paciente era originaria de allí y en la mayoría de los casos la simulación tendía a transportar al interventor al mismo país. Pero en otro tiempo. Ahora tenía que averiguar la fecha. Llevaba el torso desnudo, la cabeza afeitada y un *schenti* cubría sus partes más íntimas. El Antiguo Egipto. Le costaba respirar debido al calor asfixiante. Sabía que todo era producto de su mente, que era una representación en su cabeza, pero las sensaciones eran extremadamente realistas. El Sol golpeaba con fuerza su piel como lo hacía en los meses más cálidos de las playas de California.

—Nassor. ¡Nassor! —gritaron su nombre repetidamente, tardó en saber que se dirigían a él. Poul tendría que acostumbrarse a su nueva denominación. Se giró, se había perdido mentalmente ante el enorme desierto que se desplegaba hacia el horizonte, aunque el nuevo paisaje no era menos sobrecogedor. Una veintena de hombres, con falda egipcia y hacha en mano, buscaban su atención—. Menes nos reclama. Dice que ya acabó el tiempo para la reflexión.

—Bien, Menes... —Poul se sorprendió a sí mismo hablando egipcio antiguo. Era increíble cómo los tecnólogos habían conseguido interpretar las señales genéticas. Poul no tenía que

aprender el nuevo lenguaje, ya lo habían hecho las maquinas por él. Hizo memoria. ¿Menes? Menes... ¡Palmer! Sí, esa lección histórica se la sabía. Se encontraba en el origen de Egipto, instantes antes de la unificación del Alto y el Bajo Egipto. Bien, en esa disputa, sabía de qué lado tenía que ponerse—. No hagamos esperar a Menes entonces.

—Si el comandante así lo desea, vayamos a la casa del señor de Cheni —dijo su interlocutor extrañado por la sombra de duda que reflejaba Poul. El joven danés bajó la mirada y vio que su *schenti* estaba hecho con piel de leopardo, lo que mostraba su prestigio. Por lo visto, se había convertido en un comandante.

—Espero que la decisión de respirar el aire del desierto haya aclarado los pensamientos de nuestro comandante —dijo su sirviente. Y acto seguido, la veintena de hombres se inclinó poniendo sus manos en las rodillas.

Poul, o Nassor, fue guiado a través de los inapreciables caminos que se creaban entre las casas rectangulares de adobe. Los hogares parecían haberse edificado al azar, como quien lanza piedras a un suelo desierto. Alguna que otra palmera adornaba la aldea. Llevaron a Poul al interior de la casa más grande que se podía observar y el frescor interno acarició placenteramente la piel del danés. La sombra, sin duda aquella experiencia le haría aprender a valorarla. En el momento en que entró, los hombres que discutían visiblemente en el interior se relajaron y finalmente se hizo el silencio. Las voces dejaron de resonar en la amplia sala que tenía dos figuras de piedra excelentemente esculpidas, una a cada lado. Una iguana del desierto se deslizó por los pies de Poul, que no pudo evitar estremecerse ligeramente del asco.

—¡Nassor! —dijo finalmente uno de los presentes, un hombre bajo cuya gran barriga le precedía—. Aquí discutiendo estamos sobre si al final tendremos tu ayuda en la lucha. Pero parece que solo tú podrás resolver nuestras dudas.

—Bien... Bien... —dijo Nassor intentando hacer tiempo.

Observó al hombre de mirada dura que se posicionaba un peldaño por encima del resto gracias a su gran trono de madera recubierta de oro. Debía de ser Menes, era una réplica exacta a las estatuas de los laterales, pero esta vez de carne y hueso. Sintió que no podía decirle que no. Pero tampoco deseaba decirle que sí. Apelando a la lógica, y Poul tendía mucho a dejar que la lógica resolviera sus conflictos, tenía que alejarse de cualquier peligro. Si moría en combate no le sería útil a la paciente, y además su cuerpo físico podía sufrir daños aunque la muerte fuera figurada. Finalmente, decidió hablar.

—Ahora mismo no puedo ofrecer la ayuda que aquí se solicita. Volved a preguntarme en un tiempo.

—¿En qué tiempo, Nassor? —el hombre del trono habló con autoridad—. ¿En el tiempo en que los nomos de río abajo se unan para destruirnos? Creo que en la primera parte de la reunión ha quedado claro que es necesario unirnos para dominarles ya. Y que yo debo liderar la alianza también está claro, así que, dime, Nassor, ¿no lucharás a mi lado ahora?

Poul tragó saliva. Sabía que no era una pregunta cualquiera, sino una oportunidad de salvar su pellejo. No podía negarse ante aquel imponente hombre, pero tenía que ser cauto, teniendo en cuenta que era su primera intervención y que quería que esta acabara con felicitaciones y no con reproches. No quería que sus aspiraciones en MediTime se consumieran como lo hacía la leña ante el fuego de la hoguera que les juzgaba en el centro de aquella sala.

—Sí, lo haré —responder otra cosa no aseguraba seguir mucho tiempo con la cabeza pegada al cuello—. Pero antes debo consultar a mis hombres, saber cuáles son sus deseos, su disposición.

—¿A tus hombres? —Menes preguntó riéndose, el resto de hombres de la reunión también lo hicieron. Le obedecían como si fuera el faraón que todavía no era, aunque pronto cambiaría aquella corona rectangular por la corona faraónica que representaría a la primera dinastía egipcia. La democracia vendría muchos años después y el hecho de anteponer la opinión de los hombres al mandato de un superior era gracioso. Menes hizo un gesto ante el cual uno de los hombres que había arrodillado a su lado se levantó. Le dijo algo al oído. El sirviente salió rápidamente de la sala—. ¿Será que ahora son los hombres de Nemty los que deciden sobre la paz y la guerra? ¿Será que Nassor, gran hombre de Hutnesut, ya no tiene fuerza en su ciudad?

—La tengo —aseguró el joven. Al menos, Poul había comprendido que ahora era el líder de uno de los nomos del Alto Egipto—. Mis hombres lucharán para ti bajo la amenaza del látigo si es necesario, pero quiero asegurarme de que aman la guerra, eso les hace más feroces que guerrear por miedo y obligación.

Menes ladeó la cabeza, señal de que no desaprobaba del todo sus palabras. Acto seguido, volvió el sirviente que había abandonado el lugar momentos antes. Pero no lo hizo solo. Regresó con dos mujeres. Una de ellas tenía una gran nariz y unas grandes cejas. Y unos grandes pechos, enormes y, a pesar de su tamaño, firmes e hipnotizantes. Poul agradeció entonces la costumbre de que las esclavas egipcias llevaran el torso descubierto. La mujer vestía una falda larga cuyos tirantes cubrían sus pezones. Nada más cubría su cuerpo salvo el maquillaje carmesí hecho con malaquita y ocre, un adorno destinado a las clases más pudientes pero que su amo se había encargado de aplicar para hacerla más atractiva.

—A Nassor de Hutnesut le cuesta pensar —dijo Menes señalando a las dos mujeres—. Estas mujeres te ayudarán a decidir. Dos de mis mejores esclavas. Te acompañarán durante el viaje, si es que es el aburrimiento de la campaña lo que temes.

La mayoría de los hombres salivó al ver a las mujeres. Se arrepintieron de haberse ofrecido tan rápidamente a Menes, de no haberse resistido hasta llegar a ese punto de la negociación. Bueno, el miedo a despertar su furia y tener que abandonar sus tierras había sido superior a su valor.

—Agradezco el ofrecimiento —afirmó Poul, se inclinó ligeramente—. Como muestra de buena voluntad, solo me llevaré una. La de ahí.

—Sabía que el extranjero venido de las nubes decidiría bien —dijo Menes mientras sonreía. Al parecer, por su tono de piel, pensaban que Poul había sido un enviado del cielo o algo así—. No podríamos haber marchado sin uno de los elegidos de los dioses. Bien, todo está hablado y es el momento de luchar. Que cada uno vuelva a su ciudad, en diez lunas nos volveremos a reunir, con nuestros hombres, para hacer lo que los hombres hacen: la guerra.

Y así, junto a su séquito, Poul comenzó a caminar de vuelta a la que debía ser su casa. Caminar, a pesar de la sorpresa de sus hombres. Como líder, debía viajar sobre un cómodo sillón cargado por esclavos. Pero su ideología occidental le impedía servirse del esclavismo. Así que, anduvo como el resto de hombres. Pidió que localizaran a la mujer que le había ofrecido Menes para que caminara a su lado a través del siempre ardiente e interminable desierto.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Poul a la muchacha mientras lamentaba que el *schenti* no fuera más rígido. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para evitar una erección al contemplar aquel pecho desnudo.

—Tuyi, o así me llaman —dijo cabizbaja. Seguramente la habían esclavizado demasiado joven y habían cambiado su nombre verdadero, el cual no podía recordar.

—Pues eres libre.

Y así, Poul esperaba resolver su primera intervención. Su vida como esclava le habría creado una desesperación constante. Como respuesta, su ADN habría intentado crear algún cambio que aliviara un eterno malestar que podía llevarla a la muerte. Liberándola, solucionaba tal problema. Poul se imaginó despertando en aquel momento en la clínica de Alabama, siendo aplaudido por su primer éxito. Rápido y rotundo. Pero no ocurrió nada. La simulación continuaba. No había completado su objetivo. Al menos, esperaba que fuera eso y no que la simulación no pudiera ser interrumpida por algún error mecánico, lo que le regalaría un coma eterno en el Antiguo Egipto.

—No puedes hacer eso —dijo la mujer, aunque a Tuyi le hubiera encantado, ya que era la primera vez que Poul la veía sonreír. La chica se atrevió a mirarle a los ojos—. No soy tuya. Soy un préstamo. Una muestra de amistad para sostener la alianza. Así me trata Menes.

—¿Y qué podría hacer entonces para que fueras mía? —preguntó el joven y Tuyi se separó instintivamente, al parecer no era la primera vez que un hombre mostraba el deseo de poseerla. Poul se dio cuenta y rectificó al instante—. Para que seas mía y poder liberarte, quiero decir. Tuyi, no voy a tocarte.

Y de repente, la chica tuvo sentimientos contradictorios. ¿Por qué no quería tocarle? Todos los hombres la deseaban. ¿Acaso no sería atractiva para él? Se sintió molesta, pero aliviada. Y agradecida. Nadie había deseado hasta ahora su libertad a cambio de nada. Nadie si se excluía a los babuinos domésticos de la casa de Menes, que a veces la trataban mejor que las personas.

—Puede que haya algo que puedas hacer —añadió Tuyi y volvió a mirar a la arena del desierto, sentía vergüenza ante la petición—. Si destacas en la guerra, si sirves con grandeza a Menes, podrás pedirle a

cambio mi posesión. Te la dará. Ya lo ha hecho con varias de mis compañeras.

—Pues hagamos que así sea.

Poul le ofreció una sonrisa amable que fue correspondida. Tuyi se sonrojó. Bueno, pues ya estaban claras las instrucciones. Poul, o mejor dicho Nassor, tendría que combatir de manera eficiente para ganarse el respeto de Menes, y con él el regalo de la esclava. Una vez suya, la haría libre. Así, Reenberg llegó a Hutnesut, reclutó a sus hombres y marchó al encuentro de los nomos del Alto Egipto. Más y más kilómetros de arena de nuevo y la alianza llegó al punto de encuentro para montar el campamento en la frontera con el Bajo Egipto. El terreno allí era más fértil, había más pinceladas verdes sobre el eterno amarillo desértico gracias a los aluviones del Nilo. Durante el camino, la amistad entre Poul y Tuyi no hizo más que aumentar. Por primera vez, al menos en lo que su memoria le permitía, la joven no se sentía una esclava a los ojos de un hombre. Mientras, en Alabama, no podían evitar sentir optimismo y satisfacción al ver algún que otro repunte nervioso en los registros de la actividad cerebral de la paciente. Poul lo estaba haciendo bien, muy bien. Pero tenía que culminar su objetivo en esta primera simulación. Había que llegar al destino sin bajarse antes en una parada.

—Madera y comida —dijeron a un Poul que comenzaba a comprender las dificultades de comandar un ejército mientras analizaba visualmente el ir y venir de obreros, la agitación propia de un campamento militar. Maldecía la incapacidad de la época de transportar recursos mientras uno de sus hombres le exponía lo que necesitaban—. Y bueno, las hachas no están por la labor de romper carne humana.

—Madera nos sobra en estas tierras llenas de oasis. Aumenta el número de leñadores, pero que hagan hachas de piedra para cortar árboles, reserva el bronce para la guerra. Respecto a la comida...

Bueno, la comida siempre sería un problema en cualquier guerra, incluso en la época de la que Poul venía. Reorganizó los grupos de caza, de tal manera que se pudiera conseguir un equilibrio entre arqueros expertos y aprendices, para que estos últimos aprendieran el arte de disparar flechas de los primeros, pero que nunca hubiera tal torpeza que se escapara la presa.

Y así, Poul Reenberg organizaba su ejército. Cada día, miraba al horizonte esperando los mensajeros de Menes. Por suerte, el tiempo en la simulación no era equiparable a la realidad, podían pasar varias jornadas en la ficción mientras que su cuerpo real solo había soportado el peso de unos segundos. Aprovechaba el tiempo para fabricar armas, para entrenar a sus hombres. Una vez llegara la señal para el ataque, la suerte estaría echada y la victoria o la derrota dependería de lo mal o bien que hubiera trabajado hasta ese momento. Un momento que finalmente llegó, causando su repentina infelicidad.

—Gracias, avisad a Menes que acudiremos en el momento acordado —ordenó Poul, ofreció una cerveza y unos frutos del sicómoro a los mensajeros y les felicitó por su trabajo. En ese instante, Tuyi entró a la tienda de campaña de Poul, que como la de cualquier líder, se situaba en la zona central del campamento.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó la esclava agachando la cabeza.

—Sí —dijo Poul con una sonrisa—. Y por lo visto los dioses me conceden mis deseos al verte llegar.

—Estoy a tu servicio, cumplo tus órdenes, los dioses siempre obedecerán tus peticiones si yo estoy en ellas —Tuyi habló de manera

formal pero no pudo evitar una sonrisa ni que sus mejillas se enrojecieran ante el cumplido.

—Por poco tiempo.

Poul le ofreció a ella también una bebida que rechazó y continuó hablando.

—Mañana emprenderemos la marcha hacia el combate. Y tras la victoria, pues no imagino otro resultado, pediré tu propiedad. Y te la entregaré.

—Pero gran hombre que vino de la nube... Desearía una esclavitud eterna si así pudiese evitar que lucharas arriesgando tu vida.

Tuyi agachó la mirada todavía más.

A Poul le impactaron aquellas palabras. Sus pensamientos se descompusieron. No sabía qué decir. Aquella esclava estaba confundiendo el sentimiento de gratitud con el de aprecio. Reenberg no quería utilizar la palabra amor en sus divagaciones. Suspiró. Pensó que lo más sensato era decirle que no luchaba por su libertad, o al menos no exclusivamente por ese motivo. Que era su deber, y punto. Sí, eso tenía que decirle. Abrió la boca, pero no pudo emitir ninguna palabra. De repente empezó a dolerle la cabeza como si un martillo estuviera golpeándola desde dentro. Cerró los ojos por el dolor, y ya no pudo volver a abrirlos.

PRESENTE**Montgomery, Alabama, Estados Unidos**

Poul Reenberg se incorporó repentinamente en su camilla. El movimiento tensó los cables que conectaban con su pecho y sus sienes y tiraron de la maquinaria. El técnico que había a su lado, Christiaan Brouwer, se apresuró a agarrarle. Poul respiraba agitadamente y convulsionaba.

—Tranquilo. Tranquilo, Poul —le dijo el técnico holandés de corto pelo rojizo y larga perilla—. Respira lentamente...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Poul girando la cabeza, vio a la paciente también respirar agitadamente. El jeque se había levantado y se había puesto junto a su hija, nervioso—. La he cagado. La he cagado, ¿verdad?

—Tranquilo, Poul. Quieto, joder!

Tuvieron que ayudarle a inmovilizarlo. Lo último que vio Reenberg fue una aguja acercándose a su brazo antes de sumirse de nuevo en la oscuridad. Al rato volvió a despertarse, más tranquilo. Esta vez estaba en la sala de recuperación. Una pequeña estancia donde se aseguraba el retorno a la normalidad de los interventores con poco más que una camilla, una silla y una mesa de escritorio, pero con una cuidada iluminación en tonos azules y violetas. Poul se incorporó y se sentó en la camilla. Allí estaba Christiaan, sonriéndole

y ofreciéndole un café. El técnico tenía un aspecto entre extraño y amable, sin duda era un tipo singular.

—Ten, te despejará un poco y te despertará del sedante.

El pelirrojo le miró desde detrás de unas gafas con anchos cristales.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Poul aceptando la taza y dando un trago al café. Estaba exhausto.

—En la simulación, solo tú lo sabes. Fuera de ella... Fuera de ella todo bien.

—¿En serio? —preguntó Poul incrédulo. Parecía aliviado, aunque no convencido—. La paciente pareció tener un ataque.

—Y eso es bueno —dijo Christiaan, le señaló—. Al menos ha mostrado algo de reactividad, unos pequeños instantes de consciencia. Es un paso gigantesco para su estado comatoso. Aunque desgraciadamente ha sido durante un corto espacio de tiempo.

—¿Entonces? —Poul volvió a preguntar. Ya no sabía si era un héroe o su trabajo no había servido para nada. Ni una cosa, ni la otra.

—Entonces hay que seguir. Has aliviado una de las tensiones en su genoma, pero al parecer la paciente tiene más.

—¿Y confían en que siga haciéndolo yo? —cuestionó el interventor. Una vez seguro de que la paciente estaba bien, Poul se preocupaba por su propio bienestar.

—Sí. No hay alternativa mejor —Christiaan procedió a explicarse para borrar la mueca de orgullo de Poul—. Tú ya has conectado con ella, por lo que la siguiente conexión será más fácil. En la simulación estaréis más cercanos, así que debería de ser más fácil para ti continuar el trabajo.

—Bien —dijo Poul mientras jugueteaba con sus manos, contento y nervioso.

—Dime, Poul —dijo Christiaan sacando una pequeña libreta y un bolígrafo—. ¿Qué pasó en la simulación?

—A ver que recuerde...

La fatiga mental le hizo esforzarse para recordar. Cuando tuvo claro lo que quería decir, continuó.

—Aparecí en el Antiguo Egipto, en la época de reunificación del Alto y Bajo Egipto bajo el mando de Menes.

—Eras un gran general que destacó en la conquista y cuyo poder permitió colmar de bienes al personaje de la paciente, arreglando su vida —Christiaan hablaba con seguridad, al parecer eso debía ocurrir frecuentemente en las simulaciones.

—No fue así —negó Poul y Christiaan empezó a mostrar más interés. Quitó la capucha del bolígrafo—. No del todo. Era comandante del ejército de uno de los nomos. Y sí, debía de luchar a favor de Menes. Pero no lo hice.

—¿Por qué no? —preguntó Christiaan. Su curiosidad se deslizaba por las neuronas del técnico.

—Porque Tuyi... Quiero decir, la paciente —dijo Poul recordando que no sabía el nombre real de la chica—, me pedía que no lo hiciera. Ella era una esclava, yo supuse que debía liberarla, pero ella dijo que prefería seguir siéndolo a verme marchar y morir en combate. Puede que ese cambio de mentalidad fuera suficiente para aliviar su estado de esclavitud, que asumo fue el causante de la tensión genética.

Se hizo el silencio. Christiaan resopló. Se podía ver claramente que debatía consigo mismo. Se acarició su pelo rojizo y rizado. Entre

el color de su pelo y sus pecas, solo le faltaba sonrojarse para que el rojo fuera el color principal y casi único en su cabeza.

—Poul, yo esto no debería contártelo.

El técnico se aseguró de que la puerta estuviera totalmente cerrada.

—¿El qué? Dime. No me gustan los secretismos cuando arriesgo mi salud por vosotros.

Poul estaba visiblemente enfadado.

—No, tranquilo —dijo Christiaan, sonrió para relajar la tensión—. ¿Sabes lo de que no tratamos a mujeres porque no se ha experimentado mucho con ellas y puede ser peligroso para paciente e interventor?

—Sí —contestó Poul, y ahora se imaginaba que no era todo cierto en ese aspecto.

—No es exactamente lo que se dice —afirmó Christiaan. Se pudo ver la decepción en el rostro de Poul—. No hay grandes diferencias entre tratar a un macho y una hembra. El problema es... No sé cómo decirlo, Poul. No te enamores de la paciente.

—¿Qué? —preguntó el interventor sorprendido. A Reenberg le pareció ridículo—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Las simulaciones son muy fuertes. Se viven cosas muy intensas a un nivel drástico de realismo. Dime, Poul, cuando la salves varias veces, ¿puedes asegurarme que no te enamorarás?

—Por supuesto que puedo asegurarlo —afirmó Poul. En aquel momento, enfadado, podía asegurarlo.

—Vale, bien. Confío en ti. Si te lo digo es por lo que me muestra la experiencia. Hemos perdido muchos interventores que a raíz de ese problema no han vuelto a intervenir más. No queremos eso.

—¿Y por qué no intervienen mujeres? —preguntó Poul en un alarde de lógica.

—Bueno... —dijo Christiaan encogiéndose de hombros—. Es paradójico, pero si bien el sexo del paciente no influye mucho, sí lo hace el del interventor. No hemos conseguido ninguna conexión cuando la interventora es mujer. Aunque lo conseguiremos, para eso estamos estudiando.

Poul resopló, no sabía cuánto creerse de todo aquello, pero estaba demasiado cansado para discutirlo. Tras un pequeño examen físico, Christiaan le permitió retirarse. Tenía dos días para descansar. Para entonces, tendría que estar preparado para una nueva intervención.

6

1274 a.C.

Canaán

Lo primero que vio Poul al abrir sus ojos fue el reflejo de su cabeza, otra vez rapada, sobre el río. El Nilo, supuso por el asfixiante calor que ya había sentido en la anterior simulación. Pero se equivocaba. Era el Orontes. Aprovechó para refrescarse, el calor se pegaba al cuerpo como una segunda piel.

—¡Nassor! ¡Se acabó el descanso! —le dijeron desde atrás. Se giró y quedó fascinado por un impresionante despliegue: unos cuatro mil hombres y quinientos carros de guerra se movían de un lado hacia otro como si de una colonia de hormigas se tratara. Hormigas gigantes y armadas—. ¡Ramsés nos necesita! ¡Ya!

Poul se reunió con la muchedumbre. Todos recogían sus pertenencias. Se movían con rapidez. Destrozaban el suelo que pisaban, la escasa vegetación del desierto sin duda no agradecía aquella visita.

—¡Nassor! ¡Ya tengo el carro preparado! ¡Arriba! —le dijo uno de los hombres que se acercó a él. Le entregó un arco. Se subió a un carro de guerra que comenzó a moverse. Al principio, a Poul le costaba mantener el equilibrio, pero no se atrevió a pedirle a su compañero que avanzara más lento. Los carros de guerra se habían incorporado al ejército egipcio tras la guerra con los hicsos y se

habían convertido en la mejor unidad militar—. No tardaremos en llegar a Qadesh.

Qadesh. Poul ya sabía exactamente cuándo y dónde estaba. Ya había dejado atrás en el tiempo a los primeros faraones que, sucediendo a Narmer, habían hecho prosperar satisfactoriamente a Egipto desde la fundación de la *Muralla blanca*, los vestigios de Menfis. Había dejado atrás la magnífica tercera dinastía que construiría para la eternidad las colosales pirámides de Seneferu y Guiza, sin olvidar las de Quefrén y Micerinos de la dinastía siguiente. Había pasado también la caída de Menfis y su posterior recuperación por los príncipes de Tebas que acabarían finalmente expulsando a los hicsos invasores de la mano de Amosis I. Superada la primera gran crisis egipcia, Amenhotep I se había encargado de devolver a Egipto su esplendor, extendiendo sus brazos hacia el Éufrates, Siria y Kush. Pero ahora, Poul sabía cuál era el problema: el imperio Hatti. Una poderosa fuerza asentada en Siria, encrucijada comercial, y que ponía sus ojos sobre la frontera egipcia. Una dificultad que Ramsés I y Seti I habían intentado solucionar y que, tras crueles y duros enfrentamientos, solo se había conseguido una frustrante tensión de victorias y derrotas que parecía no acabar nunca. Pero ahora, Ramsés II, el tercero de los ramésidas, estaba dispuesto a acabar con aquel estancamiento y para ello había movilizad todas sus tropas hacia Canaán para aplastar de una vez a los hititas. Ramsés, desde bien joven, había demostrado su capacidad militar acompañando a su padre en sus campañas y dirigiendo como comandante al ejército egipcio en Kush. También había expulsado una primera oleada de piratas *shardana* del Nilo. Pero dirigir al ejército de Egipto en toda su extensión, las tres divisiones naturales y una más creada por él mismo, apostar todo a una batalla, era un riesgo excesivo que solo los grandes guerreros como Ramsés se atrevían a asumir. Y eso no calmaba en absoluto a Poul, que se veía dentro de la primera batalla de la historia con registros escritos: la batalla de Qadesh.

—¿En qué división estamos? —preguntó Poul al conductor de su carro mientras intentaba hacer memoria. Bueno, la parte científica del proyecto apasionaba al joven, pero a la de estudiar los hechos históricos no le había prestado la misma atención...

—Nassor, ¿te ha caído un melón en la cabeza? —dijo el conductor mientras reía, sorprendido. Era pequeño, lo cual era bueno para su función, a menor tamaño corporal, menor exposición a los proyectiles enemigos y menor peso para el carro. Poul no quería imaginarse a su compañero atravesado por una flecha dejándole en mitad del campo de batalla sin un buen conductor—. En la división Ra. A veces creo que lo que te falta de color en la piel también te falta de inteligencia.

Poul no pudo más que ofrecerle una sonrisa estúpida a su compañero. Siguió haciendo memoria, aunque el traqueteo del carro era lo suficientemente molesto como para no poder pensar tranquilamente. Segunda división... División Ra... Poul giró su cabeza hacia la derecha, casi por instinto y la adrenalina comenzó a extenderse por su sangre con una velocidad voraz, devorando sus nervios. Desde el bosque que rodeaba al Orontes recibió la respuesta que buscaba.

Poul recordaba que Ramsés había organizado su ejército en cuatro divisiones y que se había adelantado a ellas en su afán por llegar el primero al campo de batalla. Del resto, la segunda era la que peor parte se llevaba en el avance hacia Canaán. Del bosque a su derecha surgió una marea de enemigos inesperada. Los carros hititas salieron de la espesura, encubiertos por una pequeña capa de polvo que se había generado por la sequedad de los días anteriores, sin que nadie los esperara. Parecía un alud debido a los ropajes blancos de los rivales. Y el ataque fue brutal. La segunda división, en formación para avanzar frontalmente, fue atacada por su parte lateral, vulnerable. A Poul le parecía oír los huesos rotos al ser pisados por las ruedas de

los carros, pudo ver alguna que otra cabeza aplastada por los cascos de los caballos. El caos era tan intenso como sus ganas de vomitar.

—¡Usa el arco! —le gritaba su compañero de carro.

—¡No! ¡Es inútil! Todo lo que aquí permanezca morirá. Hay que huir, salir de esta matanza y llegar al campamento de Ramsés lo antes posible.

Poul gritaba con desesperación, y sus palabras causaron el efecto deseado. Al parecer, al conductor solo le faltaba una excusa para salir de allí y Poul se la había dado, aunque el danés no veía forma alguna de maniobrar y salir de aquella masa de muerte. Pero además de pequeño, el conductor también era diestro en el manejo del carro. Con una pericia espectacular, consiguió sacar el vehículo de la refriega y avanzar velozmente hacia el norte. Poul miró hacia atrás y vio un panorama dantesco. No daba crédito a lo que veían sus ojos, una vorágine de muerte y destrucción espectacular.

Cuando llegaron al campamento de Ramsés, los hombres ya se organizaban para la defensa. Al parecer, los exploradores del faraón ya le habían avisado del ataque hitita a la segunda división. Recién llegados y sin apenas darles descanso, se le ordenó a los pocos supervivientes de la segunda división que se prepararan para el combate. Para Poul, todo se había convertido en algo inverosímil, irracional.

—¡Haced una doble muralla de escudos! ¡Todo lo que pueda ser utilizado para evitar el avance de los carros que se mueva al frente! — Un hombre que destacaba por su tamaño y musculatura daba órdenes en el centro del campamento—. Y tú, inútil, deja el arco y coge una espada. Los arcos aquí ya no valen. ¡Hay que defender el campamento hombre contra hombre!

Poul hizo caso del consejo y agarró un *kbopesh*. Por mucho que lo llamaran espada, a él seguía pareciéndole una hoz. Los hititas no tardaron en llegar, eufóricos por haber dado el primer golpe. Pero se estrellaron contra la muralla defensiva improvisada. Los carros perdieron su inercia chocando contra todo tipo de objetos, y la temida carga inicial fue anulada. A partir de ahí, la batalla se convirtió en una lucha cuerpo a cuerpo en la que Poul, casi sin darse cuenta, se vio sumergido. Intentó sobrevivir con dos ideas claras: golpear con el *kbopesh* a todo lo que tuviera vestimenta blanca y tener siempre algún compañero a su espalda y a los dos lados, lo que reducía su estrategia a matar y no morir. Aunque sabía que era una simulación, la sensación que tenía cuando desgarraba carne humana era real. El olor de la sangre y las vísceras tampoco parecía virtual, aunque pronto se acostumbró a él. La masa de enemigos al frente y de aliados a sus laterales se hacía mayor, los hititas se estancaban en un punto de acceso fuertemente protegido y cada vez más poblado. El combate se alargó y parecía no acabar nunca. Cuando se cansaba, Poul intentaba retirarse hacia atrás, pero no lo conseguía porque nadie quería ceder su sitio en la retaguardia. Y justo cuando sus fuerzas empezaban a agotarse, el tapón hitita se consumió, fue desapareciendo de manera imprevista. Los gritos de dolor se fueron sucediendo por los de victoria. Y entonces al frente se divisó a Ramsés con su corona real azul y su séquito persiguiendo al ejército rival que se batía en retirada. El faraón había salido junto a sus carros de guerra por la parte trasera del campamento y rodeado a los enemigos. Los hititas, enfrascados en intentar entrar y siendo retenidos por la infantería, se convertían en un blanco fijo demasiado fácil para los expertos arqueros egipcios. Así pues, finalmente, optaron por la decisión más sensata: la retirada.

Cortad las manos a todos los enemigos caídos, eso facilitará el recuento a los escribas. Esas fueron las últimas palabras que escuchó Poul en la batalla mientras su mirada, dirigida hacia el horizonte, se perdía en un mar de cadáveres. La muerte había triunfado aquel día, se había alimentado sin piedad de los dos bandos.

Y si Poul creía que todo había acabado con aquella batalla, se equivocaba. Antes del merecido descanso, los guerreros habían sido advertidos de que tendrían que responder ante el faraón. Y Ramsés no era precisamente benevolente en sus juicios. La derrota de la segunda división había sido vergonzosa, se había dejado destruir con facilidad, y eso debía de ser castigado para que no volviera a ocurrir. A la mañana siguiente, cuando Poul salió de su tienda de campaña tuvo que cerrar los ojos para protegerse del Sol. Cuando escuchó cuál era el castigo, deseó con todas sus fuerzas salir de aquella simulación. Le hicieron avanzar a lo largo de una fila de guerreros para colocarse al final. Notó un ligero dolor en el brazo que no había sentido antes, seguramente por el fragor de la batalla.

—Ahora nos ponen en fila —le explicó el conductor de su carro, que había sobrevivido, mientras se ponía a su lado. Por su tamaño no se había dado cuenta de que estaba cerca de él hasta que le había hablado—. Y un hombre va andando por la fila y a ratos, cortando cuellos.

Cada diez hombres para ser exactos. Se ejecutaba a uno de cada diez guerreros como reprimenda, un cruel y excesivo castigo que los romanos heredarían con el nombre de *decimatio*. Cuando se trataba de dar ejemplo, los líderes iban directos al grano.

—¡Eso no puede ser! —dijo Poul indignado. Aquellos hombres, que habían luchado, mejor o peor, pero arriesgando su vida por Egipto, iban a ser tratados de la peor manera posible.

—Que los dioses te favorezcan, Nassor.

El nerviosismo invadió el cuerpo de Poul. Bueno, él no moriría, era una simulación, aunque sabía que el dolor sí que acabaría sufriendolo. Pero vio aquellas caras y se imaginó a los guerreros de antaño soportando tal vergüenza, tal injusticia. Y todo para que su rey se apuntara una dudosa victoria. Sabía que posteriormente, los hititas

volverían a intentar otro ataque y que serían sorprendidos por la misma táctica, esta vez rodeados por los aliados egipcios que llegarían en el momento oportuno. Y que tras tanto derramamiento de sangre inútil, el rey hitita y Ramsés firmarían un tratado de paz, porque Hatti se quedaba sin fuerzas para proteger sus fronteras orientales y Egipto si bien podía conquistar Siria, no le quedarían efectivos para protegerla. Al menos, esa paz que sería duradera, daría fin a un largo tiempo de guerra sangrienta y daría paso a una gran prosperidad para el pueblo egipcio gracias al comercio con los hititas a través de los cuales conseguirían materiales nuevos que les permitirían entrar en la Edad del Hierro. Poul pensaba en todo eso mientras llegaba a su destino y se colocaba en su lugar en la cola.

No podía entender por qué permanecían quietos, esperando una posible muerte indigna. ¿Por qué no se rebelaban ante tal atrocidad? Los guerreros eran más numerosos. ¿Por qué asumían su destino? ¿Por qué agachaban la cabeza? Estaba claro que si obedecían, tenían un noventa por ciento de posibilidades de salvar su vida y que si protestaban la muerte era segura, pero si lo hacían todos a la vez darían la vuelta a la situación, los que correrían riesgo de muerte serían los ejecutores que no soltaran su arma.

—¡La reciente esposa del faraón desea ver el merecido castigo a los hombres que no luchan como han de hacerlo a los ojos de los dioses! —escuchó decir a lo lejos Poul. ¿Qué esposa sería? Ni idea. Ramsés era tan mujeriego que poseía decenas de esposas. Las acumulaba como un coleccionista de muñecas.

Lo que colmó la paciencia de Poul es que los morbosos deseos de la mujer del faraón fueran concedidos convirtiendo la ejecución en un espectáculo permitiéndole ver morir a aquellos egipcios para su diversión y disfrute. Un sillón ricamente adornado era cargado por varios esclavos y avanzaba de manera paralela a los ejecutores. Comenzaron los asesinatos. Cada diez hombres, uno caía al suelo y se ahogaba en su propia sangre. Sin quejidos, y no solo porque los filos

cortaran sus gargantas. Conforme se acercaba, Poul barajaba dos opciones. Provocar la rebelión o esperar que la suerte hiciera pasar de largo al verdugo. Pensó en la primera posibilidad. Estaba claro que aquellos hombres obedecían por el mandato divino, porque los dioses habían decidido ese castigo y tenían que ser sumisos. ¿Podría Poul hacerles pensar que los dioses se equivocaban? Rotundamente no. Si no conseguía hacerlo en su época actual, menos iba a poder conseguirlo más de tres mil años antes. Así que hizo lo que más odiaba, dejarle hacer al azar. Tantos estudios, tanta preparación, para que fuera la suerte la que decidiera el resultado de su intervención.

Y la suerte no estuvo de su lado.

El ejecutor se paró a su lado. Alzó la espada. Bueno, al menos tocaba morir luchando y Poul tensó sus músculos, se preparó para embestir al hombre que se disponía a darle muerte. Después, bueno, ya vería qué haría después.

—¡Alto! —una voz femenina interrumpió al ejecutor y, de paso, a Poul, que permaneció quieto—. Conozco a este hombre.

La esposa del faraón le dirigió la mirada desde su sillón. Poul pudo reconocer en su rostro una nariz y unas cejas grandes. Y entonces recordó lo que Christiaan le había dicho. Las sucesivas simulaciones estaban conectadas. De alguna manera, quedaban datos de uno y otro en el traspaso de información.

—Nassor... —dijo la esposa del faraón en un suspiro.

—Tuyi...

Poul no sabía si agachar la mirada u ofrecerle una sonrisa.

—Que pasen al siguiente hombre y perdonen a este —dijo la esposa del faraón. El ejecutor frunció el ceño, quiso expresar su duda pero no tuvo tiempo—. Si contradices mi palabra, contradices la del divino faraón.

Y así, Poul se salvó del castigo. Su mente comenzó a oscurecerse. Reconoció esa sensación. Sabía que la simulación estaba acabando. Y sabía que lo había hecho bien.

PRESENTE

Montgomery, Alabama, Estados Unidos

Poul volvió en sí con la respiración menos agitada que la vez que había finalizado su primera simulación. Ya conocía aquella sensación y sabía cómo enfrentarse a ella, podía controlarla parcialmente. Miró a su lado por instinto y su sonrisa creció instantáneamente. La paciente tenía los ojos abiertos, aunque dirigidos hacia su padre. Era normal. Era la única persona que conocía de la sala. Al jeque se le humedecieron los ojos al ver a su hija reaccionar, aunque solo fuera durante unos segundos. Poul giró la cabeza hacia el otro lado y encontró la mirada de un amigo.

—Bienvenido de nuevo —Christiaan le habló a Poul mientras le retiraba algunos electrodos—. Lo has hecho bien. Vamos a la sala de recuperación.

—No hace falta —dijo Poul. Tomó aire, terminó de jadear—. Estoy bien.

—De acuerdo —dijo el pelirrojo cogiendo una silla y sentándose a su lado. Sacó su libreta de anotaciones—. Pues cuéntame qué ha ocurrido, y así aprendemos todos un poco más del proceso de simulación mental.

—Esta vez volví al Antiguo Egipto, pero en la época de Ramsés —explicó Poul mientras observaba cómo el resto de personal médico cuidaba a la paciente. Todos parecían contentos a pesar de que la

reactividad de la muchacha, de nuevo, solo había durado unos segundos—. Combatí en Qadesh.

—¿Y qué tal la experiencia? —preguntó Christiaan, le sorprendía la cantidad de escenas militares en las simulaciones. No era de extrañarse, la guerra marcaba a la gente como ninguna otra cosa.

—Salvaje —acertó a decir Poul—. No muy gratificante. El problema es que tras la batalla, Ramsés había decidido castigar la ineficacia de sus hombres aniquilando un décimo de su ejército. Yo entre ellos. Y, joder, nunca me toca nada en la lotería, pero... No te rías, Christiaan, me tocó el premio de la ejecución.

—Y no llegó a producirse —se atrevió a decir Christiaan. De eso estaba seguro, la muerte en la simulación alteraba los parámetros físicos en gran medida, algo que no había ocurrido.

—No, porque Tuyi... —Poul volvió a decir el nombre ficticio de la paciente. Miró la camilla contigua, la señaló—. Ella, que al parecer era una de las tantas esposas del faraón, ordenó que no lo hicieran. Bueno, tal como me explicaste, supuse que me conocía de la anterior simulación y...

—Sí —le cortó Christiaan tajantemente, no quería que dijera nada de lo que habían hablado anteriormente—. ¿Por qué ordenaría ella que no te ejecutasen?

—No lo sé —dijo Poul, que se encogió de hombros—. Sé que al parecer disfrutaba de las ejecuciones. Pero al llegar la mía...

—Ya entiendo —dijo Christiaan, para el cual había pocas cosas difíciles de entender—. Ella disfrutaba de las escenas sangrientas. No es normal. El género humano tiende al altruismo, a ser benévolo con sus semejantes. El disfrutar de la tortura ajena no es natural, y al llegar a cierto extremo, sí, esa maldad excesiva puede haber sido la causa de la alteración de un genoma predefinido para ser altruista. Al

verte a ti, le despertaste el sentimiento de bondad necesario para revertir los cambios negativos.

—Pero sigue sin curar del todo —dijo Poul mostrando una gran pena.

—Avanza, Poul. Vamos en el buen camino. Puede que la próxima simulación sea la definitiva.

—Pues adelante —dijo Poul convencido, con la moral del que acaba de salir victorioso y todavía no ha sufrido la parte negativa de la terapia.

—No, te dejaremos descansar un par de días. Las intervenciones son agotadoras y eres un principiante. No hay necesidad. Descansa, disfruta. Ve a ver a Chloe. Estudia sobre el Antiguo Egipto. Recarga tus energías para poder seguir así. Bien, Poul. Muy bien.

Poul siguió el consejo del técnico a desgana, empujado más por el deber que por la necesidad. Chloe... Se podría decir que era su pareja. Y como tal, era una pareja perfecta. A sus veinticinco años, era una viva representación de la belleza. Rasgos muy finos con unos ojos parcialmente achinados que acostumbraba a destacar con largas rayas de ojos, una nariz pequeña y puntiaguda que le daba un toque travieso y una melena oscura que era la envidia de cualquier alisado japonés. Allí estaba, sentada frente a él en aquella cafetería. El corazón de la joven gozaba de la presencia de su amado, pero a la vez se estremecía acosado por las dudas.

—No parece que estés cumpliendo un sueño —le dijo Chloe al verle tan difuso, tan cerca pero tan lejos.

—Sí, verás, es que es agotador —Poul intentó excusarse, se incorporó en aquella silla metálica y apoyó los brazos en la mesa tras

dar un sorbo a su capuchino vienés—. Perdona que esté tan poco centrado.

—Hace tiempo que no te veo entusiasmado —Chloe intentó morderse la lengua, pero no pudo—. Al menos conmigo.

Y era cierto. A Poul su trabajo le apasionaba y se entregaba en cuerpo y alma a él. Hacía tiempo que no se entregaba tanto a ella. De hecho, si alguna vez había dado tanto por esa relación, no se acordaba. Y no se culpaba, porque no era el clásico esposo que descuidaba a su mujer para dedicarse a los negocios y a aumentar su capital. No. Para Poul su trabajo era su pasión, su sueño, y aunque le doliera pensarlo, Chloe se había convertido en un estorbo, una pérdida de tiempo. Pero por otro lado, sabía que jamás encontraría a alguien mejor que ella. Bellísima, con estudios superiores, entregada, cariñosa, simpática... Lo tenía todo, pero Poul sentía que todo no era suficiente.

—No voy a ser la típica novia que se queja porque no le dicen nada sobre su nuevo peinado —dijo ella, aunque realmente lo estaba haciendo ya que lucía un nuevo flequillo que, como cualquier otro peinado, le sentaba fenomenal—, pero necesito que me tengas en cuenta. Llevabas mucho tiempo deseando conseguir tu nuevo trabajo, ¿no? Por el entusiasmo que muestras parece más que te hayan despedido.

—Tienes razón, Chloe. Es que como bien sabes hay mucho secretismo en el mundo de la tecnología punta —Poul dijo ese argumento como excusa.

—Ya. Casi tantos secretos como entre nosotros.

—El vestido negro te sienta muy bien.

Al menos, Poul se había fijado en el modelo ceñido que se había puesto. No acostumbraba a explotar su esbelta figura de aquella manera.

—Gracias —dijo Chloe y añadió un suspiró—. Agradezco el comentario, pero más que halagar lo que llevo puesto, echo de menos tus ganas de quitármelo nada más verme.

—Lo siento, Chloe. Estoy en medio de una terapia y ahora mismo no puedo dejar de pensar en ella. Necesito repasar algunos conceptos, estudiar un poco antes de la siguiente sesión, y...

—Vale —Chloe le cortó, agarró sus manos y las acarició—. Te entiendo. Estás ocupado. Te agradezco al menos que hayamos podido tomarnos este café juntos. Acaba esa terapia y ya nos vemos con más tranquilidad.

Poul agradeció la comprensión. La recibió entre sus brazos para fundirse en un fuerte abrazo. Se despidieron con un beso. Pero no era un beso apasionado.

8

715 a.C.

Tebas

El olor a carne quemada hacía que muchos de los presentes tuvieran que taparse la nariz. La hoguera iluminaba la dantesca escena en la noche de Tebas, y dentro de ella Bokkoris se consumía, sus gritos de pánico y dolor se convertían en humo, de igual manera que la XXIV dinastía de Egipto. Sabaco, su sucesor, se esforzaba en ofrecer un autoritario y convincente discurso que hablaba de la vuelta a los viejos tiempos y de la imposibilidad de rebelarse ante la figura del nuevo faraón, que sería él. El último símbolo fue quemar el cetro de Bokkoris con las llamas que acababan con su portador.

—Pues ya está claro lo que tenemos que hacer, Nassor —le dijo a Poul un hombre que había a su lado, más pequeño y más delgado que él.

—¿Sí? ¿Tú qué opinas? —dijo Poul haciéndose el despistado. No tenía ni idea de en qué parte del Antiguo Egipto estaba, así que toda la información que pudiera obtener era bienvenida.

—Un faraón kushita... —lamentó el hombre ladeando la cabeza—. Pues si los dioses lo han decidido así, quiénes somos nosotros para cuestionarlo. Está claro, Nassor, Sabaco se ha hecho con el poder de Egipto. A ver qué nomarca se atreve a enfrentarle.

Montaron a sus caballos, se aseguraron de coger algo de pan y pescado conservado en salazón, así como un pequeño postre

endulzado con miel, y emprendieron el camino de vuelta a casa. En su ruta pasaron por Karnak, sin duda el nuevo faraón querría dejar su huella en su gran templo, como todos sus predecesores, y lo cambiaría para siempre. Se decía que Sabaco era un amante de los tiempos antiguos y volvería a la vieja arquitectura. Poul disfrutó de la visita al templo de Karnak, se quedó fascinado perdiéndose en el bosque de columnas de la sala hipóstila finalizada por Ramsés II. Se imaginó el tremendo esfuerzo invertido en su construcción. Las columnas se construían colocando fragmentos uno encima de otro, y para cada nivel se hacían rampas que después tenían que ser destruidas. Los grabados en las columnas eran exquisitos. Agradeció la capacidad de la tecnología de traducir los jeroglíficos por él. Para aprovechar el buen tiempo, los dos hombres reemprendieron la marcha.

—Un faraón de Kush —las palabras del hombre que cabalgaba al lado de Poul mostraban que seguía sin creerlo—. ¿Crees que durará mucho tiempo?

—El tiempo me ha enseñado que la duración de un reinado depende más de la eficacia del gobernante que de su origen —dijo Poul obviando el hecho de que conocía hechos históricos que aún estaban por suceder.

—Ah, es difícil... No sé si debemos apoyarle. Nuestro nomarca no va a perdonar la traición. Por otro lado, el poder de los faraones ya no es el mismo desde que los sacerdotes de Amón les dan la espalda. Te envidio, Nassor —dijo el hombre y después mordió un pedazo de pan duro—. Tú al menos puedes desviar tus pensamientos hacia tu esposa, que te espera en casa.

—¿Mi esposa? —preguntó Poul sobresaltado. Se imaginó que sería Tuyi. Si las simulaciones estaban enlazadas y cada vez les acercaba más, no era descabellado pensar en tal situación.

—Claro, Nassor. La echarás de menos, tú que no eres propenso a frecuentar otras mujeres durante los viajes.

Y con la curiosidad desbordada, Poul azuzó a su caballo para que avanzara más rápido.

Tuvieron que pasar dos jornadas más hasta que llegaron a Hormontis, el nomo en el que residían. Se dejó guiar por el hombre hasta la que al parecer era su casa. Descargó sus pertenencias del corcel, mucho menos pesadas que cuando emprendieron el viaje.

—Nassor, mañana nos veremos para partir al campamento del nomarca. Disfruta de tu mujer esta noche.

Poul se despidió con una ligera inclinación de cabeza y procedió a golpear la puerta de su hogar. Con la velocidad de un rayo, la madera cedió, y con más velocidad aún, una mujer se lanzó hacia él, se colgó de su cuello. Poul la abrazó por inercia. Y cuando identificó a la persona que tenía en sus brazos, no pudo evitar sentir un duro escalofrío. Pelo moreno largo y liso, ojos ligeramente achinados y nariz puntiaguda y perfecta. También fue capaz de reconocer su olor corporal, a pesar del aceite corporal con perfume de lirio que recubría su definido cuerpo. Tuvieron que pasar unos minutos hasta que los brazos que le agarraban fuertemente cedieran. Al fin, la mujer se separó.

—¡Ya has vuelto! Entra, entra al hogar. Te prepararé algo de comer.

A dos palmos de distancia, ya no había duda de que aquella mujer era Chloe, su novia. O la representación de ella en la simulación, mejor dicho. Poul comenzó a sudar. Ella no debía de estar allí. ¿Qué estaría haciendo mal? ¿Puede que sus preocupaciones hubieran interferido en el proceso de simulación?

Poul entró a la casa de adobe, callado. Aún seguía buscando una explicación para aquella aparición inesperada. Ahora entendía por qué se repetía tantas veces que un interventor tenía que apartar todos sus problemas para ejecutar bien la terapia. Pero ahora, solo podía seguir adelante e intentar remediarlo con los hechos que le ofreciera aquella ficción. No se había portado muy bien últimamente con Chloe, puede que la culpabilidad se hubiera puesto al mando de su cabeza.

—No hablas mucho —le recriminó la mujer. Le ofreció un plato con botarga. Poul probó la comida, le pareció algo salada, pero las huevas de pescado sabían bien—. ¿Qué ha ocurrido en tu visita a Tebas? ¿Qué nos espera los próximos días?

—Sabaco se ha proclamado nuevo faraón, piensa reunificar todos los nomos y devolver a Egipto su pasado esplendor. No quiere que se fragmente más.

Mientras Poul hablaba, la mujer entraba y salía de la despensa. Finalmente, se quedó cerca del horno preparando un pescado. Sin duda estaría buenísimo. Rara vez Chloe hacía alguna cosa mal.

—Eso está bien. Muy bien —dijo la joven mientras se aplicaba en la preparación del pescado, agregó algunas especias que Poul no pudo identificar porque estaban entre él y el hermoso cuerpo de la mujer. El cuerpo, cubierto por un fino manto de lino, se dejaba ver cuando ella pasaba por las partes más iluminadas del hogar. En especial, Poul disfrutaba de la visión cuando se transparentaban aquellos pechos, pequeños pero perfectos, con la suficiente curvatura como para despertar la más interna de las pasiones—. Necesitamos un faraón poderoso.

—Pues parece que Sabaco está dispuesto a todo —afirmó Poul, que aún seguía pensando qué demonios hacía ella allí—. Ha quemado vivo al antiguo faraón.

—¿De verdad? —preguntó la chica, que no pudo evitar estremecerse—. Bien, tanto mejor. Un faraón fuerte es lo que necesitamos, que se imponga ante cualquier intento de romper nuestras costumbres.

Tampoco creo que se viva tan mal con la nueva situación —Poul dijo aquel comentario basándose en el collar con la figura de Horus dorada que tenía Chloe.

—¿Tan mal? Ni tan bien.

La mujer dejó repentinamente de cocinar, se acercó a Poul y le miró fijamente a los ojos.

—Escucha, Nassor. No, mírame a la cara. Hay que apoyar al faraón. Ni siquiera pienso en que seas tan estúpido de pensar en otra opción. Los dioses se sienten dolidos por la forma en que se les da la espalda. Solo el faraón puede honrarlos como merecen. Yo temo que un día desde los cielos nos envíen alguna enfermedad, o que marches a alguna campaña para no volver. Son muy vengativos. No, Nassor. Vamos a apoyar al faraón. Y se acabó.

Poul sonrió. Cuando Chloe se empeñaba en algo, era difícil hacerla cambiar de opinión. Lo bueno era que la mayoría de las veces tenía razón. Cuando se debate con alguien de un nivel intelectual superior no se discute, se aprende. El resto de la noche la dedicaron a saborear la cena y a regalarse placer mutuamente. Varias veces. Poul no era capaz de recordar la última vez que había estallado de placer dentro de ella como aquella noche. En el laboratorio de MediTime se lo debían de estar pasando en grande viendo la erección del muchacho tendido en su camilla.

Y con la salida del Sol, tocó de nuevo despedirse. A pesar de la nueva separación, Chloe sonreía como lo hace una mujer satisfecha. Llegó el compañero de Nassor, saludó formalmente a la mujer y

ambos se despidieron. De nuevo, tocaba volver a cabalgar, rumbo a la frontera con la ciudad de Tebas. Esta vez el camino era más lento. El nomo de Hormontis era mucho más pequeño que Tebas, y en consecuencia, su extensión fronteriza también era menor. Aunque pudiera parecer una ventaja la cercanía a Tebas debido a la pequeña duración del viaje, se encontraban ante un tremendo problema. Al ser vecinos de Tebas, sería uno de los primeros lugares en los que el faraón desataría su furia y comenzaría su sed de reunificación. Apenas una jornada de camino después, ya estaban en el campamento militar.

—Ya hemos llegado —dijo su compañero mientras extendía las telas que debían convertirse en una tienda de campaña. Miró alrededor, todavía no habían llegado muchos a juzgar por el tamaño del campamento. O se retrasaban, o temían al faraón.

—¿Y quiénes son estos amigos que se unen? —dijo un hombre que se acercó a ellos con unos papiros en las manos.

—Nassor y...

Poul se dio cuenta entonces de que no sabía el nombre de su compañero.

—Badru —completó su amigo—. Venimos de Hormontis. A la espera de que se nos explique la nueva situación.

El hombre les miró desconfiado. Badru había tenido la sabiduría de no decantarse por un bando, a la espera de órdenes. Los que tendían a analizar la situación no solían tardar en venderse. Apeataban a traidores. Pero tenía órdenes, al menos respecto a Nassor. Le señaló sin obviar su mirada de desprecio.

—Tú, el grande. Se te requiere. Coincides en nombre y descripción. Nuestro nomarca quiere hablar contigo.

Acto seguido, el hombre le hizo unas señas para que le siguiera. Poul le siguió, de nuevo invadido por la incertidumbre. Dejaron atrás

a los hombres que construían sus tiendas de campaña. Algunos entrenaban con el arco o la espada, sabiendo que pronto tendrían que usar las armas. Como siempre, la tienda de campaña del líder destacaba por su tamaño y por su posición central. Cuando entró en ella, la primera sorpresa que se llevó es que dentro no estaba el nomarca. Estaba *la* nomarca. Cuando sus ojos se adecuaron a la menor iluminación, se llevó su segunda sorpresa. La persona que estaba sentada en el trono de madera era Tuyi. No se imaginaba una mujer liderando un nomo, pero puede que ahí estuviera la clave para solucionar la simulación. Se inclinó ante ella. La mujer ordenó a todos los hombres que salieran del lugar. Tuvo que hacer muecas severas para que le obedecieran. Cuando estuvieron solos, Tuyi bajó de su trono, se acercó a él y le abrazó. Debió de abrazarle con los brazos y con algo más, puesto que ahora Poul sentía cosas que no había sentido durante el abrazo de Chloe.

—Grande es el consuelo que me traes con tu presencia —dijo Tuyi tras separarse. Le ofreció un vaso de cerveza y cerdo asado. Poul aceptó solo la bebida—. Creía que no vendrías. En Hormontis se dice que aún preferís las antiguas costumbres. Pero yo, que he crecido contigo, no lo creo. Dime, Nassor, ¿qué faraón dejaría gobernar a una mujer? Son muchos los cambios desde que nos separamos de Egipto, y puede que arriesgados. Pero los hombres y las mujeres viven mejor. No crees, ¿Nassor?

—Lo creo —dijo Poul, sabiendo que era lo que tenía que decir, mientras ambos tomaban asiento, el uno al lado del otro.

—Me salvaste una vez —dijo Tuyi. Poul pensó en las anteriores simulaciones, pero Tuyi no se refería a eso—. En Hormontis. Tu mujer me acusó. Ella creía que te alejaba de sus brazos. Y mucho mintió y muchas piedras golpearon mi cuerpo por ello. Pero me salvaste. Paraste aquella tortura. Y en lugar de en un cadáver, me convertiste en un símbolo. Ahora todos dicen que cuando me miro en el Nilo, se refleja libertad. Te agradeceré eternamente que dijeras la

verdad, que tú y yo no engañábamos a nadie, que nos queríamos como se quiere al hermano. Y en honor de ese amor fraternal, vuelvo a pedir tu ayuda.

—No sé en qué podría ayudarte —dijo Poul, que estaba desbordado por la información. Eran cosas que no había vivido pero que la simulación había decidido incorporar en forma de precedentes.

—Te lo he dicho. Soy un símbolo para los hombres, creen que bajo mi mando pueden derrotar al faraón. Pero yo de la guerra entiendo poco. Eres el único al que puedo confiarle tal secreto, tal es mi confianza en ti.

—Tienes buenos guerreros y comandantes.

Solo hacía falta darles la orden de atacar para hacerlo lo mejor que pudieran.

—Ansían este lugar. Pero en ti, confío —afirmó Tuyi. Bebió un largo trago de cerveza—. Te nombraré jefe de los comandantes. Serás la extensión de mi brazo.

La cara de Poul debió ser demasiado explícita. Su rostro era una duda en sí, más blanco de lo normal. Quiso poder esconderse bajo la arena. No solo iba a comandar un ejército contra el faraón, ya empezaba a acostumbrarse a los importantes papeles que le regalaban las simulaciones. Tendría que desobedecer a Chloe, ir en contra de sus principios.

—¿Dudas? —preguntó Tuyi con una visible decepción—. Sé que te pido mucho. Lo sé. Lo que no sé es si me ayudarás, hubo un tiempo en que lo hacías, en que no dudabas en auxiliarme aunque lo que te pidiese fuera luchar contra el mismísimo faraón.

Y en aquel momento, Poul sabía que tenía que enfrentarse a sus temores. Se concentró. Era una simulación. Tenía que ayudar a Tuyi, ya que de su victoria dependía el éxito de la terapia. Para ello,

mentalmente, tenía que asumir que Chloe ya no era lo más importante de su vida. Pero eso tendría que solucionarlo después, fuera de la virtualidad, hablando con ella.

—Te ayudaré —decidió Poul—. Con mi vida, si es menester.

Supo que se arrepentiría de tomar esa decisión. Lo supo instantes después, una vez Tuyi había hecho llamar a los altos mandos para reunirse en la tienda para presentarles a Poul. Cuando de su boca salió la noticia de que era el nuevo líder, hubo reacciones de todo tipo. Algunos mostraron claro malestar, viendo su carrera militar atacada injustamente. Otro se aliviaron, aunque no dudaban de los designios divinos, sí lo hacían respecto a la capacidad militar de la joven. Que hubiera delegado sus tareas en un hombre parecía ser una decisión acertada. Los menos, mostraron indiferencia. Uno mostró síntomas de ansiedad, todos le miraban con desprecio, preguntándose cómo alguien con tanto miedo podía haber llegado tan lejos.

—¿Cuál es la situación entonces? —preguntó Poul intentando no mostrar nerviosismo, como si buscara una opinión común en lugar de mostrar desconocimiento.

—Pues la situación... —dijo uno que jugueteaba con una figura de Amón en sus manos. Hizo una pausa, y tras ver que nadie le interrumpía permitiendo así que fuera el portavoz, prosiguió—. Pues la situación es que estamos tan cerca de Tebas que el faraón pronto vendrá a cagarnos encima.

—Y no tenemos medios para enfrentarnos a él —supuso Poul. No se atrevió a sugerir la vía diplomática, la más segura y probablemente la única. No entendía cuando la gente escupía a la lógica, pero admiraba ese sentimiento que hacía dar la vida por una creencia, por una ideología.

—Los tendríamos, si no fuera por esos babuinos de Gebelein. Allí que plantaron su atalaya con sus arqueros, y cualquiera se acerca a por la plata.

El hombre apretó la figura más fuertemente.

—Fueron muy listos —añadió otro que hasta el momento parecía distraído—. Plantaron su atalaya en la entrada de las minas. Saben que podemos partirnos las cabezas contra ellos y que puede que consigamos destruir la torre y meterles los palos con los que la construyeron por el culo, pero los hombres que perderíamos en el ataque los echaríamos después de menos contra el faraón. Saben que no podemos permitirnos ese lujo, que tenemos los ojos puestos en Tebas y no allí.

—También ellos sufrirán su ataque —argumentó Poul—. Habría que ver cuántos hombres estarían dispuestos a arriesgar en la defensa de la atalaya.

—La altura de la torre les da mucha confianza. Muchos hombres nuestros caerían por sus flechas antes de llegar. La defenderán. Han sido listos, he dicho.

—¿Y una alianza? —esta vez sí se atrevió a utilizar la vía diplomática como argumento—. Conviene una amistad entre ambos si el faraón se nos va a echar encima.

—Conviene —volvió a hablar el de la figurilla—. Pero a veces me pregunto si los de Gebelein nacieron de un huevo de cocodrilo en lugar de ser paridos. Más cerebro que esos bichos no tienen. Cuando nos acercamos sueltan sus flechas. Sin hablar.

—Porque asumen que vais a intentar recuperar lo que saben que es vuestro —dijo Poul. Se rascó la barbilla, pensó. Sabía que necesitaba un golpe de efecto—. Pero hablaremos con ellos. Hasta a un cocodrilo se le puede hacer entender con un buen palo.

Posteriormente explicó su estrategia, y hubo dudas. La digestión de las ideas con el paso del día tampoco fue muy fructífera. Pero la desesperación y la falta de alternativas les llevaron a aceptar el plan de Poul.

Por ello, una vez el manto de la oscuridad de la noche se hubo desplegado, Poul comenzó a caminar junto al hombre de la figurita de madera. Cada uno guiaba dos caballos que a su vez tiraban de dos enormes carros cargados de carne fresca. Si la misión fracasaba, condenaban a su pueblo a la hambruna.

—Sigo sin tener confianza en tus ideas —dijo Sefu, que así se llamaba el hombre—. Todavía podemos rectificar y darnos un festín con la carga.

—Sería desperdiciar la carne —dijo Poul—. ¿Acaso tú sabes cocinarla?

—No necesito cocinarla, la engulliría cruda como las bestias.

Sefu rio, se vio claramente la falta de varios dientes, por lo que Poul dudó de que fuera capaz.

—Atento.

Poul interrumpió el momento de distracción. En el horizonte ya se observaban los fuegos en lo alto de la atalaya de Gebelein.

—Ahora verás que es cierto que ahí nadie se acerca sin una flecha atravesando su cuerpo.

Sefu ya no se reía.

—No si vas rodeado de hombres armados —le calmó Poul—. No se puede enviar un grupo a negociar con escudo y espada. Pero ante dos pobres hombres como nosotros, nada han de temer.

Además, llevamos un interesante regalo. Les gustará ver cómo nos rendimos ante ellos, cómo nos arrodillamos y les ofrecemos nuestros presentes para buscar su favor.

—Espero que tengas razón.

Pero los músculos de Sefu no dejaban de contraerse por el nerviosismo. Se preparaban para el posible impacto. Desgraciadamente, ese gesto involuntario podía ser útil contra un puñetazo, pero la evolución biológica no había previsto el uso de afiladas flechas. Poul avanzó como si lo hicieran sobre un campo de minas, sabiendo que cada paso podía ser fatal. Intentaba adivinar los movimientos de los hombres en lo alto de la torre, pero desde tan lejos no era posible. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca para verles, y ya respirando aliviados, vieron que no paraban de reír hablando entre ellos, seguramente haciendo comentarios jocosos sobre los nuevos visitantes. Al menos, eso parecía distinguirse a la luz del fuego. Cuando finalmente estuvieron frente a la puerta de la atalaya, resoplaron de alivio. La tensión no tardó en volver. Se abrió la puerta y aparecieron dos hombres con lanzas, pecho descubierto y espada corta en un cinto en la cadera. El *kehopesh* estaba siendo desplazado por las armas de hierro, más resistentes. Los guardias se pusieron frente a ellos, esperando palabras.

—Traemos un regalo para los hombres de Gebelein —dijo Poul señalando la carne que cubría el carro—. Imagino que lejos de vuestras casas echaréis de menos ciertos manjares.

—¿Y por qué este regalo? —dijo el guardia más alto. Los dos compartían la duda.

—Porque nos interesa una relación de amistad —dijo Poul esperando ser convincente—. De nada nos sirve que nuestras gentes no se ayuden, menos aún con los tiempos que se presentan. Nuestro gesto de amistad es entregaros nuestras mejores carnes, de los mejores cerdos de nuestra tierra.

—¿Y qué se espera de nuestra amistad? —dijo el guardia. Apoyó la lanza en el suelo, más relajado.

—Que se nos permita entrar a la mina de vez en cuando, en las condiciones que os sean justas.

El guardia sonrió, aquella sumisión significaba que habían dado por perdida la mina y se arrastraban para conseguir al menos las migajas de la plata que se conseguía allí.

—Está bien, aceptamos vuestro regalo —dijo el guardia, se apartó para dejar paso a los carros. Sin embargo, cuando avanzaron unos pasos, Poul sintió una mano en su pecho—. Pasan los carros. Vosotros no.

—Está bien —dijo Poul mientras daba un paso hacia atrás—. ¿Qué hay de nuestro trato?

—¿Nuestro trato? Tendrás que negociar las condiciones con Anubis.

El guardia rio. Desenvainó la espada corta.

Lo que pasó después ocurrió muy rápido. Sefu lanzó un grito de auxilio y las montañas de carne se movieron, se abrieron como un volcán en erupción y de los carros salió una docena de hombres, armados y preparados para matar. Habían estado ocultos bajo los alimentos, respirando a través de cañas por los laterales del carro. ¿Cómo podían caber seis hombres en un carro? Bueno, los guardias tuvieron poco tiempo para reflexionar en ello antes de que cortaran sus gargantas. Pero había hecho falta mucha práctica, ensayar concienzudamente las posiciones. La idea era que entraran los carros y, en sigilo, los hombres salieran y prendieran fuego a la atalaya desde dentro, dándole destrucción. El grito de ayuda de Sefu lo había acelerado todo. Ahora era necesario algo más de acción. Sin embargo, la guarnición, sorprendida, fue fácilmente abatida. Los hombres de Poul avanzaban rápidamente por las escaleras y las distintas estancias

de la torre dando muerte a cualquier opositor. Las torres no eran fortalezas. Eran localizaciones puntuales de vigilancia cuya función era dar la alarma al ejército principal más que resistir. Por ello, no les fue difícil reducirla y ocuparla.

Poul volvió a Hormontis para llevar la buena noticia a Tuyi, dejando en la atalaya a sus compañeros. El edificio que tanto habían odiado, ahora sería útil para proteger las minas. Cogió uno de los caballos de los carros y cabalgó todo lo rápido que pudo. No le importó el calor del desierto, el trayecto no era muy largo y las probabilidades de que el animal reventara eran pocas. En cualquier caso, no tantas como para calmar su deseo de darle la buena noticia a Tuyi. Cara a cara, como han de darse las buenas noticias, no por escrito.

Sin embargo, no fue una escena feliz lo que encontró a su regreso. La mitad de los hombres increpaba a la otra mitad, Tuyi estaba en el suelo, con un vestido de lino roto. Poul bajó del caballo y, sin molestarse en atarlo, fue corriendo hacia ella. La levantó y la cogió en brazos para apartarla del barullo. La sentó en el suelo y permitió que se apoyara en una pared. No sabía si estaba más exhausta que asustada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Poul mientras la observaba buscando alguna herida grave. No encontró ninguna.

—Las opiniones se han transformado en violencia. Tenemos que hacer caso al faraón... Eso nunca... La mujer no puede liderar... — Tuyi hablaba agitadamente.

—Tranquila, tranquila —le dijo Poul acariciándole la mejilla. El gesto actuó como un bálsamo—. Imagino que luchan por hacerse con el poder en Hormontis. La sed de poder siempre ha existido y los tiempos difíciles son propicios para el nerviosismo y las disputas.

—Buscan el poder que yo no soy capaz de imponer —dijo Tuyi. Sorbió por la nariz—. Y me quemarán, dicen, para demostrar que no soy un símbolo de nada ni de nadie.

Poul volvió a acariciarla, esta vez ofreciéndole una sonrisa especialmente calmante. Después se dirigió a los hombres que discutían airadamente.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Escuchadme! —tuvo que gritar bastante alto para que los hombres dejaran de jalearse y le escucharan.

—¿Qué ocurre? —dijo uno que se tocaba la barriga, como si la discusión hubiese acentuado el dolor de una úlcera estomacal.

—Que discutís como animales cuando lo que más nos hace falta es estar unidos —dijo Poul y todos enmudecieron ante la absoluta razón del joven—. Y sin necesidad, además.

—¿Sin necesidad? —preguntó el de la úlcera—. Esa, tu chica, dice que nos va a salvar. Y yo digo que ni la mierda que utilizan los escarabajos podría liderar peor.

—¿Ese es tu problema? ¿No confías en que Tuyi salve a tu pueblo? —dijo Poul. Repasó sus conocimientos históricos y decidió utilizarlos a su favor—. Dadnos un caballo y unos días, y devolveremos la tranquilidad a vuestros hogares. Solo os pido que no os matéis mientras no estamos.

Nadie se opuso a que se marcharan, tanto mejor si la mujer que muchos utilizaban como símbolo se alejaba. Los que habían comenzado el acto de rebeldía, que eran mayoría, veían una oportunidad de imponerse si la mujer a la que muchos adoraban no estaba. Así, Poul llenó una bolsa de piel con alimentos, cogió un caballo y comenzó a cabalgar junto a Tuyi. Comenzaba a atardecer, llegarían a Tebas la mañana siguiente. Avanzaron durante unas tres horas, Tuyi detrás de él, agarrada tan fuerte que Poul podía sentir su pecho aplastarse en su espalda, y cuando la luz se ausentaba con

peligrosidad, se detuvieron en una de las escasas masas de vegetación del camino.

—Solos otra vez —dijo la muchacha mientras Poul cogía unos pedazos de pan de la bolsa—. Como la vez que nos encontraron antes de condenarme.

—Dudo que alguien se atreva a atravesar el desierto para venir aquí a condenarte ahora.

Los dos rieron.

—Yo atravesaría el desierto para encontrarte a ti sin dudarlo —dijo Tuyi y Poul se sonrojó. Se preguntó si las sucesivas conexiones para las simulaciones no estaban creando un vínculo amoroso en el subconsciente de la paciente.

—Voy a ayudarte, y después volveré con mi mujer —replicó Poul. Tuyi torció el gesto, triste. Realmente, Poul hablaba consigo mismo. Curaría a la paciente y se olvidaría de todo. Era su deber.

—Con tu mujer no eres feliz, es evidente —dijo la chica cortante como un cuchillo. Esta vez Poul empezó a dudar, se imaginó que sus preocupaciones estaban siendo transmitidas a la paciente, y ella se las mostraba como un espejo.

De repente, a Poul comenzó a dolerle la cabeza. Su vista empezó a nublarse. Conocía aquella sensación, la del fin de una simulación. El frío de la noche se disipaba, el ruido del agua del oasis al moverse con el viento se silenciaba. Algo iba mal. Lo sentía.

—Tienes que... Tienes que... Sargón II... Asirios...

Poul intentaba hablar antes de que todo se apagara, hacía un gran esfuerzo por seguir en la simulación.

—¿Estás bien? ¡Nassor! ¡Nassor!

Tuyi comenzó a preocuparse, aquella palabrería le parecían delirios. Se asustó cuando el hombre perdió el conocimiento.

Sargón II y los asirios planean atacar Egipto. Dile al faraón que podéis entregar hombres y alimento para colaborar en esa guerra, así conseguirás la alianza y se acabará el peligro de que Sabaco ataque a Hormontis. Eso quiso decirle a Tuyi antes de desvanecerse. Pero no le dio tiempo.

PRESENTE**Montgomery, Alabama, Estados Unidos**

Esta vez Poul no estaba en la apacible sala de recuperación. Las paredes no tenían los tonos violáceos, no había camilla para descansar ni el ambiente olía a lavanda. Ahora se respiraba secretismo. Era la misma sala en la que había firmado su contrato con MediTime. Una sala pequeña, casi asfixiante, con poco más que su asiento, un viejo escritorio y muchos archivadores alrededor. Lo más tecnológico de aquel lugar era la puerta, que no podía abrirse sin una llave magnética como la que había usado Christiaan antes de entrar. El hombre de pelo rojo no se sentó en la silla al otro lado del escritorio, sino que lo hizo en la propia mesa. Poul supuso que era para mostrar cercanía, una falsa amistad que le hiciera relajarse. Sabían que la confianza era el mejor vehículo hacia la verdad. Estaba claro que querían saber algo que, sin saberlo, él conocía.

—¿En qué lío me he metido ahora? —preguntó Poul para cortar la tensión del ambiente.

—¿Por qué tendrías que haberte metido en uno? —dijo Christiaan con una sonrisa. Una falsa sonrisa.

—Lo que aquí se habla, de aquí no sale —dijo Poul recordando el lema de la habitación de confidencias.

—Bien, ya sabes que es necesaria cierta discreción si queremos mantener las distancias con la competencia y conservar nuestras

ventajas científicas. Nada que no conozcas, Poul —aseguró el holandés. *Señor Reenberg*, así debería haberse dirigido hacia él. Seguía buscando la cercanía de la falsa amistad.

—Y por norma general, lo que se esconde es lo que no es bueno para la empresa. Dime, ¿qué he hecho mal? —preguntó Poul comenzando a mosquearse.

Cuando firmó el contrato con MediTime aceptó la cláusula que decía que debía asumir el riesgo del daño que podía recibir con las simulaciones. Ahora no veía que ese compromiso fuera en ambos sentidos. Se sentía extraño dentro de su propio sueño.

—No es que hayas hecho algo necesariamente mal —le dijo, pero Poul sabía que esas palabras se utilizaban para suavizar las cosas. Las cosas graves. De repente pensó en lo único que le importaba del asunto.

—¿Y la paciente? ¿Cómo está la paciente? —preguntó Poul. No podía olvidarse de su faceta médica, de su compromiso con la salud de las personas que trataba.

—Estable. Bastante es. La última simulación no fue bien —dijo el técnico y Poul agachó la cabeza—. No voy a preguntarte porque no quiero incomodarte, no ahora que probablemente estés decepcionado. Pero hubo un parámetro que se elevó por encima de los niveles esperados. La simulación consiste en que tú integres sus problemas pasados, los soluciones, y se los devuelvas bien resueltos. Nada más. No queremos más traspaso de información. Sin embargo, hubo una parte en la que ocurrió al revés, como si tú le estuvieras enviando tus problemas personales. Eso no puede ocurrir.

—Lo siento —lamentó Poul sabiendo a lo que se refería.

—La interacción personal en las simulaciones es peligrosa, Poul. Y ya te dije que era mayor entre personas del sexo opuesto. Es normal, las mujeres y los hombres están creados para atraerse, para

enamorarse químicamente —advirtió Christian. Se fijó en el rostro de Poul para ver si había alguna señal de esta atracción. No pudo distinguir si la cara de tristeza se debía solo a su fracaso como interventor—. Por eso no intervenimos en mujeres, no hasta que el proceso de intervención esté lo suficientemente desarrollado y adaptado para que pueda ejecutarlo otra mujer.

—Prometo tener más cuidado la próxima vez —aseguró el interventor. Ahora que sabía cómo podía influir, sería capaz de hacerlo.

—No habrá próxima vez Poul —le dijo su amigo y Reenberg sintió que el corazón se le paraba unos instantes—. Además de una intervención, también era una investigación. Demasiados cabos sueltos. No intervenimos ante tal incertidumbre. Lo siento, Poul, estás fuera de esta terapia.

Poul tensó la mandíbula, pero comprendía los argumentos. Se levantó de la silla, se puso su chaqueta de cuero sintético y salió de la estancia enfadado, abatido. Furioso con la terapia, con MediTime, con él mismo. Su sueño se había convertido en una pesadilla. Estaba tan lleno de pensamientos negativos que casi no vio al jeque Josanu en el pasillo al pasar junto a él.

—Doctor Reenberg —dijo el egipcio mientras removía un café de máquina, con toda seguridad menos intenso que el de su tierra natal. Poul frenó su avance, inclinó la cabeza en señal de respeto y saludo—. Gracias por lo que ha hecho por mi hija.

—Siento que no haya sido suficiente —se disculpó Poul—. Mi deseo es que todo hubiera acabado en la mejor de las condiciones.

—Es suficiente —le aseguró Josanu. Puso la mano con la que no sostenía el vaso de café en su pecho. Poul se imaginó el trabajo mental que habría tenido que hacer el hombre para aceptar los

resultados, que habían sido casi nulos—. Para mí es más que suficiente volver a verla hablar, comer. Vivir.

—¿Cómo? —preguntó Poul sintiéndose ridículo. Supuestamente era el doctor el que se encargaba de dar información sobre la paciente, no el último en recibirla.

—En el último trabajo mi hija mejoró mucho. Despertó, y ya es más que suficiente —le dijo Josanu para su sorpresa. Los ojos del egipcio se humedecieron—. Es cierto que no recuerda nada, pero para mí es suficiente. Es un mal menor que ni siquiera reconozca que soy su padre. Al menos ahora tendrá una segunda oportunidad para vivir.

—Perdona... ¿Está despierta?

Poul estaba colapsado por la información.

—Lo está —dijo el hombre. Su sonrisa lo confirmaba—. Lo ha estado unos minutos al menos, aunque no recordaba nada de su vida pasada. Para mí ha sido un alivio verla con vida, aunque fuera de esa manera. Los doctores dicen que con unos medicamentos pueden conseguir que ese estado sea permanente. Unas semanas con otro tratamiento y estará despierta siempre.

Poul afirmó con la cabeza, tendió la mano al egipcio y salió corriendo deshaciendo el camino que había hecho previamente. Encontró a Christiaan cerrando la puerta de la sala confidencial. Le miró inquisitivamente, bajo ese bigote rojizo había una boca que no había hablado todo lo que tenía que hablar.

—¡Estaba despierta! —dijo Poul—. ¡La paciente ha estado despierta!

—Lo estaba —alcanzó a decir Christiaan sorprendido—. No he dicho yo lo contrario.

—Dijiste que la última intervención no había salido bien y que había que conformarse pensando que la paciente no había empeorado —escupió Poul cerrando el puño de rabia—. Y es verdad que empeorar, no ha empeorado. ¡Ha estado despierta!

—Eso no te importa ahora, su evaluación no es parte de tu trabajo .

El protocolo justificó a Christiaan.

—¡Ha mejorado! —gritó el interventor. Poul estuvo a punto de empujarle—. Es cierto que la simulación pudo haber ido mejor, pero entiendo que lo poco que hice, lo hice bien.

—Hubo interferencias, y eso no es bueno —replicó Christiaan. Se molestaba cuando los interventores no aceptaban las órdenes de los técnicos. Era cierto, les envidiaba porque tenían una capacidad mental que él no tenía. Él jamás conseguiría conectar con un paciente en una simulación, le cabreaba no poder disfrutar de una tecnología que él desarrollaba.

—La paciente ha mejorado, Christiaan. Ha despertado, ha estado consciente más tiempo que en otras ocasiones...

Poul retiró el brazo, jamás le golpearía.

—Ha mejorado. Pero tiene amnesia. No recuerda nada.

El pelirrojo resopló.

—¡Pues sigamos tratándola! —sugirió Poul—. Ya debe de faltar poco. Una tensión más y...

—No, Poul. Ya se ha decidido. Todo se va a quedar así...

—Christiaan Brouwer —dijo Poul mirándole a los ojos—. Eres el artífice de esta maravilla. Dime, ¿en qué momento desarrollaste este tipo de terapia para curar a medias? ¿En qué momento dijiste que

te conformarías con una pequeña mejora del paciente? Christiaan, hiciste esto para curar a la gente. Esa posibilidad existe. Vamos, joder!

—No es decisión mía... —se excusó.

—Ah, ya entiendo... —Poul bufó. Había olvidado que todas las decisiones se tomaban en términos económicos—. El cliente se da por satisfecho. Pagará lo estipulado por lo que ya hay. Y nadie se atreve a arriesgar las ganancias cuando se pone en juego la reputación.

—Lo siento, Poul —se lamentó Christiaan entristeciendo su sonrisa—. Te entiendo, y comparto tu opinión. La diferencia entre ambos es que tú pareces no entender aún la jerarquía empresarial.

—Christiaan... Podemos curar totalmente a esa muchacha. Tienes razón, no entiendo la jerarquía empresarial. Pero tú sí. Convince a Jefferson. No tiene ni idea de ciencia, él solo es la parte capitalista de la empresa. Invéntate cualquier excusa médica para hacerle ver que es necesario seguir. Cuando se vea abrumado con tecnicismos aceptará, lo dejará en tu mano.

—No sin antes cargarme de responsabilidad. No sin antes amenazarme de que pagaré los costes si algo sale mal.

Unos costes que sabía que con su sueldo no podría pagar.

—Cierto. Recaerá en ti la responsabilidad. Pero eso es lo que necesita MediTime, que hombres como tú tomen las decisiones.

10

298 a.C.

Alejandría, Egipto

Esta vez, las náuseas que aparecían tras cada proceso de conexión se vieron aliviadas por el frescor de la brisa marina, aunque solo durante unos segundos. Cuando las aguas hicieron bailar de un lado a otro al pesado trirreme griego, Poul volvió a sentirse mareado.

—Bonita sensación, volver a estar dentro de la cabeza de otra persona. Gracias, Christiaan... —pensó Poul en voz alta.

—¿Cómo dices? —dijo un anciano. El joven se sobresaltó, no había visto al hombre que había a su lado apoyado en la madera del barco, ataviado con una túnica blanca como él.

—El mar, que se mete en la cabeza de uno —disimuló el joven.

—Tantas cosas tengo yo en la cabeza que pocas pueden entrar ya para marearme... —dijo el anciano tras una carcajada—. Ah, los jóvenes. Os agobiáis tan rápido...

—Con mucho gusto me gustaría conocerlas.

La sabiduría de un hombre mayor siempre era bienvenida, más aún cuando acababas de aparecer en un mundo desconocido. Echando un vistazo alrededor Poul pudo ver varios hoplones en la cubierta, el gran escudo circular de la Antigua Grecia.

—Con una buena cerveza podría yo recordar —dijo el anciano. Y visto que Poul no parecía entender su insinuación, fue claro—. Solo los oficiales tenéis acceso a la bebida, si me entiendes.

Poul volvía a ocupar un cargo de alto rango en la simulación. La tecnología de MediTime tendía, siempre que la base de datos lo permitiera, a situar al interventor en la mejor posición posible para abordar la simulación.

—Te entiendo —añadió Poul y miró alrededor, no sabía a quién tenía que pedirla, por lo que optó por gritar—. ¡Una cerveza para este hombre!

—Bien, bien —dijo el anciano mientras miraba al horizonte, aunque con aquella mirada tan opaca Poul dudaba de que pudiera ver mucho. Las cataratas parecían haberse instalado con violencia en su mirada—. Yo luché con nuestro Ptolomeo...

La cerveza llegó con premura. El anciano la saboreó, aquel *zythum* sí era una bebida digna, mejor que la cerveza del Egipto faraónico. Por eso, la dinastía helenística acabaría por extenderla a lo largo del Mediterráneo. Porque ahora estaban en el Egipto helenístico de la dominación griega, llegó a comprender Poul.

—Y con Alejandro el Grande, ¿sabes? —el viejo lo dijo con melancolía, en aquella voz parecía entenderse que jamás habría nadie como Alejandro. Dos mil trescientos años después, mucha gente seguiría pensando lo mismo—. Pero eso eran otros tiempos. Otros tiempos...

—Imagino.

Pero qué iba a imaginar Poul. La leyenda de Alejandro era enorme, pero solo quien la había compartido en su carne podía sentir su verdadera magnanimidad.

—Y entonces murió, y se acabó todo. Ah, yo creía que era inmortal, que Alejandro jamás podría morir. Pero se le secó el corazón —dijo el anciano. Sus ojos eran casi opacos, pero seguían humedeciéndose con la emoción—. Yo me vine a Egipto, cuando a la muerte de Alejandro, a Ptolomeo se le dio esta parte del imperio alejandrino. Y Libia. Buen hombre, Ptolomeo.

—Y buen pedazo de tierra que se quedó.

El anciano le miró con fiereza. Poul no quiso ser desconsiderado con el comentario, al parecer la rotura del imperio de Alejandro aún dolía en la piel de los que lo habían conseguido.

—Pérdicas se casó con la hermana de Alejandro y todos los generales se echaron encima de él, porque son como buitres, los unos y los otros. A la que uno no se conformaba con el reparto y hacía algún movimiento para convertirse en un nuevo Alejandro, el resto se le echaba encima. Pero Ptolomeo fue listo, entendió que ninguno conseguiría nunca tal proeza. Alejandro solo hay uno. Por eso me vine aquí, era el más cuerdo de los *diádocos*. O el menos insensato, al menos.

—¿Después de la larga guerra desde Grecia al Indo aún conservabais fuerzas para seguir luchando? —preguntó Poul estimulando la sonrisa del anciano. La ambición humana no tenía límites.

—Y muchas. Aunque después de la lucha contra Pérdicas, Ptolomeo decidió conformarse con Libia y con Chipre, ese pedazo de tierra en el agua olvidado al que ahora nos dirigimos. Pero enterró a nuestro Alejandro, en Menfis. Y recibió miradas oscuras por ello, como si el hecho de inhumar al Grande le diera derecho a heredar su imperio.

—¿Y dónde le enterraron exactamente? —preguntó Poul. Sabía que en la actualidad todavía no había conseguido encontrarse la

tumba de Alejandro Magno. Puede que saliera de la simulación con información importante.

—Ah, a saber... —respondió el hombre para disgusto de Poul. Al parecer, el ADN de la paciente tampoco lo sabía—. Ese Pérdicas se lo tomó mal y atacó a nuestro Ptolomeo, pero buena paliza que le dio, a Pérdicas hasta sus propios generales le clavaron la espada. Después llegaron los malos tiempos... Si te aburro, no me importa olvidarlos.

—No. Cuenta, cuenta.

Poul siempre agradecía una conversación bañada de experiencia.

—Pues los generales de Alejandro siguieron peleándose, y Ptolomeo perdió Siria y Cirene. ¡Ay! El hambre vino, malos tiempos. Aún me ruge el estómago —dijo el anciano. Y al parecer, también le rugía el corazón con los recuerdos—. Y cuando Casandro asesinó a la mujer y al hijo de Alejandro, y ya no quedó heredero alguno, ahí ya sí que enterramos a Alejandro en el olvido. Cada *diádoco* se convirtió en rey, y Ptolomeo se nombró faraón. Nuestro faraón.

—Los griegos devolviendo los faraones a Egipto... —dijo Poul. El viejo volvió a soltar otra carcajada ante el comentario. Le faltaban algunos dientes. Tanto tiempo de guerra habría hecho imposible librarse de algún golpe en los morros.

—Como faraón lo hizo bien —el hombre seguía explicando, con la mirada perdida en el Mediterráneo—. Salvó la isla de Rodas, y desde entonces le llaman Ptolomeo I Sóter. Oh, y memorable su intervención en Ipsos, cerrando a Antígono el único ojo que le quedaba sano y recuperando el sur de Siria. Y desde entonces, se hizo amigo del pergamino y no tanto de las armas. Buscando alianzas por todos lados para asegurar la paz. Me da que aplastar la rebelión en Chipre será su última gran hazaña militar.

—Aún conseguirá algo más —dijo Poul basándose más en la reputación que el relato otorgaba a Ptolomeo que en sus conocimientos sobre los *diádocos*. Si se hubiera aprendido la lección, sabría que además, Ptolomeo conseguiría finalmente el control de Sidón y Tiro.

—Y yo puede que no lo vea —dijo el hombre mirando al cielo—. Pero puede que sí lo vea mi hija Tuyi.

—¿Tuyi?

El corazón de Poul se aceleró.

—Mi hija. Adoptiva —aclaró el viejo—. Cuando vine la encontré buscando escarabajos en la arena que echarse a la boca. Mi memoria de viejo a veces falla, pero no olvido esa escena. Los persas hicieron mucho daño en estas tierras. Pero ahora está bien alimentada y... ¡Oh! Estoy viejo para combatir, pero el pago por mis servicios pagará su comida.

—¿Luchas por ella? —preguntó Poul. Se imaginó el sentimiento de culpabilidad de la muchacha, el sufrimiento de la espera. Intuyó que el anciano no había vuelto con vida, que los hombres le habían contado aquel viaje que se había incrustado en su ADN y que había permitido la simulación. Supuso que él estaba reviviendo las duras palabras que la mujer había recibido al comunicársele la mala noticia—. Creo que Tuyi no podría vivir sin ti. En cambio, pienso que Ptolomeo se las podrá ingeniar para conseguir su objetivo con un barco menos.

—¿Qué dices?

Desde luego que el hombre a veces no entendía a los jóvenes.

—¿Han pagado ya tus servicios? —preguntó Poul. El anciano afirmó con la cabeza—. Pues ahora vengo.

Poul avanzó por la cubierta del trirreme. La madera crujía en cada paso, pensó si aquel barco no era de los primeros que había utilizado Alejandro Magno para llegar a Asia. Se asomó por un lateral, vio los remos romper el agua. Hacía viento, quizá los remeros no eran necesarios, seguramente cumplirían su condena sin importar si se les necesitaba o no. Echó un vistazo a la popa, entre los dos timones estaba el *trierarva*, su objetivo. Se acercó a él. Sabía que los capitanes lo eran por obra y gracia de los nobles, no por sus competencias militares o navales. Para esas tareas ya estaban sus oficiales. Aun así, agachó la cabeza al acercarse a él para guardar las formas.

—*Trierarva* – dijo el joven. No sabía su nombre, así que Poul lo llamó por su puesto.

—Nassor, mi querido oficial

El hombre de pelo rizado le ofreció una sonrisa. Continuó hablando con dos hombres, debatió sobre el mejor rumbo a seguir. Poul esperó su oportunidad.

—Háblame, pero en griego. No en ese egipcio raro que habláis.

—Tenemos que dar la vuelta inmediatamente —dijo Poul agradeciendo de nuevo la traducción tecnológica. El *trierarva* le miró extrañado, aunque le permitió seguir porque estaba obligado a respetar las opiniones de sus oficiales.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se extrañó el capitán, que iba engalanado con el linotórax militar griego. Cumplía la función de imponer autoridad, pero la armadura era poco práctica si por accidente caía al agua—. No se avecina tormenta, y es el único motivo por el cual volvería ahora mismo a Alejandría.

—La tripulación está enferma... —explicó Poul. No sabía qué enfermedades conocían los griegos y cuáles no, así que decidió no poner nombres—. La enfermedad se pasa de uno a otro, y lo seguirá

haciendo en el campamento si llegamos a tierra. Lo mejor es aislar esta nave, que vuelva a casa. Allí los médicos se harán cargo.

—Yo no veo ningún enfermo —dijo el capitán. Había personas mareadas, alguno que otro también caía por la mala nutrición, pero todo dentro de los parámetros de normalidad.

—Si se vieran tan fácilmente no ocurrirían las plagas —argumentó Poul intentando asustarle—. Espera un poco y no habrá uno sano en todo el barco.

—Pues tira al mar a los que presenten síntomas —dijo el capitán con frialdad mientras miraba al horizonte, como si buscara alguna referencia montañosa. Poul sintió un escalofrío. Apostaba que el hombre había llegado tan alto por comportamientos tan prácticos.

—¿Y la comida? —preguntó Poul—. Todo está contaminado. ¿Cuánto aguantarán sanos el resto con comida en mal estado?

—¿Estás seguro de lo que hablas? —dijo el *trierarca*, parecía no estar convencido—. Igual me da que lo estés o no. No pienso volver sin el triunfo en mi primera expedición. Tú has desvelado este contratiempo, tú lo solucionarás. Habla con los médicos del barco, haz todo lo que puedas, y lo que no también, para que esa enfermedad no se nos muestre.

Dicho eso, el capitán volvió a la conversación sobre qué rumbo seguir con sus otros oficiales dando por terminado el intercambio de palabras con él. Poul volvió al lugar donde estaba el anciano, negó con la cabeza para manifestar que no había conseguido llevarle de vuelta a casa. Ahora tocaba protegerle para que volviera vivo de la campaña.

Los días siguientes, Poul aprovechaba cualquier problema de salud de la tripulación para justificar su teoría, e hizo todo tipo de

esfuerzos para que el hecho de que no se extendiera se debiera a su preocupación para que eso no ocurriera. Al poco, el capitán se olvidó del asunto, como lo hacía con todo lo que no era productivo. Y con el transcurso de los días, la nave llegó a tierra. El casco golpeó la arena de Chipre sin apenas resistencia. Al parecer, las conquistas y los éxitos militares de Ptolomeo habían llegado hasta aquella isla y los lugareños habían optado por encerrarse en las ciudades en lugar de realizar un ataque de bienvenida. Mejor. Poul no se imaginaba bajando de la nave entre una lluvia de flechas. Mucho menos que el fuego de los proyectiles hiciera arder su barco convirtiéndole en un naufrago sin lugar al que nadar.

—Eudor —dijo el anciano que caminaba al lado de Poul durante las idas y venidas del barco al campamento para transportar la mercancía—. No te había dicho mi nombre.

—Nassor —dijo Poul con una sonrisa.

—Ya lo sé —añadió el anciano. Poul se sintió estúpido. Todos los hombres conocían el nombre de sus oficiales—. Y ya decía yo que tu cara la había visto yo antes cuando te veía cerca de mi niña. Me sonaba tu jeta.

—¿De Tuyi?

La conversación comenzaba a derivar hacia un tema interesante.

—Sí. Y sé que quieres que te diga lo que piensa de ti —dijo el viejo. Volvió a lanzar una de sus carcajadas—. Habla bien de ti, y demasiado. Respecto a lo que a ti te interesa... Sí, te dejará hacerle lo que quieres. Y mira que no es hija mía pero la quiero como niña propia. A mí que haga sus tareas de mujer con otros me altera. Pero tú empiezas a parecer buen hombre. Gracias por intentar dar la vuelta al barco.

—De nada. Lo hice por miedo a la guerra más bien.

Poul le guiñó el ojo, no sabía si en el Egipto Ptolemaico ese gesto también mostraba complicidad.

Poul, a pesar de su rango de oficial, cargó mercancías como el resto de sus hombres, ayudó en la construcción del campamento. Durante las idas y venidas a la costa, el anciano hubo de detenerse para no reventar. No podía más. Demasiado trabajo para unos huesos obesos de edad.

—¡Ay! Un viaje más y moriré antes de la batalla —dijo el hombre con la respiración forzada.

—Tranquilo, descansa —Poul se detuvo por solidaridad, la detención estaba vista como una falta de disciplina y de hombría.

—Y bien que echo de menos ahora las comodidades de Babilonia.

Poul apenas le escuchó, tenía la mirada perdida en los elefantes que bajaban de un trirreme. Se alegró de que en su nave no se hubieran transportado tales bestias. No le apetecía estar en un barco con paquidermos si estos entraban en locura. Bien podrían hundirlo con facilidad, los encargados de clavarles una estaca en la cabeza cuando se volvían locos en la batalla lo sabían bien.

—¿Qué hace un oficial de mar transportando mercancías? —dijo una voz que le despertó de sus pensamientos. Un hombre que apareció repentinamente le observaba desde un rostro serio. Se imaginó que venía a reprenderle por el parón. Se equivocaba—. Vamos, Nassor, Ptolomeo nos espera.

Acompañó al hombre hasta la tienda de campaña de Ptolomeo, ya desplegada en la zona central. Mientras que algunos hombres todavía descargaban sus cosas de las embarcaciones, el faraón ya tenía su transitoria morada en su lugar dispuesta a ser usada. Por lo visto, el

trabajo de los esclavos no acababa en los remos. Abrieron la puerta y el Sol cegó a los allí presentes. Tomaron asiento mientras continuaba el debate en el interior. En una esquina, un par de hombres parecían prestar más atención a una vasija con una mujer desnuda dibujada.

—Son unos cobardes. Encerrarse en la ciudad... —dijo uno de los generales. Después metió en su boca una gran cantidad de queso de cabra rallado y la pasó con un buen trago de ciceón, una bebida hecha con cebada, hierbas y agua. Por lo visto, tenía la esperanza de una guerra rápida y no reservaba los alimentos.

—Pues habrá que hacerles salir —dijo otro bajo la atenta mirada de Ptolomeo desde su trono portátil—. Porque me imagino que nadie desea un largo asedio.

Ptolomeo suspiró. No, nadie deseaba un largo asedio, ya no eran lo mismo desde que el genio militar de Alejandro Magno les había abandonado.

—Un cebo —dijo el faraón—. La rebelión acaba de vencer a la guardia de la ciudad. La euforia difumina los límites de sus posibilidades. Si ponemos una parte del ejército que ellos creen que pueden vencer, el deseo de seguir cosechando victorias les hará salir.

Todos callaron. ¿Acaso los rebeldes serían tan estúpidos? Bueno, habían desafiado al Egipto Ptolemaico, dirigido por uno de los antiguos generales de Alejandro Magno que además había conseguido importantes victorias tras la muerte de este. Había que ser estúpido para ello. Tampoco perdían nada por intentarlo. Todo era cuestión de números. Uno de los generales, al que al parecer le salían las cuentas, tomó la palabra.

—Puede que se lancen contra dos *quillarquías*.

Lo que sumaba un total de dos mil falangitas.

—Que sean tres. Son atrevidos, y será más creíble —apuntó otro—. Y cuando salgan, que aparezca el resto del ejército por sorpresa.

—No —sentenció Ptolomeo. Se acarició su poblada barba que más que de faraón le daba aspecto de filósofo griego. A excepción de la arquitectura, todo había tomado aspecto griego en Egipto—. El resto atacará por el lado contrario de la ciudad. Sus fuerzas no suponen una amenaza, no mientras no se hagan fuertes tras unos muros. Si atacamos por un único lado, concentrarán ahí a sus hombres, habrá una lluvia asesina desde los muros. Sin embargo, si están ocupados con los primeros atacantes, el resto derribará la muralla sin dificultad.

—¿Y abandonar a los primeros? —dijo el hombre que había acompañado a Poul hacia la tienda—. Les condenaremos a morir.

—Caerían más protegiendo las catapultas en un ataque de una dirección —se escuchó replicar.

—Además, la unidad de señuelo podría formarse con los hombres más viejos del ejército, cuya fuerza ya no es suficiente para la lucha.

Poul identificó al dueño de aquellas palabras: el capitán de la nave en la que había viajado. De nuevo, con sus prácticas ideas.

—¿Y qué hay de su experiencia?

Poul salió en defensa de aquellos pobres hombres.

—Valiosa, mientras puedan mantener el escudo y la lanza durante toda la batalla. Pero hay un tiempo para la retirada... Si ellos no lo conocen, nosotros seguimos haciendo que sean importantes en el ejército con... otras funciones —le contestó su superior.

—Sigo pensando que sería más eficaz un ataque total —replicó el que comía el queso de cabra.

—No saldrían frente a la totalidad de nuestro ejército —añadió uno de los que hasta ahora habían permanecido mudos—. Y seamos sinceros, nadie quiere poner su cabeza a tiro de los arqueros defensores.

—Nos queda la opción del asedio continuado entonces.

Se hizo el silencio, nadie quería retrasar la vuelta a casa.

—¿Y dos frentes divididos pero igualados? —sugirió Poul desde la ignorancia.

—¿Dividirnos para atacar? ¿Acaso no has aprendido nada de la unión de la falange?

Poul negó por dentro.

—Ya está bien —sentenció Ptolomeo. Por lo visto había tomado una decisión—. Enviaremos un frente de señuelo. Si movilizamos contra él sus tropas, conseguiremos un ataque fácil en el lado opuesto de la ciudad. Sus murallas caerán rápidamente. No arriesgaré un asedio contra una defensa organizada, si destruyen nuestras catapultas tardaremos en conseguir madera y construirlas de nuevo. Prefiero un ataque sorpresa. No perdamos el tiempo.

Porque tiempo no me sobra, pensó. Pacificar Chipre y descansar. La vida de Ptolomeo había sido increíble, pero se hacía viejo. Lo suficiente para sacrificar tropas a cambio de una victoria rápida. Poul salió de la tienda indignado. Fue a buscar al padre adoptivo de Tuyi. Lo encontró cargando un fardo de comida para los elefantes.

—No tienes buena jeta —le dijo al verlo—. Si los poderosos no están contentos, menos lo estaremos nosotros. Dime, ¿qué suerte se nos viene encima? ¿Qué cosa me espera?

—Vas a tener una tarea protagonista.

Fue lo único que supo decirle Poul.

Los días siguientes, el duro entrenamiento militar, el hastío de una rutina que le preparaba para evitar la muerte en combate y el conteo permanente de víveres y armamento le hacían preguntarse qué hacía allí. Sobre todo, porque allí no estaba Tuyi. Llegó a una conclusión acertada, completó sus suposiciones iniciales. Al parecer, aquel anciano había muerto en la batalla que ya se acercaba. La antepasada de la paciente no había vivido aquella situación, pero alguien le habría contado los acontecimientos con más o menos detalle. El hecho de conocer el sacrificio del que había sido su padre adoptivo, su injusta función de cebo, se habría incrustado en su ser en forma de odio. Es decir, con probabilidad Poul no estaba reviviendo un hecho histórico, sino una reconstrucción que la imaginación de la predecesora de la paciente había hecho. Sea como fuere, había que resolver las consecuencias. Y por fin, llegó el día de la batalla. Poul se encontraba al frente de una *speira*, agrupación militar formada por 256 falangitas. Poul había solicitado un puesto de mando en las tropas del primer ataque. Si no podía evitar que el padre de Tuyi participara en aquel suicidio, prefería estar lo más cerca de él posible para intentar alejarle de la muerte.

Silencio. Frente a aquellas murallas, los casi dos mil hombres parecían hormigas, no despertaban interés. Se escucharon unos gritos que ordenaban avanzar. Las tropas se movilizaron. Puede que los asediados reaccionaran cuando estuvieran más cerca. Cada paso que se daba, temblaba el suelo. También lo hacía el corazón, incapaz de medir la distancia exacta a la que una flecha podía volar desde el cielo y atravesar el cuello. Poul se calmaba. La falange griega, con sus grandes escudos y las lanzas alzadas en ángulos determinados dependiendo de cada fila que formaba el bloque, era una pantalla casi impenetrable para las flechas. Casi. No lo era tanto para los

proyectiles que podían venir desde las catapultas de dentro de la ciudad.

Empezaron a caer las primeras flechas. Silbido y amigo caído. Era una relación inmediata. Los hombres alzaban los hoplones por instinto, y eran reprendidos inmediatamente. La eficacia de la falange griega dependía de la conexión entre los hombres que estaban a tu lado y de la posición de su escudo. Pero había que seguir avanzando. Llevar el ariete a la puerta. Había que continuar con el engaño, a pesar de la creciente lluvia de flechas. Las murallas se poblaban de enemigos, se cumplía el objetivo. Se movilizaban las tropas a esa parte de la ciudad. En la parte opuesta, Ptolomeo debía de estar preparando el verdadero ataque. Después vino el fuego. Las flechas incendiarias buscaban quemar el ariete. Cuando se clavaban en el cuerpo, el calor del fuego se unía a la quemazón de los tejidos penetrados por el metal. Las falanges avanzaban, dejando muertos en el camino. La distancia con el portón enemigo se acortaba, por fin. Cuando el ariete contactó con la madera, con el objetivo colectivo cumplido, Poul se puso en marcha con su propio objetivo. Se dirigió a la localización del primer *lochoi* del primer *syntagma* de la formación. Es decir, en el extremo izquierdo de la falange en la que estaba. Se dirigió allí, escudo en alto, buscando al padre de Tuyi. No era fácil, puesto que todos los soldados llevaban el mismo casco y el mismo linotórax. Gritó la contraseña, las palabras que habían acordado para encontrarse. *¡Alejandro está con nosotros!* No era fácil. Los hombres eran veteranos, quizá demasiado, y la mayoría habían luchado junto a Alejandro, por lo que se animaron a repetir sus palabras. Finalmente, el anciano le encontró a él.

—Nassor, ¡Nassor! —gritó para anteponer su voz a los aullidos de dolor.

—Nos vamos, nos vamos —dijo Poul mientras le agarraba del brazo—. Hay suficiente confusión para marcharnos.

Y eso hicieron. La falange se caracterizaba por la cohesión de sus componentes, pero por suerte se encontraban en uno de los extremos. Corrieron en dirección inversa a la muralla. Buscaban escapar de la batalla. Casi lo consiguieron. Poul notó un dolor agudo en su muslo izquierdo, notó torpeza en la pierna y rodó por el suelo.

—¡Desertores! —gritó el hombre que había manchado su espada corta con su sangre—. ¡La batalla está en la otra dirección!

—Ya hemos cumplido el objetivo —se justificó Poul mientras se levantaba con dificultad. Se tocó el muslo y manchó su mano de sangre—. Ahora tenemos otras tareas más importantes.

—Una mierda me importan a mí vuestras tareas —contestó el hombre escupiendo al suelo—. Si yo no hago mi trabajo, al que le van a clavar una espada es a mí.

El hombretón se dirigió hacia el padre de Tuyi. Iba a darle su castigo por desertar. Poul intentó levantarse, tenía que ayudarlo. Se puso en pie, pero su cuádriceps herido no le dejó avanzar. El hombre de la espada se acercó al anciano. *¡Corre!*, gritó Poul. *¡Escapa!* Lo intentó. Pero el otro hombre era más joven y rápido. Le alcanzó. Atravesó con su espada el dorso del viejo. El hierro le atravesó. La punta metálica salió por el pecho del anciano junto con su vida.

PRESENTE

Montgomery, Alabama, Estados Unidos

Poul se despertó escuchando sus propios gritos de dolor. Se incorporó en la camilla del interventor. Instintivamente sus manos fueron a agarrar su pierna izquierda. El dolor era agudo, quemaba. Saturaba sus nervios hasta el punto de no saber dónde estaba. Todas sus neuronas estaban ocupadas en reflejar dolor. Si le hubieran preguntado, ni siquiera habría podido recordar su nombre.

—Ya está, Poul, ya está, ¡tranquilo!

Christiaan puso sus manos en los hombros del interventor, acercó sus ojos a escasos centímetros de los del danés.

—Te hemos administrado morfina, hará efecto en unos segundos. En cuanto tus parámetros se dispararon te pinchamos el calmante. Aguanta, Poul, aguanta.

Poul empezó a aflojar sus manos, que atenazaban una pierna que, para su sorpresa, no estaba herida. La estiró y la flexionó un par de veces. Funcionaba perfectamente. Su respiración comenzó entonces a estar menos agitada. No dolía menos, pero al menos ya era consciente de que todo el daño se había quedado en la simulación, lo que le tranquilizaba un poco. Su sistema nervioso actuaba como si el daño fuera real, pero no lo era. Una vez fue consciente de la situación, pudo prestar atención al resto de acontecimientos de la habitación. Vio a la paciente abrazada a su

padre y fue como si un asesino hubiera entrado en su cuerpo para acabar con todos los malos pensamientos.

—Hija. Hija mía... Creía que... Pensaba que...

El jeque sollozaba, apretaba tan fuerte a su niña entre sus brazos que cuando la soltó, la muchacha tomó una gran bocanada de aire.

—Padre... —dijo ella, se apretó con fuerza contra su padre—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estás curada. Eso es lo que ha pasado —interrumpió Christiaan mientras pedía que confirmaran algunos datos al resto de técnicos. Al parecer no había más tensiones genéticas. Las variaciones tardaban más de dos mil años en hacerse efectivas mediante la acumulación temporal, por eso todas las simulaciones ocurrían en la Edad Antigua. Seguramente, con el paso del tiempo y la activación de los cambios acumulados, las generaciones posteriores sufrirían los traumas generados en épocas posteriores—. Vuelves a tener una perfecta salud.

La paciente agradeció la buena noticia con una amplia sonrisa. Poul también la había recibido con enorme satisfacción, definitivamente no entendía nada. Había fallado en la última simulación. Josanu se abalanzó esta vez sobre Christiaan para abrazarle. Inclino el torso en dirección a cada uno de los técnicos de la sala. Se quitó las gafas para pasar un pañuelo por sus ojos humedecidos. Finalmente, se acercó a Poul, cuya respiración volvía a la normalidad.

—Gracias —dijo el hombre desde su acento egipcio—. Gracias. No sé qué otra palabra decir. No sé cómo agradecerte lo que has hecho. Rezaré a Alá para que te recompense porque un hombre como yo no podría darte lo que mereces ni en mil vidas. Pero si algo puedo hacer por ti en algún momento, házmelo saber.

—Es mi trabajo —dijo Poul utilizando la respuesta oficial—. Pero si es útil para alegrar la vida a personas como ustedes, crear esa felicidad para mí ya es suficiente recompensa.

Los dos giraron la cabeza al ver a la paciente abandonar su camilla y ponerse de pie. Tenían que comprobar que no había ningún problema de motricidad. La chica se acercó entonces a Poul, se puso al lado de su padre.

—Gracias por curarme —dijo, y la sonrisa de Poul se estiró aún más—. No he entendido muy bien lo que ha pasado, pero al parecer has sido tú el que me ha tratado. Eres una especie de... cirujano.

Poul afirmó con la cabeza, apretó la mano que le tendió la joven. La apretó y le ardió más que la propia herida en la pierna de la simulación. Fue un saludo entre dos desconocidos. La chica arqueó las cejas, como cuando alguien ve una cara conocida por la calle que no es capaz de identificar. Fue un saludo doloroso. Después de hacer tanto por ella, de arriesgar su vida, de vivir aquellas aventuras juntos, volvían a ser dos desconocidos. Tenía lógica, las conexiones de la simulación se hacían a nivel de subconsciente. Durante las intervenciones, ella había estado dormida. Lo que había ocurrido en las simulaciones, ella lo ignoraba. Y así se marchó de la sala, como una completa desconocida. Christiaan observó la tristeza en la cara de Poul. Una vez la terapia hubo finalizado con resultado positivo, el pelirrojo se permitió cierta relajación en el protocolo y se sentó al lado del interventor.

—¿Cómo estás? —le preguntó con cariño—. Y no me refiero en cuanto al dolor, esos datos los tengo en mi pantalla.

—Bien —contestó Poul en tono neutro—. Hemos conseguido el objetivo. He curado a mi primera paciente. Una de una, cien por cien de efectividad.

—Sí, es un éxito. Y sin embargo, parece que no estés para una fiesta.

—La última simulación ha sido dura —afirmó Poul, y puesto que había salido bien, decidió reconocer su derrota—. Y defectuosa, Christiaan. No la he resuelto bien.

—La has resuelto bien —dijo su interlocutor asertivo—. La paciente se ha curado, así que la has resuelto bien.

—¡No! —dijo el interventor, alterado. Si algo crispaba a Poul era no entender las cosas—. Yo tenía que salvar a su padre, ¿sabes? Salvarle de la guerra para aliviar el trauma de un padre que ya no regresa al hogar. Sin embargo, no fui capaz de protegerle. Murió, por desertor. Y además, fui yo el que le animó a desertar.

—Puede que la tensión genética la causara el hecho de que ese hombre regresara con vida, y tú lo has resuelto causando el efecto contrario...

—No veo de qué manera —dijo Poul abatido.

—Bueno. En todas las épocas ha habido padres que abusan de sus hijas —dijo Christiaan y Poul se sintió estúpido. No se lo habría imaginado jamás, que ese anciano hubiera adoptado a Tuyi de joven para aprovecharse sexualmente de ella. En fin, la experiencia era un grado y seguro que Christiaan había visto situaciones similares en otras simulaciones. Poul decidió no comentar nada, por lo que Christiaan tomó la palabra de nuevo—. Sin embargo, entiendo que hay algún factor externo que te hace estar triste.

—Después de tanto luchar por ella, Christiaan... —dijo el interventor visiblemente triste. La mandíbula de Poul se tensó—. Después de tantas vivencias, somos dos desconocidos. No pido que calme mi ego arrodillándose ante mí reconociendo todo lo que he tenido que hacer, pero... Me siento muy triste, es la mejor forma de explicarlo.

—Lo sé —dijo el técnico—. Ya te lo comenté. Vivir situaciones tan extremas crea un gran lazo de unión. El problema es que es unidireccional. El problema cuando interventor y paciente son del sexo opuesto es que esa unión puede convertirse químicamente en algo más. Estamos diseñados para enamorarnos, Poul. No te avergüences. Pero así son las cosas. Por eso evitamos este tipo de terapia mixta. No serías el primero que decide abandonar MediTime por un motivo así. Nos jodería perder un interventor tan bueno.

Un interventor tan bueno. Poul decidió quedarse con esas palabras. Su sueño era intervenir y al parecer había empezado de la mejor manera posible. Sí, con esos pensamientos acabaría aplastando su tristeza interior. Se levantó de la camilla, salió de la sala y por el pasillo se cruzó de nuevo con Josanu y su hija, acompañados del presidente Jefferson, que solo aparecía para colgarse las medallas.

—Buen trabajo, hijo —le dijo el presidente a Poul apretándole la mano—. Muy buen trabajo. Le aumentaremos el sueldo. Qué piensas, Josanu, ¿se lo merece?

—Se lo merece —dijo el egipcio poniendo su mano derecha sobre su corazón.

—Gracias de nuevo —añadió su hija—. Gracias, Nassor.

Nassor. El resto de personas continuaron su camino, pero el corazón de Poul se congeló. ¿No se suponía que la paciente no era capaz de retener ningún dato de las simulaciones? ¿Por qué le había llamado con su nombre virtual? Poul corrió hacia ellos, su curiosidad ardía, necesitaba respuestas. Sin embargo, su avance fue frenado por un golpe directo desde el lado izquierdo. Alguien le había empujado y le había hecho caer. Después, sintió un pinchazo en la zona lumbar. Y se durmió. Fueron sus últimos segundos conscientes como interventor de MediTime.

JON ÍCARO



12

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

El sexo había sido increíble, especialmente gratificante. Poul no recordaba la última vez que había estallado de tal manera sobre su pareja. Se levantó de la cama y fue al servicio para asearse. Se encontraba tan bien que hasta las figuritas en forma de ángeles que adornaban el aseo parecían felicitarle por su buen trabajo.

—Te sienta bien haber dejado MediTime —dijo Chloe desde la cama dejando escapar algún suspiro de placer residual. Acababa de sacar un tema espinoso. Pero, ¿acaso habría mejor momento para hablar sobre temas poco deseables?

—Lo sé —contestó el joven. Se escuchó el agua saliendo del grifo. Pasaron unos minutos. Poul volvió a la cama, se tumbó junto a ella, acercó sus ojos de color azul oscuro a los de la chica. Repasó con la mirada a su novia. Ojos achinados, nariz chata, pelo negro digno de un alisado japonés. Era preciosa—. Y lo siento.

—No te preocupes —dijo Chloe ofreciendo una sonrisa. Le besó intensamente—. Solo perseguías un sueño.

—Pero casi te pierdo, por dedicarle más tiempo a él que a ti.

Y por otros motivos intrínsecos a su primera acción como interventor que no quiso recordar.

—Pero hay algo que no entiendo.

Se avecinaba una larga charla. Poul se acostó bocarriba. La muchacha apoyó su cabeza en el torso del chico.

—Era tu sueño. Lo tocaste. ¿Por qué lo abandonaste? No es propio de ti.

—Era más bonito visto desde fuera —dijo Poul dirigiendo su mirada perdida a la escayola del techo—. Al final te conviertes en una herramienta más. Un peón de la gran empresa.

—Ya —dijo Chloe. Sabía que Poul no era estúpido, que no era algo especialmente sorprendente que MediTime funcionara como una corporación más—. Pero si quieres alcanzar tu sueño, te aguantas. Poul, tú no abandonas fácilmente.

—Está bien. ¿Te lo cuento? —preguntó Poul. Ella lo estaba deseando. Cuando le preguntaba siempre esquivaba el tema. No sabía en qué momento ser interventor de MediTime había pasado de ser algo deseado a ser algo despreciable—. Como sabes, he dedicado toda mi vida a formarme como médico, especializándome en terapias genéticas. Desde que descubrí MediTime, deseaba trabajar con ellos, viajar en el tiempo para curar a la gente...

Lo sé.

Y tanto que lo sabía. Poul le había hablado con tanto entusiasmo de la empresa que sabía casi perfectamente su funcionamiento. Las situaciones traumáticas a lo largo de la historia se reflejaban en el ADN, ya que al parecer esa molécula intentaba resolverlas modificándose para crear elementos aptos para la nueva situación. Esas variaciones genéticas se heredaban a lo largo del tiempo y eran capaces de generar enfermedades. En MediTime leían esos cambios, los interpretaban mediante una simulación virtual y a los interventores se les hacía viajar mentalmente en el tiempo para resolverlas. O algo así.

—Pero una vez dentro, el clima es de oscuridad. Hay excesivos secretos. Sí, ya lo sé —Poul se adelantó a su chica, que estaba dispuesta a rebatirle con un argumento convincente—, todas las grandes empresas ocultan información. Entiendo que es necesario para dejar atrás a la competencia, para bordear la ley. Pero, ¿incluso con nosotros? Yo era parte de ella. ¿Por qué se me oculta información que tiene que ver con mi puesto como interventor? No lo entiendo.

—No lo entiendes. Y pocas cosas te crispan más que no entender las cosas.

Chloe sonrió, le conocía demasiado bien.

—Y lo que duele no son los hechos, puedo entenderlos —dijo Poul y Chloe se rio, dudó de que su novio fuera capaz de ello—. Duelen las formas, Chloe. Que me convenía no saber más, decían. Que me convenía no preguntar. Yo solo quería hacer un par de preguntas a mi primera paciente. Y ellos, que al parecer decidieron por mí que iba a ser incapaz de hacerlas con coherencia, me clavaron una aguja con un sedante. Como se trata a un animal desbocado, Chloe.

—A veces eres un animal desbocado, como hace unos minutos. —Chloe le besó en la mejilla cariñosamente—. Tienes un don. Quieres entenderlo todo y no hacerlo te enciende los nervios. Ese nerviosismo te hace atar cabos que parecen independientes. Creo que ahí reside el fundamento de tu inteligencia. Pero, Poul, se te escapan algunas situaciones. En concreto, aquellas en las que lo más inteligente es hacerse el ignorante, dejarlo pasar.

—¿Insinúas que tengo que evitar hechos que contradicen lo que me explican?

—Insinúo que si hubieras omitido cierta indignación aún seguirías dentro de MediTime, y que dentro de la empresa tienes más recursos para completar la información que te falta.

Chloe bordó sus palabras con la lógica.

—La paciente recordó cosas de las simulaciones. Se supone que el tratamiento actúa a nivel de subconsciente, que nada de las intervenciones queda en su memoria.

Poul puso nombre y apellidos al problema que le había atormentado como interventor.

—Ya sabes cómo es la biología, que tiende a escaparse de la teoría. Y puede que en esa escapatoria esté la raíz de un nuevo tratamiento. Esa información vale mucho dinero en manos de la competencia, Poul.

El hombre resopló. Como siempre, Chloe tenía razón.

—Hay algo más, Chloe. Algo más. Puede que no tenga nada que ver con mi indignación. Pero lo acabaré descubriendo —dijo el chico mientras acariciaba el rostro de la joven.

—Estoy segura de ello. Pero cuando no piensas en MediTime te concentras mejor en otras tareas. Así que, antes de que te embarques en otra locura, pienso aprovecharme.

Chloe se incorporó, se puso encima de él. Cubrió sus pechos, unos pechos de tamaño limitado pero de forma exquisita, con las manos de Poul. El chico vistió la desnudez de Chloe con la mirada, se concentró en cada una de las curvas que componían su cuerpo. Ella se agachó, besó con dulzura cada centímetro del pálido y esculpido pecho del chico. Y cuando notó que algo cobraba vida en su entrepierna, se preparó para recordar lo que había ocurrido instantes antes.

13

PRESENTE

Montgomery, Alabama, Estados Unidos

—¿Cómo dijiste antes de marcharte?

Jefferson, presidente de MediTime, se permitió una sonora carcajada. Palmeó el escritorio varias veces.

—Ah, ya me acuerdo, que no querías saber nada de esta mierda.

—Y no me arrepiento —dijo Poul, aunque el hecho de que el joven fuera incapaz de dirigirle la mirada mostraba lo contrario. No quería cruzarse con aquellos ojos claros que contrastaban con el oscuro pelo del magnate. Prefería ver las nuevas adquisiciones en forma de obras de arte que poblaban las amplias paredes blancas—. No estaría aquí si no fuera indiscutiblemente necesario.

—Ya. Lo sé. El tiempo pone a cada uno en su sitio.

Y la necesidad, añadió mentalmente Poul. Jefferson sabía sacar muy buen provecho de las necesidades personales.

—Déjame intervenir —suplicó Poul, directo al grano. Su rostro, siempre a medias entre la seriedad y la bondad, ahora pedía misericordia.

—Paga —sentenció frío Jefferson. Dio un trago al Henri IV Dudognon Heritage, el coñac más caro del mundo en parte por los

más de seis mil diamantes que poblaban su botella—. Dependiendo de la cifra, trataremos o no a Chloe.

—Pero si con el sueldo que tuve aquí no me llega... Puede que tengáis que revisar las cuentas de la empresa —hirió Poul. El tratamiento, solo al alcance de gente excesivamente pudiente, paradójicamente se escapaba de las manos incluso de gente que había trabajado en MediTime.

—No es mi problema —escupió Jefferson entrelazando sus dedos.

—Déjame intervenir, así ahorrarás parte del gasto de personal.

Poul apoyó sus antebrazos en el escritorio, pero era demasiado ancho para mostrar una actitud desafiante.

—Ya tenemos especialistas para esa tarea. Personal que no abandona ante la primera rabieta, por cierto.

—¿Personal capaz de tratar a mujeres? —Poul contrató. Él había sido el primer hombre en aplicar la terapia sobre el sexo femenino. Y por todo lo que había vivido al respecto sospechaba que el secretismo en este ámbito era excesivo. Tanto que había sido la causa de la enemistad entre interventor y empresa.

La genética era caprichosa, y el simple azar había hecho que el cromosoma Y de Reenberg no fuera rechazado en las conexiones simuladas como ocurría en el resto de interventores. Lejos de convertirse en un héroe por esa habilidad especial, Poul comenzaba a darse cuenta de que era más bien una víctima de su privilegio.

—Te aconsejo no volver a abordar el tema —dijo el presidente y esta vez le lanzó una mirada severa, la que reservaba para situaciones críticas en la empresa—. Esa obsesión sin fundamento no te hizo nada bien.

—Si fuera sin fundamento no estaría ahora en la calle —dijo Poul atreviéndose a avivar un poco más las llamas de la discordia.

—No fue tu incapacidad de distinguir fundamentalismos el motivo que te hizo salir de aquí —dijo el presidente, le señaló con un dedo amenazador—. Fue tu incapacidad de asumir una cadena de mando, un protocolo establecido, de no saber tus competencias. Y te recuerdo, te fuiste por tu propio pie.

—Está bien.

Poul se calmó. Agachó la cabeza y ese gesto de sumisión sirvió como disculpa.

—Lo que pregunto es, sin maldad, ¿ahora sí hay un equipo preparado para intervenir en mujeres?

—No —respondió Jefferson—. Aunque la información obtenida sobre tu intervención ayudará a que pronto lo haya. Pero imagino tu respuesta si te pregunto si estás dispuesto a asumir los riesgos de la falta de investigación para tratar a tu chica.

—Sí —confirmó Poul. Lo estaba. Sabía que los riesgos no eran excesivos, al menos desde esa ignorancia de la que a veces se dejaba guiar.

—¡Alegra esa cara! —dijo Jefferson alzando sus brazos, de repente su rostro mostró jovialidad—. ¿A qué tanta seriedad? Mira, muchos creen que soy un monstruo, sé de lo que se habla a mis espaldas. Hay límites que no puedo traspasar por el bien de la empresa, pero eso no exime que tenga mi corazón. Te dejaré intervenir a ti, Poul.

—¿En serio?

Que Jefferson mostrara compasión no era normal. Poul imaginó que había algún interés intrínseco a su muestra de corazón. Puede que, como él había sido el único en intervenir en mujeres, le

necesitara para continuar experimentando en ese ámbito. Y esa era su generosa manera de readmitirle.

—Y tanto.

Jefferson dio otro trago al coñac, se relamió y le ofreció una sonrisa. Le dio una buena noticia.

—Intervienes en dos horas. Ya traen a tu chica desde el hospital. En cuanto supe que querías hablar conmigo, imaginé el motivo y aceleré los trámites. Tómame algo, relájate. Intervienes en breve.

Poul no fue capaz de dar las gracias, puede que por su cabezonería, puede que porque no terminara de fiarse de Jefferson. Simplemente estrechó la mano del presidente antes de salir de su oficina y dirigirse a la cafetería.

No había expresado su gratitud, pero se sentía totalmente agradecido. Removió el café por enésima vez mientras se perdía entre sus recuerdos en MediTime. Volvía a intervenir. Recordaba que la primera vez había sido un sueño. Ahora... sentía más incertidumbre que entusiasmo. Pero no era momento para divagaciones, tenía que concentrarse en su próxima tarea: curar a Chloe.

—¡Ei! Poul, ¿cómo estás? —dijo alguien cercano. El joven alzó la cabeza para buscar al autor de aquellas palabras. Se encontró con un hombre pelirrojo bien conocido, el jefe del equipo técnico de su anterior intervención.

—¡Christiaan! —gritó Poul alegre, le ofreció su mano y le invitó a sentarse en la silla que había libre frente a él en aquella pequeña mesa de la cafetería. El hombre accedió—. ¿Qué tal todo?

—Pues bien, como siempre. Haciendo mi trabajo, sin darle muchas vueltas. —Christiaan completó la oración con una sonrisa triste. Sabía que en MediTime había que trabajar sin pensar mucho.

Ese había sido el motivo de que Poul abandonara el barco—. ¿Tú cómo estás?

—Bien, si te refieres respecto a MediTime —dijo Poul. Sabía que tenían una conversación pendiente. Le hubiera gustado hablar largo y tendido con él, explicarle sus argumentos contradictorios respecto a la empresa y que el pelirrojo, con conocimiento de causa, los rebatiera. Pero no era el momento—. Si te refieres respecto a Chloe, mal.

—Lo sé. Pero vamos a curarla.

El hombre de la perilla roja le dio un pequeño golpe en el brazo para animarle.

—Eso espero —dijo Poul le mirándole a los ojos, derramó tristeza por sus lacrimales—. Un mes, Christiaan. Un mes en el hospital y no encuentran respuesta.

—Ya. Es verdad que la mayoría de pacientes que se derivan aquí son aquellos a los que no se les encuentra diagnóstico porque no tienen la tecnología que tenemos aquí, pero eso no indica que aquí seamos capaces de curarlos con seguridad.

Christiaan no quería ser pesimista, pero veía a un Poul sumergido en la desesperación y había que ser realista. Quería a un Poul lógico, centrado.

—Lo sé —dijo Poul sin la esperada reacción agresiva—. Lo peor son los dolores. Está inconsciente, pero los registros muestran activación constante en la nociocepción. Un mes sufriendo dolor constante, Christiaan.

—Te entiendo —dijo el técnico. Se puso en la situación de la muchacha. Se le erizó el vello corporal—. Están preparando el quirófano. Todo se acabará pronto.

—Gracias, Christiaan —agradeció Poul. Puso la mano en su pecho—. Eres un gran hombre. Vamos a curar a Chloe. Después, agradeceré todo lo que has hecho por mí como es debido.

—No hace falta que lo hagas. Es mi trabajo.

Los dos sonrieron ante la respuesta oficial.

—Te echábamos de menos, Poul. Puede que tú no lo entiendas, pero tu lugar está aquí. Has estado fuera mucho tiempo.

Tiempo. El tiempo precisamente sería el protagonista de los siguientes días. Para deshacer las tensiones genéticas adquiridas a lo largo de la historia, Poul estaba a punto de viajar de manera simulada en el tiempo. Entró al quirófano, se tumbó en su camilla. Los recuerdos se aceleraron, bailaban en su mente. Mal momento para ponerse a pensar. Había que relajarse. Se concentró en el aroma a lavanda de la sala. No giró su cabeza, no quería ver a Chloe en la otra camilla. Ya lo había hecho al entrar y la rabia le había consumido por dentro. Al menos, se había calmado la impotencia. Al menos, ahora podía hacer algo por ella. Sintió las ventosas pegarse en su cuerpo. Cerró los ojos. Christiaan le preguntó si estaba preparado y afirmó con la cabeza. Comenzó la cuenta atrás. La sensación de euforia y desvanecimiento, una mezcla extraña, comenzó a adueñarse de su cabeza. Estaba a unos segundos del apagón. De aparecer en otro lugar. Y en otro tiempo.

14

1763 a.C.

Elam

Se despertó sentado en una roca en el borde de un camino. Notó lo que él empezó a definir como cosquilleo cerebral, una sensación que aparecía en el comienzo de cada simulación. Como siempre, la primera tarea era descubrir en qué acontecimiento histórico estaba. Pensó que no le resultaría difícil, esta vez se había estudiado la historia de Estados Unidos detalladamente, con el estímulo de que le sería útil para curar a un ser querido, una motivación infinitamente más potente que la de aprobar un examen. Sin embargo, no le serviría de nada. Miró su vestimenta. Llevaba una larga túnica azul con rayas rojas verticales y vistosos bordados, con numerosos flecos. Por encima, llevaba un manto de lana de color marrón en forma de espiral que le cubría medio cuerpo y que se enrollaba en forma de faldón en las caderas. Si agachaba un poco la mirada podía ver una poblada y rizada barba. Su pelo, negro, también estaba rizado. Comenzó a sospechar dónde se encontraba: en ¿Mesopotamia? ¿Qué demonios? Chloe era estadounidense, y normalmente se viajaba en el tiempo al lugar de origen del paciente. Era algo extraño, pero no tuvo tiempo para pensar en ello.

—¿Has pensado ya lo que vas a decir? —dijo alguien. Poul dirigió su mirada al autor de esas palabras, un anciano en el medio del camino que jugaba a hacer un agujero con el extremo inferior de su bastón. Cuando al parecer el orificio estuvo a su gusto, señaló con el

palo a la ciudad que podía divisarse a la izquierda de Poul—. ¿Podemos continuar el viaje?

—No lo sé. ¿Tú qué dirías?

Como siempre que comenzaba una nueva simulación, Poul era prudente y buscaba la forma de obtener información.

—Tú sabrás mejor que yo, que ya puedo morir tranquilo sabiendo que te dejo bien enseñado en el arte de la palabra y la persuasión —dijo el anciano con notable resignación en aquellas palabras—. Lo hiciste bien en Larsa, conseguiste una buena alianza. Hazlo también con los elamitas. Hammurabi quiere unión, preferiblemente sin guerra.

Hammurabi. No hacía falta ser un experto en la Baja Mesopotamia para reconocer al rey más importante del primer Imperio babilónico. En cuanto al resto, Poul comenzaba a intuir que estaba en el pellejo de un embajador que buscaba la alianza entre Babilonia y Elam. ¿Cómo le relacionaba eso con el pasado de Chloe? No lo sabía. Pero su breve experiencia como interventor le empezaba a sugerir que su obligación era evitar una guerra, una maldita guerra que habría creado un trauma en los antepasados de Chloe. De cualquier manera, tenía que ser cauto. Primero observar, luego tocar.

—¿Y con qué argumentos crees que podemos persuadir a los elamitas? —dijo Poul intentando poner el tono de voz de quien necesita la sabiduría que da la edad, algo que siempre agradecían los veteranos.

—Pocos, pocos... Han intentado poner en nuestra contra a Larsa. Se diría que la guerra quieren y ya piensan en estrategias para ganarla.

Acto seguido, el anciano comenzó a reírse desproporcionadamente. Poul no entendía el chiste, si es que lo

había. Parecía que el hombre estuviera celoso de que le hubieran encargado a Poul la diplomacia y deseara que fracasara.

Comenzaron a andar hacia Elam, al lento paso que las deterioradas piernas del anciano les permitían. Se acercaron a la muralla y las puertas se abrieron, como si les estuvieran esperando. Atravesaron las calles formadas por las casas de ladrillos de barro, dejaron atrás un espléndido zigurat. Finalmente, llegaron al palacio del rey elamita, se situaron delante del gobernante tras atravesar una fila de hombres ataviados con una faja que cruzaba sus pechos de color púrpura, indicando su posición jerárquica.

—Bienvenidos los mensajeros de nuestra vecina Babilonia —dijo el rey tras escupir un hueso de dátíl—. Y bienvenidos sus mensajes, si son los que esperamos.

—¿Y qué mensajes se esperan? —dijo Poul viendo que su anciano compañero no intervenía.

—La rendición absoluta —dijo el rey y Poul tensó la mandíbula. Sabía que era difícil negociar una alianza con quien se siente vencedor y dominante. Dejó continuar al monarca—. Si es una amenaza lo que traéis, os digo que más útil os será utilizar la lengua para pedir disculpas por pisar nuestras tierras. No os salvará de la muerte, pero la hará menos agónica. Si es un mensaje pidiendo misericordia, decid en qué condiciones deberíamos mostrarla.

—¿Y si es de amistad? —dijo Poul para tantear las opciones que tenía de conseguir una alianza.

—Si es de amistad, esas condiciones nos deberán ser todavía más favorables. Aunque creo que no hay nada en Babilonia con lo que se nos pueda persuadir para una alianza, ¿verdad?

El rey miró a uno de los hombres que tenía al lado. El consejero afirmó con la cabeza.

—¿Por qué tendríamos que entablar una amistad con la prepotente Babilonia?

—Porque así lo hizo Larsa —Poul lanzó el único argumento que tenía en sus manos. Quiso con esta unión mostrar el interés de tender lazos a Babilonia, pero el rey de Elam puso forma de amenaza a aquel argumento.

—¿Larsa? ¿Acaso Larsa ha derrotado a Eshnunna? ¿Acaso Larsa domina las rutas comerciales a lo largo de los montes Zagros? —dijo el rey con un feroz rostro que mostraba que las respuestas a esas preguntas eran negativas—. Los imperios pequeños buscan cobijo en los imperios grandes. Los imperios pequeños se arrodillan buscando protección en los grandes. Ahora, dime, mensajero, ¿qué está dispuesto a ofrecer tu rey para que le permitamos arrodillarse ante nosotros?

En ese momento, Poul sabía que no sería capaz de conseguir la alianza. De hecho, sabía que no podría evitar la guerra. Dudaba incluso de que pudiera conservar la vida. Asesinar a los mensajeros también era una forma de responder al mensaje en sus largos estudios de historia había descubierto que separar la cabeza del cuerpo de los embajadores era una práctica forma de declarar la guerra.

—Entiendo la postura del rey de Elam, y os aseguro que se la haré entender al rey de Babilonia. Le aconsejaré una práctica sumisión al poder elamita —dijo Poul optando por la sumisión y mostrando una faceta que pudiera ser útil para el que podía convertirse en su verdugo. Eso le mantuvo con vida, a pesar de la mirada de desprecio del anciano que le había acompañado.

Les invitaron a abandonar Elam sin el descanso merecido para el mensajero. Cargaron a Poul con mensajes aterradores, su misión era mostrar a Hammurabi que si no obedecía a Elam, su ciudad estaba condenada a dejar de existir. Se preguntó cómo explicaría su fracaso al rey babilónico sin que este le mirara como si pusieran un montón de chatarra donde uno esperaba ver un coche deportivo.

—Mira que tienes menos inteligencia que este palo —le dijo el anciano, agarrado a su brazo, mientras le mostraba el bastón—. Menuda basura de discurso.

—¿Y qué querías que dijera delante de un rey? —intentó justificarse Poul.

—Nuestro poder reside en que las palabras que salen de nuestra boca no conocen jerarquía, y que han de salir de nosotros afiladas como la punta de una lanza

El anciano sonrió, se sentía útil con aquellas metáforas.

—Te alegrará saber que no era yo el único que no confiaba en ti.

El anciano le hizo salirse del camino, atravesar una larga llanura que acababa en una zona de tierra deprimida. En aquel gran agujero en el terreno se podía ver un gran campamento militar. El hombre se pegó a él, la caminata le había dejado al límite de sus fuerzas. Acercó su boca al oído de Poul, como si el agarrarse tan fuerte a él fuera para acercarse y no para sujetarse por su falta de fuerzas.

—Hammurabi quería atacar a Elam —dijo el hombre. Al sonreír, la barba del anciano acarició la mejilla de Poul—. Necesitaba una provocación. No conviene abusar de la fuerza para mantener la confianza del resto de ciudades. Nuestro rey es sabio, no como tú. Quiere hacer una Babilonia fuerte. Unida. Necesitamos el apoyo de los amigos y pisar fuerte a los enemigos. Con Elam poca amistad se podía conseguir, ya lo sabía antes de enviarnos. Pero nosotros

fuimos. Si los elamitas no nos han escuchado, no es nuestro problema.

Avanzaron hacia el campamento no sin antes descansar un par de veces. Se les ofreció cerveza de malta y los días siguientes se les alimentó como a reyes. Poul disfrutó de la carne de cabra cocida en hornos de cúpula. En la vida real, jamás habría probado ese tipo de carne. Poul no tuvo que ir a rendir cuentas ante Hammurabi, que al parecer asumía que su misión había sido un puro trámite. El joven se sintió utilizado, ofendido, pero aliviado. Disfrutó de la estancia en aquella depresión del terreno. El campamento parecía más bien un poblado, se preguntó cómo había sido capaz de levantarse sin levantar las sospechas del enemigo. Imaginó que el soborno y las promesas a la población local fueron recursos importantes para mantener el secreto. Puede que la confianza de los elamitas también jugara a favor del ataque sorpresa. Sea como fuere, en los días siguientes un gran contingente de infantería babilónica asistida por arqueros partió de allí y tomó la ciudad de Elam. Y precisamente allí fue designado Poul después de la victoria.

—Ahora sois la autoridad, representáis mi brazo en los territorios conquistados —dijo Hammurabi intentando que su voz superara los ruidos que provenían de la reconstrucción del palacio de Elam—. En especial Marduj.

Poul tragó saliva al escuchar aquel nombre, que no era otro que el suyo propio en la simulación. Así lo había descubierto durante su estancia en el campamento. Que Hammurabi, con aquella barba imponente y bajo la corona real, dijera su nombre, era alarmante. Se inclinó en señal de obediencia.

—Las ciudades conquistadas —continuó Hammurabi—, han de responder a la ley de Babilonia. Una estela en la que se pueda leer las

leyes de Babilonia será dejada aquí para que se conozca cómo se ha de vivir de ahora en adelante.

Una estela grabada con lo que pasaría a llamarse el Código de Hammurabi, uno de los conjuntos de leyes más antiguos de la historia. Las leyes grabadas en la piedra tenían origen divino, por eso sobre ellas se representaba la imagen del dios Shamash. Incumplirlas suponía desafiar a los dioses. Básicamente, reflejaba la jerarquía social, el manejo de la economía en forma de precios y salarios, y las penas asociadas a cada delito basadas en la Ley del Talión. Uno de los primeros sistemas judiciales de la historia cuya importancia aún era reconocida en la actualidad. Una forma de homogeneizar la difusa idea de que toda acción tenía una reacción.

—Con estas leyes mantendremos el orden en los territorios conquistados y conseguiremos un imperio estable —afirmó el rey de Babilonia—. Marduj, experto en la mediación entre personas, se encargará de que se cumpla. El resto, a modo de consejeros, le asesoraréis. En última instancia, si Marduj aplicara de manera arbitraria las leyes, será juzgado por sus propios consejeros.

Poul palideció, su rostro se volvió más blanco de lo normal. Resultaba que además de adquirir conocimientos históricos, tenía que haber estudiado Derecho. Todos afirmaron con la cabeza, no tuvo ninguna duda respecto a los intereses de cada uno de ellos. Asumió que a ninguno le temblaría el pulso a la hora de clavarle un puñal en el estómago para asegurar la correcta aplicación del Código de Hammurabi.

—Me marchó pues —decidió finalizar el rey—, sabiendo que Elam, ahora territorio de Babilonia, queda bien gobernado. Con toda confianza, marchó para continuar la expansión de nuestro imperio.

Y Poul no dudó de que así lo haría. Tras la caída de Elam, Hammurabi extendería los dominios de Babilonia hacia el sur. Sin

embargo, el abuso de mercenarios del norte y la escasez de fuerzas propias supondría la rebelión de muchos de los territorios conquistados. Revueltas sin éxito. Hammurabi acabaría no solo aplastándolas, sino extendiendo los brazos de Babilonia también hacia el norte, consiguiendo un gran y unificado Imperio babilónico. Pero de esa parte, Poul no formaría parte. Bastante tenía con la misión de aplicar la ley en el territorio elamita.

Y allí, como protector de la ley, Poul cumplía su función con asombrosa facilidad. Cuando tenía alguna duda, solo tenía que mirar a sus consejeros que contestaban con un *el Código dice que...* o un *según las leyes de Hammurabi...* Era de admirar la efectividad con la que aquel texto grabado en aquel bloque casi cilíndrico de diorita negra cumplía su papel de estabilizar los territorios conquistados. En ocasiones era excesivo, sí. Por ejemplo, a veces un médico o un arquitecto tenía que pagar con su vida errores involuntarios que tenían consecuencias fatales. También era injusto ya que dividía la sociedad en clases: los *anilum* que eran los hombres libres, los *mushkenum* que eran los sirvientes y los *wardum* que eran los peor parados cumpliendo la función de esclavos. Pero como método judicial primitivo era digno de admiración. Gracias a aquellas leyes, los días pasaban sin complicaciones. Poul había olvidado que su verdadero cometido era contactar con Chloe. El joven se alivió al recordar que el tiempo en la simulación era mucho menor que en la realidad. No se habría podido perdonar tardar tanto sabiendo que ella estaba sufriendo.

Y por fin, la encontró. El Sol golpeaba la plaza central con fiereza y a pesar de ello la multitud se congregaba para ver el juicio. Poul había decidido que se celebraran en público, de esa manera los analfabetos, que eran muchos, podían aprender sobre leyes sin necesidad de leer las inscripciones en el Código de Hammurabi. Arrastraban a la mujer. Dos guardias la empujaron hacia el centro del

círculo formado por el gentío y cayó de rodillas. Poul tuvo la tentación de levantarse y ayudarla, pero no sin un gran esfuerzo mental se mantuvo en el lugar que requería su posición. En el suelo, a cuatro patas, Chloe levantó la cabeza, sus ojos suplicaban una salvación de la misma manera que se imaginaba Poul que se la estaría pidiendo en la realidad si no estuviera inconsciente. La miró, vestida con una blanca túnica larga con franjas bordadas ceñida al cuerpo, y años atrás sintió que volvía a enamorarse. No llevaba el velo que el protocolo social les imponía para salir a la calle o situarse frente a un hombre. Probablemente, se lo habían impedido para que no conservara ni un ápice de dignidad.

—¡Pido que se aplique la ley con toda su fuerza! —dijo un hombre obeso con una extraña combinación de pelo negro y barba blanca que se destacaba de entre los espectadores.

—¿Y cuál ha sido su delito? —preguntó Poul levantando su culo del improvisado trono y poniéndose en pie. Vestía un *kandys* verde de lana, poco agradecido por el calor del día pero más fácil de conseguir que los de lino. Por encima llevaba un *kaunace* adornado con figuras geométricas, posicionado en espiral para mostrar su alta posición jerárquica. Adornos de orfebrería en su cabello completaban el atuendo.

—El suyo, ninguno —contestó el hombre. Poul respiró aliviado ante aquella respuesta. Pero sería por poco tiempo—. Su padre, más bien.

—¿Entonces por qué se le trata a ella como delincuente?

Los guardias agacharon la mirada ante la pregunta de Poul.

—Porque su padre rompió la infancia de mi hija, la montó como un león.

El hombre señaló los relieves que adornaban uno de los edificios cercanos y que representaban tal animal.

—Entonces el castigo será para su padre —dijo Poul en un alarde de lógica.

—Y lo será. Pero con el mismo pago —dijo el hombre que, indignado, desabrochó su cinturón—. Aquí mismo montaré a su hija para que todos comprendan mi dolor.

Poul miró a sus consejeros. Pidió ayuda.

—El Código dice que la pena para un delito es recibir el mismo daño que se ha infligido.

Así era al menos si no se especificaba otra pena en concreto. El consejero alzó los hombros.

—No tocarás a esta mujer —dijo Poul para sorpresa de los allí presentes que comenzaron a cuchichear.

—¿Y por qué motivo no merezco yo mi justa compensación?

El hombre miró con lascivia a Chloe, como si más que justicia buscara un premio.

—Porque la pena en este caso causaría un perjuicio a una persona sin culpa que, siguiendo el Código, debería ser penado. Dime, ¿aplicamos el Código de la manera que deseas? ¿Estás dispuesto a aliviar el daño que vas a infligir a una inocente dejándote sodomizar contra tu voluntad? ¿No prefieres acaso buscar una alternativa al Código?

Poul sonrió por dentro. El hombre, al parecer, no estaba dispuesto a dejarse abusar.

—¿Qué sugieres entonces?

De alguna manera, el hombre no estaba dispuesto a marcharse sin una justa compensación. Mucho menos después de aquella humillación.

—Del lugar del que vengo —empezó a decir Poul. Reaccionó al instante, no podía decir que venía de otro tiempo para no adulterar la simulación, en el poco probable caso de que le creyeran—. Quiero decir, en el sitio en el que vivía antes de llegar a Babilonia, no se ejecuta una pena similar al daño causado. Se busca un pago común proporcional al delito. En tu caso, buscaremos otra forma de aliviar tu dolor. Dime, buen hombre, ¿qué cifra apagaría tu descontento? ¿Cuántas minas de plata apagarían tus preocupaciones?

Poul se sintió satisfecho con su discurso, traducido a la lengua antigua gracias a la tecnología de MediTime. Los consejeros miraron de reojo a Poul. Bajo ningún concepto estaban dispuestos a aceptar un modelo de justicia que costara monedas a su rey. Pero eso, a Poul no le importaba. Chloe alzó la mirada, en sus ojos se podía observar una clara gratitud. Y de repente, la mente de Poul comenzó a nublarse. No tardaría en perder el conocimiento. Sabía que eran las sensaciones propias del proceso del fin de la simulación.

PRESENTE**Montgomery, Alabama, Estados Unidos**

Poul despertó con una sonrisa. Un par de respiraciones forzadas después, su cuerpo conseguía los parámetros de normalidad. Comenzaba a controlar las conexiones y desconexiones. Miró a su izquierda, Chloe seguía tumbada y sin reactividad en la camilla de al lado. Pero ya no era tan novato, ya no se asustaba ni dudaba de si la simulación había ido bien. Sabía que no siempre se solucionaba el problema con una simple intervención, que con frecuencia las enfermedades eran el reflejo de la acumulación de varias tensiones genéticas que había que ir solucionando una tras otra. Todo buen baile constaba de diversos y complejos pasos, y él ya había conseguido ejecutar el primero de ellos.

—¿Un poco de relajación? —le dijo Christiaan ofreciéndole una sonrisa que confirmaba que los resultados habían sido satisfactorios.

—Sí, por favor —contestó Poul. También sabía que era necesario dejar un espacio de tiempo prudente entre simulaciones, de lo contrario habría mostrado su deseo de volver a intervenir inmediatamente.

El técnico le acompañó a la sala de recuperación. Una infusión de melisa y azahar junto a una combinación de aromas y colores relajantes servían para devolver a los interventores a su estado normal tras una simulación. Pero Poul no necesitaba tranquilidad, quería

intimidad. Sabía que tardarían un par de días en tener a punto la siguiente simulación y quería aprovechar su estancia en MediTime para hablar con su amigo. Tenía que limpiar las dudas que se habían pegado a su cuerpo desde que abandonó la empresa, y no había mejor material de limpieza que los conocimientos de los que trabajaban allí.

—¿Qué tal la simulación?

Fue el pelirrojo el que comenzó a hablar.

—Bien. Chloe estaba a punto de ser una dramática víctima de la Ley del Talión, pero lo evité. —Sin embargo, no era de la simulación de lo que quería hablar Poul—. ¿Habéis avanzado en la investigación sobre la simulación femenina?

—No mucho desde que te fuiste. Y te recomiendo dejar el tema, ves fantasmas donde no los hay.

—Me dijisteis que no había traspaso de información del interventor al paciente en las simulaciones, que todo era a nivel de subconsciente. Pero ella recordó mi nombre, y vuestra forma de evitar que contactara con ella para indagar sobre el tema fue inyectarme un narcótico para despertarme cuando la paciente ya se había marchado —dijo Poul. Apretó el puño—. Eso y ponerme una orden de alejamiento, además de evitar por todos los medios que pudiera encontrarla. ¿Pretendes que me crea que no ocurre nada importante?

—Política de empresa, Poul —dijo Christiaan evitando la mirada de su compañero, sabía que mentía—. Privacidad. Se firma en el contrato.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó Poul. El pelirrojo sabía que no era prudente hablar del tema, pero se moría por escuchar aquella opinión—. Creo que cuando se interviene en mujeres sí hay traspaso de información. Creo que puede usarse el proceso para inyectar

información que module el comportamiento de las mujeres y, en un futuro, si se investiga sobre este asunto y sé que se hará, el de los hombres. Se me ocurren varias aplicaciones importantes, desde la política a la lascivia, capaces de enriquecer aún más a MediTime si consigue como siempre esquivar cualquier indicio de moralidad.

Christiaan se acarició la barbilla. Sabía que había cierto traspaso de información, había estudiado como científico las posibles aplicaciones médicas. Pero respecto a otros ámbitos, no había profundizado mentalmente tanto como Poul. Se quedó pensativo. Comenzó a valorar posibilidades y en su cerebro comenzó a construir un rascacielos de ideas.

—Desvarías —dijo finalmente el técnico sabiendo que no era el mejor lugar para continuar debatiendo—. Descansa, en dos días continuamos con el tratamiento de Chloe. Eso es lo que importa ahora.

16

709 a.C.

Babilonia

Poul tuvo que reaccionar en el instante inicial de la simulación para no caerse del caballo. *Mal momento para entrar de lleno en un momento desconocido*, pensó mientras apretaba sus muslos contra el lomo del corcel para mantener el equilibrio, maldiciendo la ausencia de estribos. Una vez hubo ganado el desafío a la gravedad, observó la columna de carros y caballos que le precedía. Se fijó en las túnicas rayadas y con colores vivos de los hombres que los montaban. Dedujo que si no seguía en Babilonia, no debía de estar muy lejos. La única diferencia que encontraba en la organización del ejército que le acompañaba era la inclusión de carros de guerra y el mayor número de caballos.

—Por fin se acerca la fiesta —dijo un hombre que aceleró su montura para ponerse a su lado—. Nos la merecemos después de la batalla.

Poul afirmó sin conocimiento de causa. Observó unos segundos a su acompañante. Hacía movimientos bruscos con sus brazos y su cabeza. Sus neuronas debían estar tan desordenadas como los pelos de su barba.

—Espero que Sargón nos regale un espectáculo digno.

El hombre cesó de hablar para coger un tarro de miel, introducir uno de sus dedos en él y llevárselo a la boca. Poul admiró su capacidad de cabalgar sin el uso de las manos.

El hombre debía de referirse a Sargón II. Su fama le precedía. Haciendo honor a su violenta mentalidad, se había convertido en rey de Asiria con el uso de la fuerza. Había conquistado Samaria en su primera campaña como monarca y posteriormente había realizado un ataque de dos frentes a Babilonia y a una coalición sirio-egipcia. Después, Urartu, Karkemish y las tribus medas sufrirían su genio militar. Tabal, Cilicia y los filisteos también se añadirían a la lista de los derrotados bajo su mando. A juzgar por el territorio que pisaban, Poul supuso que ya había conquistado también Babilonia. Los grandes hombres tendían a cambiar la vida de muchas personas. El joven comenzó a pensar de qué manera habría afectado a la antepasada de Chloe para generar una patológica tensión genética.

—Va a haber sangre —dijo su acompañante, después soltó una carcajada que recordaba a un perro ahogándose con un hueso. Entonces, carraspeó como si estuviera calentando su garganta y repitió las palabras en forma de canto—. ¡Va a haber sangre!

—¿Más sangre quieres después de la batalla? —dijo Poul a ver si conseguía sacarle más información.

—Más de la que haría falta para regar estos campos —dijo el hombre con los ojos excesivamente abiertos.

Sería necesario mucha para regar aquellos prolíficos campos de las cercanas tierras al Tigris y al Éufrates. La larga fila de guerreros asirios avanzaba hacia el campamento como lo hacen las hormigas hacia la boca del hormiguero. A paso ordinario atravesó la pared de madera a través de una abertura protegida por dos torres. En el interior, los hombres se movían animadamente, sonreían, bebían y disfrutaban. Bien, acababan de ganar una batalla, al menos esta vez el

trabajo duro ya estaba hecho y Poul se libraría de combatir. Se acercó al lugar en el que se dejaban los caballos y su animal, una vez se hubo librado de cargarle, comenzó a morder la hierba. No quedaba mucho pasto, señal de que ya llevaban allí establecidos algún tiempo. Poul se preguntó cuánto habría resistido la gran Babilonia al ataque de Sargón II. Sintió temor al imaginarse la gran ciudad consumirse en el fuego de los deseos del rey asirio.

Echó un vistazo alrededor y vio que todo el mundo se dirigía hacia un mismo punto, por lo que no dudó en dirigirse allí. No llamar la atención, mimetizarse con el ambiente, Poul comenzaba a comprender el protocolo de actuación en las simulaciones. Parecía una reunión, deseada a juzgar por el buen estado de ánimo de los allí presentes. Le ofrecieron un cuenco con vino. Poul aprovechó para entablar conversación y recopilar información.

—¿Y qué esperamos aquí? —preguntó Poul. El hombre que le había dado la bebida, con una melena muy adornada, le miró con incredulidad.

—¡La celebración! —dijo el hombre alzando sus brazos y mostrando un esculpido torso. Poul estuvo tentado también de quitarse su túnica, pero no quiso arriesgarse a que le tomaran por un engendro por su palidez ante aquellos hombres tan bronceados—. Ah, ¡adoro la guerra!

El hombre se alejó bailando. Poul no sabía cómo celebraban los asirios sus fiestas, pero pensó que algo de comida y bebida junto a algunas bailarinas con escasa vestimenta podía estar bien. En cualquier caso, saldría pronto de dudas. Sargón aparecía en escena posicionándose en una especie de tarima fabricada con madera. El silencio se hizo presente al aparecer aquella gran y rizada barba bajo una enorme y puntiaguda nariz, a su vez bajo la profunda mirada propia de un gran líder militar. Su rostro era tan autoritario que no era descabellado pensar que su corazón no era humano, que podía

estar hecho de la misma madera que ahora mismo pisaba aquel hombre.

—Valientes guerreros —el líder comenzó el discurso—. Habéis combatido bien, como Assur espera de vosotros. Babilonia ha caído y yo mismo seré nombrado rey a no mucho tardar. Asiria dominará el mundo, y será posible debido a vuestros fuertes brazos. Pero ahora, buen descanso merecéis. Los siguientes actos serán en reconocimiento a vuestra valentía. ¡Es vuestra obligación disfrutarlos!

El gentío, ardiente tras las palabras de su líder, se dividió para permitir el paso a unos inesperados invitados. Atados y empujados por las puntas de las lanzas, los prisioneros fueron movilizados a la primera fila. No, no solo eran prisioneros de guerra. Poul se estremeció al ver entre ellos mujeres y niños. ¿Qué demonios hacían en la celebración los habitantes de Babilonia derrotados? Fueron colocados en varias filas frente al improvisado escenario de madera. Un hombre, dos cabezas más alto que el más alto de los prisioneros, se paseó entre ellos. Los observaba lentamente con un rostro que transpiraba instinto asesino. Su musculatura asombraba tanto como su altura. Finalmente, se decidió por un hombre calvo y delgado y lo señaló. El aludido saltó hacia atrás como un resorte. Se tiró al suelo y rodó gritando. El gigante asirio no tuvo ninguna dificultad en coger al hombre que se lamentaba. Lo echó al escenario como si fuera un saco de arena y de un salto se puso junto a él. La pobre víctima permanecía tirada sin poder hacer un movimiento distinto al de temblar. *Tomad asiento que comienza el espectáculo*, pensó Poul.

—De tal manera serán tratados todos los enemigos de Asiria —gritó el hombretón mientras pisaba el cuello del hombre que de puro miedo parecía haber mojado la tela que cubría sus partes íntimas.

Después, el asirio cogió un cuchillo, hizo un corte en la piel de la espalda del hombre que retenía con su pisada, agarró el pellejo que se había liberado tras la incisión y estiró con todas sus fuerzas. Arrancó un pedazo de piel, además de un grito agónico y ensordecedor. A

través de la sangre que fluía por la espalda del hombre torturado se podía observar los músculos dorsales en color rojo vivo.

Poul creyó que aquella escena era digna de cualquier guion de película gore. Apretó los puños mientras se continuaba desollando al pobre hombre. Cuando los gritos ya no seguían a los estiramientos, los espectadores jaleaban y celebraban la muerte. Poul se estremecía, se negaba a aceptar que la crueldad asiria dejara de ser un mito, una creencia infundada para evitar rebeliones. El verdugo volvió a bajar de la tarima, esta vez los prisioneros le esquivaban la mirada, sollozando cuando se acercaba. Algunos intentaban escapar, pero eran retenidos a punta de lanza. Alguno tuvo que ver cómo le atravesaban con el arma para comprobar que no había escapatoria. El verdugo escogió su siguiente víctima, otro hombre con vestimentas más destacadas. Se relamió ante la idea de causar dolor a un hombre que hasta ese momento se había creído superior al resto. A menudo, los nobles se creían inmortales hasta que les bañaba su propia sangre.

En un alarde de dignidad, la nueva víctima subió por su propio pie al escenario, resignado, indispuesto a avivar el espectáculo con sus lamentos. Sin embargo, su opinión cambió al observar la enorme estaca que traían para él. Decidió al menos luchar por su vida y se puso frente a la bestia asiria. De un puñetazo en la cabeza se acabó su heroicidad. Para evitar que escapara, el verdugo desenvainó rápidamente su espada y con un golpe atroz le cortó un pie. Hizo lo mismo con el otro. Los hombres que transportaban la estaca la movieron poniendo la afilada punta de madera en el cuello del hombre mutilado. Poul agachó la mirada, fue incapaz de observar. Cuando la celebración del gentío anunció la muerte, alzó la vista y vio al pobre hombre empalado.

El asirio volvió a bajar a por más víctimas. Esta vez señaló a tres mujeres que fueron subidas a la tarima. Entre ellas, Chloe. Poul apretó los dientes mientras veía cómo empujaban a la representación de su amada hacia el escenario. *Es una simulación, solo una simulación*, se

repetía mentalmente para no dejarse llevar por la furia y que el enfado le llevara a la actuación equivocada. Se obligó a las tres mujeres a arrodillarse. La bestia asiria les arrancó las túnicas como antes había hecho con la piel del primer ejecutado. Hizo un gesto poco agradable llevando su mano derecha a sus genitales ante la desnudez de sus víctimas. Poul vio la triste mirada de Chloe y la pena invadió cada esquina de su cuerpo. Chloe era una mujer viva, en todos los sentidos. Tenía carácter, se enfadaba a menudo, se enfurrñaba si las cosas no le salían bien. Pero jamás había visto tal rendición en su mirada. La nada quebró aquel bello rostro y lo transformó en un cero absoluto. En aquel momento, su pupila era un corazón deshidratado.

Mientras que Poul no hacía más que lamentarse, la espada del asirio cortó la cabeza de la primera mujer. Un corte limpio. Chloe seguía a cuatro patas, incapaz de mirar a su derecha y ver lo que estaba a punto de sucederle. Habría intentado huir de no ser por las dos lanzas que le apuntaban desde los bordes de la tarima. Incluso sin la presencia de aquellas armas, no sabía si iba a ser capaz de escapar con aquel temblor de piernas. El nerviosismo imposibilitaba a Poul establecer alguna estrategia razonable y la espada del asirio ya se levantaba sobre el cuello de la segunda mujer. Esta vez el tajo no fue tan limpio. La espada se quedó a mitad del trayecto y el verdugo se sintió herido en su orgullo ante aquella demostración pública de falta de fuerza y destreza. La cabeza de la mujer colgaba a medias en un dantesco espectáculo. Un segundo golpe y por fin la testa fue separada del cuerpo.

Y entonces, el verdugo se dirigió a la posición de Chloe sin que Poul hubiese tenido una idea más allá del suicidio de subir y enfrentarse al hombre. La joven se le adelantó a la hora de actuar. Chloe mordió la espinilla del asirio en cuanto se le acercó. Lo hizo con tal fuerza que el hombre aulló, respondió con una patada en el estómago de la muchacha. Algo reventó por dentro de Chloe. El verdugo prometió degollarle con algo menos afilado que una espada, para que la agonía fuera más intensa y más larga.

Y los nervios de Poul estallaron.

—¡Eh! ¡Asirio de mierda! —gritó Poul tan fuerte que su voz se alzó sobre las carcajadas que celebraban el golpe a la muchacha. No supo cómo el traductor virtual de MediTime habría transformado sus palabras, pero causaron el efecto deseado.

El silencio se hizo de repente, se apagaron las risas. El verdugo le miró con desprecio, y Poul se quedó mudo. Tuvo que hacer arder el motor de su valentía.

—Es fácil atacar a una mujer desarmada —dijo mientras señalaba al hombretón—. Hasta una cabra podría hacerlo.

—¿Dices que soy una cabra?

El asirio hizo un gesto con la mano, inmediatamente dos guardias cogieron a Poul y le lanzaron al escenario, a los pies del hombre al que estaba ofendiendo.

—Digo que mucho disfrutas de tu poder ahora, pero ya veremos cuando medos y caldeos os destrocen.

Lo que para Poul era un hecho histórico, fue entendido como una profecía.

—A ti sí que te voy a destrozarte yo.

Y en este caso, las palabras del verdugo eran más bien un aviso. Un aviso que no sirvió para evitar sus consecuencias.

El puño impactó brutalmente en el rostro de Poul. Le rompió el pómulo. Le partió la mandíbula. El joven gritó con la boca entreabierta. No podía cerrarla. El asirio tomó su espada y la dirigió hacia él. La esquivó como pudo. Golpeó su antebrazo desviando la estocada, pero aun así el hierro cortó tangencialmente su vientre. La

herida ardió. El asirio echó atrás el brazo buscando un segundo ataque. No pudo ejecutarlo. Fue apuñalado por detrás. Poul giró su dolorida cabeza y vio que bajo la tarima, los esclavos se rebelaban, el campamento se había convertido en una batalla. Con su intervención, Poul había encendido la chispa en los condenados, que se lanzaban al ataque buscando una mínima opción de supervivencia. Los que habían subido a la superficie elevada se ensañaban con el verdugo, le odiaban por sus recientes actos y anhelaban devolverle el daño causado. La tarima cedió ante el peso, la estructura de madera se desmoronó y Poul aprovechó la confusión para agarrar la mano de Chloe y sacarla de allí. El contacto con su piel fue como una descarga eléctrica, tal como había sentido la primera vez que había conseguido tocarla. Tiró de ella. Pero no llegaron muy lejos. Los guardias asirios se cruzaban en su camino. Uno de ellos atravesó el torso de Poul con su espada.

Si hubiera podido decir algo, le habría dicho a Chloe que escapara. Pero no podía hablar. Una espada se deslizó por el torso de la mujer dividiendo su pecho izquierdo en dos mitades. Un segundo corte rajó su garganta. El fundido a negro en su mente anunció el fracaso en la simulación.

PRESENTE

Montgomery, Alabama, Estados Unidos

El grito de Poul Reenberg al despertar habría podido romper el cristal de una ventana. Pero en el mal llamado quirófano de MediTime no había ventanas para que las vistas no distrajeran la atención del personal. En su locura, Poul había escuchado a uno de los técnicos pedir morfina para él. Había escuchado también a Christiaan negársela. Su compañero sabía que a Poul no le gustaba contaminar su cuerpo con drogas aunque se preguntaba si el dolor que sentía en aquel momento podía hacerle cambiar de opinión. Christiaan había llamado la atención de Poul varias veces, pero él había sido incapaz de escucharle. El interventor solo podía gritar, fuera de sí. Finalmente, Christiaan había afirmado con la cabeza y, a los pocos segundos, un sedante placido se había adueñado del cuerpo de Poul.

Poul recordó que había despertado dos horas después y que, aunque los daños en la simulación no eran reales, había sentido el cuerpo y la cabeza destrozados. Poul recordó su propia narración sobre su estancia en la dominación asiria de Babilonia. Recordó amargamente su fracaso en la simulación. Y sobre todo, recordó lo estúpido que se había sentido cuando, una vez calmado, había reconocido su principal error.

Chloe no podía morir a manos de aquel verdugo asirio. Era imposible. Si esa situación traumática era la que había generado la tensión genética, esta debía de ser transmitida a la descendencia para que llegara a la Chloe actual. Es decir, tenía que sobrevivir a aquella ejecución para poder reproducirse y transmitir el gen defectuoso. No podía morir en aquel instante. Poul solo tenía que haberse quedado quieto, continuar con los acontecimientos y esperar su oportunidad, no acelerar una muerte que no estaba destinada a ocurrir. Como interventor, la había matado. Estúpido. Se sentía idiota. Debía de haberlo sabido durante la simulación. Christiaan callaba ante aquella explicación. Poul no sabía entonces la importancia de aquel silencio.

Y ahora, durante su obligado descanso entre intervenciones, Poul recordaba los hechos mientras bebía aquel amargo café. Sin azúcar. Sin edulcorantes. El exceso de sabor dulce estaba matando las capacidades gustativas de la gente. Eso pensaba el joven y lo aplicaba a todo en su vida. La sociedad tendía a enmascarar lo que le rodeaba de tal manera que siempre generara sensaciones agradables. Estaba bien, sí, pero así jamás se encontraba la pureza de las cosas, no se llegaba al núcleo de la existencia. Para Poul no había posibilidad alguna de felicidad sin exprimir al máximo la vida.

Pero la mayor preocupación de Poul en aquel momento era un hombre situado en una mesa en la esquina opuesta de la cafetería en la que se encontraba. Su cara le resultaba muy familiar. La había visto varias veces. Al principio pensó que se trataría de algún familiar de un paciente de MediTime. Aunque la empresa ponía a disposición de los familiares todo tipo de comodidades, no era extraño que quisieran salir de vez en cuando a respirar un aire puro que limpiara sus preocupaciones lejos del foco problemático. Por eso, Poul no encontraba extraño haberse cruzado con él en los alrededores. Pero cuando sus caminos coincidieron con frecuencia en las cercanías de su propio hogar, comenzó a sospechar. Y ahora, empujado más por

su intuición que por la certeza, sentía que los hechos no habían sido tan fortuitos. Terminó su café, observó los posos como si fuera capaz de leer su futuro en ellos. Los interpretó a su voluntad para llenarse de valor. Se levantó de la silla y se dirigió hacia aquel hombre.

—Estás invitado a ese café —dijo Poul mientras tomaba asiento frente a él sin pedir permiso—, si me explicas por qué me espías.

El hombre bajó el periódico. No movió ni un músculo facial de aquella cara que recordaba a la de un *bulldog*. Eso inquietó a Poul, que esperaba el nerviosismo del recién delatado. O se había equivocado, o aquel hombre era tan bueno que sería capaz de no reaccionar ni ante la picadura del más molesto de los insectos.

—Las explicaciones que pides no son tan baratas —dijo el hombre mientras emparejaba su corbata negra sobre una camisa blanca.

—¿Perdona? —preguntó Poul estupefacto. No esperaba que el hombre reconociera los hechos tan rápido.

—Cuidado, que es un cerebritito. No tardará en darse cuenta de que le sigues —dijo el hombre y le miró amenazante desde detrás de unas gafas que solo se quitaba cuando pretendía usar los puños—. Eso me dijeron. Y has tardado mucho, en mi opinión. Me aburría de tanto ocultarme. Me dieron instrucciones para el momento en que me descubrieses. Y son más divertidas.

—¿Instrucciones de Jefferson?

Solo la empresa MediTime podía estar interesada en seguirle.

—Ni una palabra de la empresa fuera de los muros de la clínica. Algunas, ni dentro de ella. Nada de investigar sobre asuntos de desarrollo. Sigue esas instrucciones y todo irá bien —explicó el

hombre mientras golpeaba repetidamente con el dedo índice en la mesa—. Sáltate una norma y todo será... más divertido.

—¿Ahora MediTime contrata a un matón para vigilarme?

Poul mostró su indignación con amplios movimientos de sus brazos.

—Hay una cosa que se llama confidencialidad. Tú la asumiste al firmar el contrato. ¿El motivo del secretismo? No me importa, pero me da trabajo. No parece comprender tu situación.

—¿Solo quiero saber por qué se me oculta información en mi propio lugar de trabajo!

—MediTime es una empresa puntera. Sus adelantos tecnológicos le proporcionan exclusividad. No serás tan inteligente cuando no entiendes que una leve filtración puede atraer pérdidas económicas gigantescas.

—¿Y qué si las publico? ¿Y qué si me vendo a la competencia? —escupió Poul. Comenzaba a estar harto. Se dio cuenta por las miradas ajenas que estaba levantando la voz. Se calmó—. Con el contrato en la mano, se me demanda y punto. No se viola mi privacidad.

—Lo que no sabes es que el contrato nos da permiso para hacerlo. Para pinchar tus teléfonos y registrar toda tu actividad en Internet —aclaró el hombre. Más que una explicación sonaba a amenaza—. Lo único que falta por controlar es el boca a boca, pero para eso estoy yo, que te sigo de cerca.

—Pero, ¿qué voy a saber yo que pueda perjudicar tanto a la empresa para ganarme este férreo control?

Poul se resignó, suspiró y agachó la cabeza.

—Mejor para ti que no sepas nada —dijo el hombre bañando con prepotencia sus palabras.

—Eso es porque algo hay que no debo saber, algo lo suficientemente importante como para ser ocultado por todos los medios.

Poul sonrió. Esta vez los músculos faciales del *bulldog* sí se tensaron.

Y lo voy a descubrir. Poul miró el maletín que acompañaba a su interlocutor, puede que dentro hubiera información valiosa en forma de instrucciones sobre lo que él no debía de saber. Se levantó de golpe lanzando la silla hacia atrás. Rodeó velozmente la mesa y estiró la mano hacia el maletín. No llegó a tocarlo. Sintió una mano agarrando su antebrazo y en un instante Poul estaba arrodillado, con el brazo retorcido en su espalda. No supo cómo el hombre había sido capaz de levantarse y agredirle tan rápidamente. Le había dado tiempo incluso a quitarse las gafas. Poul se levantó mientras giraba el cuerpo para recuperar la posición normal del brazo y aprovechó la inercia del giro para lanzar un puñetazo a su agresor. El hombre le agarró sin apenas esforzarse y le empujó haciendo que su espalda impactara dolorosamente contra la pared. Cuando se recuperó del golpe y miró al frente, el hombre le estaba apuntando con una SIG-Sauer P228.

La pistola había hecho que los pocos presentes que querían ayudarlo se lo pensaran dos veces. El hombre guardó el arma al instante. La amenaza ya había sido lanzada. Poul se echó las manos a la cabeza. No podía creer que le estuviera ocurriendo algo así. *Soy un preso en libertad*, es lo único que llegó a concluir.

18

575 a.C.

Babilonia

Soy un preso en libertad, seguía pensando Poul Reenberg. La edificación que tenía delante, la inexpugnable Puerta de Istar, le parecía muy oportuna para su pensamiento. *Una barrera que no puede ser sobrepasada*. Así se sentía el interventor. Su función en MediTime se limitaba a intervenir y a callar. Pero, si tan peligroso le consideraban, ¿por qué seguían permitiéndole curar a su novia en las instalaciones? No entendía nada, pero no era el momento. La última simulación había sido un desastre y otro error podía ser fatal para Chloe. Esta nueva intervención tenía que saldarse con resultado positivo. En el lado norte de Babilonia, la enorme puerta de adobe y cerámica vidriada de color azul debido al lapislázuli le daba la bienvenida. Poul se permitió unos segundos para admirar los relieves de dragones, toros y leones en color dorado del edificio.

Sin embargo, no acabaría ahí el regalo que estaba haciendo a su vista. Prácticamente todo el recorrido en paralelo al gran río Éufrates que atravesaba Babilonia era un regalo para los sentidos. La ciudad, de ochocientas cincuenta hectáreas, se organizaba frente a él sumisa a los canales que los sumerios habían creado para ampliar el terreno cultivable. Una joya urbana que Nabucodonosor II se había encargado de proteger con una segunda muralla de tendencia triangular. Babilonia imponía, pues no por nada era la ciudad más grande de Mesopotamia. Poul era una insignificante figura humana dentro de aquella marea cobriza por el adobe. Llegó al final de su

trayecto y su corazón retumbó, como si le estuviera pidiendo que se arrodillara ante aquella maravilla que se desplegaba ante sus ojos.

Poul tenía el privilegio de estar ante los Jardines Colgantes de Babilonia, una de las maravillas arquitectónicas más impresionantes habidas y por haber. Tenía el privilegio, de hecho, de poder acercarse tanto, ya que el acceso público estaba prohibido. La plebe tenía que contentarse con observarlos desde el río. Eran un conjunto de terrazas dispuestas las unas sobre las otras, descansando sobre pilares cúbicos. En las terrazas de ladrillo cocido se hacían grandes huecos para la plantación de todo tipo de árboles de gran tamaño. Al ver la vegetación tan crecida, daba la impresión que alguien había arrancado un gigantesco oasis y lo había puesto en mitad de Babilonia. Poul silbó de pura admiración.

—Me han ordenado que venga aquí y te enseñe esto.

Poul enseñó un anillo con una insignia de un león alado. Prácticamente, le había contado el inicio de la nueva simulación. Apenas tuvo conocimiento de estar interviniendo, le habían ofrecido la joya y le habían señalado el lugar al que tenía que dirigirse. Así de sencillo. El guardia de la puerta observó el anillo detenidamente, hizo una señal de aprobación, destensó la mano que sujetaba la lanza y permitió pasar a Poul al interior de los Jardines Colgantes de Babilonia. Avanzó por un sendero de tierra que tenía flores de todos los colores a sus lados a modo de costura. Vida. No había mejor palabra para describir aquel jardín. Continuó avanzando mientras un cervatillo, acostumbrado a la presencia humana, saltaba de un lado a otro buscando pasto fresco. Poul llegó a una fuente de dos niveles que parecía escupir los fluidos de los dioses. Junto a ella, el gentío se amontonaba y conversaba. Se unió al resto de la gente.

—Una vez hemos machacado las hierbas y mezclado con agua, ponemos la pasta en una tela húmeda y cálida...

Un hombre anciano aunque todavía con un cuerpo vigoroso que disfrutaba del turno de palabra dejó de gesticular al observar la llegada de Poul.

—Pero, que se apaguen para siempre mis ojos si no estoy viendo al mismísimo Marduj. Que se prepare la compañía para partir, ya estamos los que somos, o al menos los que importan.

El orador abrazó a Poul, le obligó a caminar. El musculoso brazo que había aparecido bajo un manto de color café oscuro con tiras blancas perpendiculares rodeaba el cuello de Poul y le empujaba para hacerle caminar. Aquel hombre parecía entusiasmado, a juzgar por la sonrisa que se podía intuir bajo una prominente barba gris y rizada. Si Poul intentaba separarse para coger aire, más le apretaba el efusivo hombre.

—Bueno, pensé que no vendrías. Los grandes sois poco propicios a responder a las llamadas de socorro. No te preocupes, no mires a otro lado, que sean los otros que tienen menos seso los que traigan los caballos para el viaje. Tú preocúpate solo de contarme tus grandes secretos como botánico —dijo el hombre a un Poul que sonreía y afirmaba levemente. Había aprendido que los primeros compases de las simulaciones debían de resolverse así—. ¿Y cuál es tu papel en este grupo?

Poul se encogió de hombros, ni siquiera él lo sabía. Desconocía incluso el cometido de aquel grupo que ya se ponía en marcha y abandonaba los grandes Jardines Colgantes para disgusto de sus ojos. Intentó obtener visualmente la mayor cantidad de información posible. En total eran una decena de personas. La mitad tenían avanzada edad, el resto un cuerpo trabajado. Sabiduría y fuerza. ¿Qué cometido podría requerir de tales aptitudes? Muchos. Atravesaron la ciudad, el hombre elogiando los supuestos conocimientos botánicos de Poul y él, hablando con monosílabos. Por fin, la conversación tomó la dirección que le interesaba al interventor, la de saber qué hacía exactamente allí.

—Entonces —continuó hablando el hombre mayor de cuerpo joven—, tenemos que ir allí, porque nuestro rey quiere el mejor jardín del mundo sin importar los esfuerzos necesarios para conseguirlo.

—Es decir, dices que viajamos para conseguir una flor. Una simple flor.

Poul recapituló mientras se separaba un poco de su interlocutor, empezaban a molestarle sus opresivos abrazos.

—Pero no una cualquiera —dijo el anciano, tras lo que hizo una pausa al ver que la muralla más externa de la ciudad ya se aproximaba a ellos—. Buscamos la flor más bonita del Mediterráneo. Nabucodonosor quiere los mejores ejemplares. Se dice que en los alrededores de Sidón hay hierbas únicas. Bueno, ya conoces tú el magnífico ejemplar de cedro que poseen.

—Lo conozco.

El cedro de Líbano, tan famoso que formaba parte de la bandera actual del susodicho país.

—Y para ello nos acompañará la mejor jardinera de Babilonia. La encargada de que las plantas tomen vida en los Jardines Colgantes. Ella reconocerá qué flores son dignas de nuestro reino. Inclinémonos ante su grandeza, pues justo ahí está.

El hombre señaló hacia la puerta de la muralla, donde una mujer escoltada por varios hombres les esperaba subida a su caballo. A Poul se le paró el corazón cuando reconoció el rostro que había bajo un velo que se empeñaba en cubrir su belleza. Chloe. Poul sintió una inyección de felicidad en su corazón. La última vez que había visto a la mujer en una simulación acababa de ser asesinada. Después, la había estado viendo en el quirófano de MediTime inconsciente. Pero ahora, aunque no fuera real, la podía ver con vida. Eso encendió su fuerza de voluntad. No podía fallar más o corría el riesgo de que ya

no pudiera curarla jamás. Esta vez iba a salir todo bien. Poul sacó pecho como el gallo que se cree capaz de todo.

—Os saludo —comenzó a decir la mujer en general, pero miraba a Poul—. Con una mano agradezco vuestra compañía y con la otra pido disculpas por las dificultades en las que os voy a introducir.

—Ni todas las dificultades del mundo podrían apagar nuestro deseo de servir a nuestra Nidama —dijo uno de los presentes.

—Y como muestra de ello —habló el hombre que había estado saturando verbalmente a Poul durante todo el camino—, emprendamos la marcha.

En fila, atravesaron la puerta y comenzaron a andar. La tierra del camino se pegaba a las sandalias, humedecida tras las últimas lluvias. Pero se agradecía su tacto esponjoso, ayudaba a evadirse del calor, al menos mentalmente. Poul se preguntó si en aquella época habría alguna manera de fabricar una hélice giratoria que actuara como un ventilador. Continuaron avanzando desviándose en muchas ocasiones. Poul no conocía la ruta, pero comenzaba a cuestionarse el motivo por el cual se abandonaba tan frecuentemente los caminos, rudimentarios pero útiles, y se atravesaban bosques o lodazales mucho más impracticables. Enki, que así se llamaba el anciano hombre de eterna juventud, pareció leer las dudas en su rostro.

—Nuestro rey es grande —dijo en referencia a Nabucodonosor II—, pero toda grandeza atrae peligrosos enemigos. Cierto es que lleva la sangre de Nabopolasar, que nos liberó de los asirios. No menos cierto es que recuperó Siria y Fenicia de manos egipcias en la batalla de Karkemish. ¡Oh! Y aún mis lágrimas asoman cuando recuerdo la captura de Jerusalén. Sí, Nabucodonosor es poderoso, y por eso mismo se ha ganado muchos enemigos. Todavía el resentimiento les lleva a introducirse en nuestros caminos buscando

un poco de nuestra sangre que calme su odio. Por eso evitamos en ocasiones el camino, que hace previsible nuestra posición.

Poul afirmó con la cabeza sin estar totalmente convencido. De repente un rugido hizo que la compañía se detuviera instantáneamente. Por instinto, muchos se agacharon. Poul miró alrededor, solo veía el conjunto de árboles que formaba otro de los interminables bosques. Los hombres más jóvenes rodearon a Nidama para protegerla como si fuera su reina.

—Eso ha sido un león —afirmó Enki erizando el vello de Poul.

—¿Un león? —preguntó el interventor preocupado—. ¿Son frecuentes aquí los leones?

—No mucho. —Tampoco importaba. Enki estaba seguro de que había oído un león, y eso para él era más determinante que el reparto geográfico de la especie—. Nebo, Nabu, adelantad vuestra posición. No podemos hacer avanzar a Nidama si el camino no es seguro.

Los dos hermanos obedecieron las órdenes, sin dudar. Avanzaron en línea recta formando un ángulo de cuarenta y cinco grados entre sus caminos. En un par de minutos, se escuchó un rugido y un grito agónico.

—Uno de los hermanos ha muerto —supuso Enki con calma.

—¿No deberíamos ir a ayudarlo? —preguntó Poul arrepintiéndose al momento de lanzar la pregunta.

—No. Ya lo debe haber devorado, con la facilidad con la que nosotros comemos un dátil. Más fácilmente, me atrevo a decir. Creo que a esas bestias les cuesta menos romper un hueso con sus dientes que a nosotros la semilla del fruto con los nuestros.

Y de repente, se escuchó un segundo grito.

—Y el otro hermano también ha de haber caído. Tenemos que retroceder.

Pero no hubo tiempo. Dos leones aparecieron, cada uno por un lado, como si hubieran planificado estratégicamente la emboscada. Los hombres más fuertes se dividieron en dos grupos, cada uno de ellos protegió a Nidama por un lado, encarando cada grupo a uno de los animales. Poul desenfundó su espada corta. Guerreros y leones se medían, se observaban sin hacer grandes movimientos. Uno de los félicos tomó la iniciativa ejecutando un gran salto. Fue un gran error. El exceso de altura jugó en su contra, facilitó que un hombre atravesara su estómago con una lanza. El grupo vencedor quiso unirse al resto de hombres, pero fueron retenidos por Enki, que les ordenó que guardaran su posición para no dejar ningún lado descubierto, de manera que Chloe siguiera protegida entre ellos. Así pues, quedaba que el grupo de Poul también pudiera vencer a su animal. El interventor tomó nota de los hechos. *En cuanto salte para atacar, le clavo mi espada en el vientre.* Pero el león también había tomado nota. Se agazapó ligeramente y se lanzó al ataque a ras de suelo. En cuanto se acercó, todos los filos se dirigieron a él. Los apartó de un potente zarpazo, lanzó sus enormes mandíbulas e introdujo una cabeza dentro sin dificultad. Poul aprovechó que el animal se entretenía mordiendo a un compañero para acercarse por el lado y clavar su espada en su costado. El dolor punzante hizo reaccionar instintivamente a la bestia, que lanzó un zarpazo al aire, en su dirección, con tan mala suerte que impactó contra su cara. Poul cayó al suelo, rodó para intentar separarse de la acción. No pudo ver cómo el resto de compañeros aprovechaba para rodear al animal y para introducir sus armas en la carne del bicho desde todas las direcciones. El león no pudo hacer más que girar sobre sí mismo, incapaz de reconocer el verdadero foco del ataque, que eran muchos, hasta que acabó inerte bañado sobre su propia sangre.

—¡Mierda! ¡Mierda! —gritaba Poul mientras el traductor de MediTime traducía aquella palabra al lenguaje de la Antigua Babilonia.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Enki al acercarse a él. Pero por primera vez en todo el viaje, el anciano había perdido la serenidad—. ¡Agua! ¡Limpiad su cara!

Poul agradeció el frescor del agua, también le permitió recuperar algo de visión ya que la sangre bañaba sus ojos. Escocía. Se estremeció, porque al girar notó gran cantidad de piel suelta sobre su rostro.

—Te digo que te tranquilices —dijo Enki mientras varios hombres sujetaban a Poul. Uno de ellos sacó sus aperos de cirugía. Tomó un bisturí de bronce y comenzó a cortar las pieles sobrantes—. Duele, lo sé. Y no poco. Pero respira fuerte, respira. Estás frente a Nidama, muestra tu orgullo.

Eso le calmó. No por la grandeza que aquella mujer supuestamente tenía y que él no llegaba a comprender, sino porque era la chica a la que amaba. Si su calma servía para mostrarle su valentía, si servía también para tranquilizarla, pues tenía que hacerlo. Resopló con fuerza, escupió saliva mezclada con sangre. El corte del bisturí acentuó el dolor. El trabajo de la aguja de bronce para coser sus heridas, también. Era tan intenso el dolor que comenzó a perder el conocimiento. Las voces empezaron a cruzarse en su mente. *Está sufriendo demasiado, tenemos que parar la simulación.* Era la voz de Christiaan. Poul comenzaba a estar más fuera de la simulación que dentro. Pero no podía permitirlo. ¡No! ¡No podía conseguir otro resultado negativo! Tenía que aguantar. Resistir. No quería que finalizara la simulación. Se concentró, puso todo su empeño en seguir allí.

Y por pura voluntad que lo consiguió. No consiguió evitar perder el conocimiento, pero cuando recuperó la consciencia seguía

allí, en Babilonia. Con su herida. Jamás se había alegrado tanto de tener el rostro desfigurado.

—Te dije que vivirías —dijo Enki mientras bebía vino—. Grandes conocimientos se habrían perdido con la marcha de Marduj. Has sido valiente, chico. Pero has de serlo un poco más, hemos perdido mucho tiempo aquí.

—Lo lamento.

Poul se incorporó y miro al cielo, la oscuridad se había adueñado del mundo.

—No enciendas un fuego —dijo Enki a otro de los hombres de la compañía—. Sobreviviremos a la oscuridad, comeremos alimentos fríos. Pero no hagas fuego.

—Perdóname si hablo de más —dijo Poul. Una vez el dolor se había reducido, volvió a ser tan perspicaz como siempre—. Pero no vamos a buscar una simple flor.

—Sí que lo hacemos. Pero puede que no sea una flor de las que crecen en la tierra, sino de las que crecen en el corazón. Puede que entonces la muerte de nuestros compañeros valga la pena.

Enki lanzó una mirada triste al lugar en el que habían caído Nebo y Nabu.

—Esquivamos caminos peligrosos para adentrarnos en otros menos seguros. No encendemos fuego para que no se nos encuentre. Empiezo a pensar que nuestro enemigo no son simples vengadores que merodean sedientos de un poco de justicia.

Poul se tocó el rostro, notó la tela que lo cubría.

—Habla con ella —sugirió Enki. Señaló a la improvisada tienda de campaña de Nidama—. Yo no soy digno de revelar tan importante información.

Poul se dirigió al lugar al que señalaba el dedo de Enki, retiró la tela y entró en el pequeño habitáculo. La mujer estaba de pie, con una mirada triste. Los ojos estaban rojos de intentar evitar el llanto. Evidentemente, no había conseguido dormir. Había fuego en su mirada, un fuego que intentó apagar en cuanto entró Poul.

—Tranquila, con un ojo tapado por las telas, no puedo ver bien ese rostro tan apenado y atacado por la fatiga.

Poul intentó acariciar la pena de la mujer con algo de humor.

—Siéntate. Come y bebe todo lo que necesites para reponer las fuerzas. Agradezco todo lo que has hecho por mí.

La chica tomó asiento a su lado.

—Voy a ser sincero contigo. No sé quién eres y no te voy a mostrar el mismo respeto que el resto de hombres hasta que no lo sepa —dijo Poul. Las mejillas de Chloe enrojecieron ante tal alarde de sinceridad. Agachó la cabeza—. Aunque me urge más saber el verdadero cometido de esta compañía.

—Eres el único que no lo sabe, y el que más derecho tiene a saberlo —dijo la chica, suspiró. No sabía cómo empezar—. Empezaré por lo que es cierto. Soy la encargada de la decoración de los Jardines Colgantes de Babilonia. Yo elijo lo que allí crece, y es responsabilidad mía que el resultado sea digno del reino. Mi tarea es que de un vistazo todos admiren la grandeza de nuestro rey.

—No es cierto, en cambio, que para ello tengas que realizar viajes tan largos —se atrevió a inferir Poul.

—Sí, eso es necesario. Aún recuerdo mis viajes a Egipto. Podría pedir que me trajeran las semillas, pero yo misma tengo que ver la planta en su lugar de origen, donde realmente disfruta de toda su energía y su vida. Pero esta vez es una mentira.

A Chloe le temblaron los labios.

—Bien, ya sabemos a lo que no vamos —dijo Poul. Cogió un trozo de pan de fruta. La fruta se deshuesaba, se secaba en hornos y se mezclaba con una masa aceitosa que era prensada. Por el sabor, el joven dedujo que se había utilizado dátiles, higos y ciruelas en su elaboración—. Ahora puedes empezar por decir cuál es el verdadero destino de este viaje.

—Ninguno, en verdad. Huimos. La responsabilidad de mi trabajo es tal que si el resultado no es del gusto del rey, pago con mi vida. Muchos y muchas ya han sufrido tal destino. Y yo... Yo no puedo soportar más esa presión.

Chloe se deshizo, rompió a llorar. Buscó el hombro de Poul, que se lo ofreció con gusto. Deslizó su dedo pulgar por el rostro de la chica para limpiar sus lágrimas. Ya no hacían falta palabras, los lacrimales de la joven expulsaban todo tipo de silenciosos argumentos. Poul estaba seguro de que el motivo de la tensión genética, en este caso, era la presión a la que estaba sometida la muchacha.

—Ya entiendo —dijo Poul, visto que la garganta de ella no estaba por la labor de continuar—. Dijiste que necesitabas una nueva planta lejana para emprender un nuevo viaje, pero esta vez esperabas no volver. Esquivamos los caminos para no dejar rastros, para que llegado el momento en que se te eche de menos, nadie pueda seguirte, nadie sepa encontrarte. Ahora lo entiendo. Está bien. Te ayudaré a encontrar un nuevo hogar. Vivirás feliz.

—No. Ya no podré vivir feliz —dijo ella tristemente. El río de lágrimas, que había cesado levemente, comenzó a fluir con más fuerza—. Engañé a estos hombres. Les dije que los dioses habían enviado un mensaje a través de mis plantas, que las flores habían hablado. El anuncio del fin de Babilonia, que la ciudad volvería a arder como ya lo hizo con los asirios. Que teníamos que salir de allí y buscar un nuevo hogar, ya que Nabucodonosor, prepotente, no

aceptaría el mensaje de los dioses. Que nos condenaba a una nueva guerra, a una nueva derrota.

—Tranquila... Tranquila. Estos hombres te adoran, te siguen por propia voluntad.

Pero Poul no podía evitar sentir cierto desprecio al pensar que había utilizado a aquellos hombres para que le escoltaran.

—Adoran a una falsa profeta —escupió Chloe. Comenzó a temblar.

—¿Y qué papel tengo yo?

El joven comenzó a molestarse, le había dicho que él era importante y se preguntó si también estaba siendo utilizado.

—Eres un reconocido botánico, te adoran, tu sabiduría ha trascendido los caminos. Te conocen en cualquier ciudad cercana y te admiran. Serás bien recibido, tú y los que te acompañen.

Poul suspiró. Podía asumir su papel de enlace con los que esperaba que fueran sus nuevos vecinos.

—Todo está bien —dijo Poul. El joven acarició a la chica, que se acurrucó en su pecho—. Vamos a encontrar una nueva ciudad. Yo intercederé por ti. Enki tenía razón. Buscamos una flor, pero no de las que crecen en la tierra, sino de las que crecen aquí dentro.

Poul puso su dedo índice en el pecho izquierdo de la joven. Como si hubiera apretado un botón, desencadenó una sonrisa en el rostro de la chica. Se fundieron en un beso, primero tímido y luego apasionado. Poul echaba de menos la calidez de aquellos labios. Memorizó aquel contacto para disfrutar de él más allá del fin de una simulación que, exitosa, llegaba a su fin.

PRESENTE**Montgomery, Alabama, Estados Unidos**

Era precioso volver de una simulación con tanto apretón de manos. Todos los técnicos felicitaron a Poul por su reciente éxito. El apretón de Christiaan duró unos segundos más, lo alargó la amistad y la complicidad. Algunos sentimientos actúan como una batería inagotable para determinados gestos.

—Buen trabajo, Poul —dijo el jefe del quirófano mientras su sonrisa alargaba su perilla rojiza—. Aún habrá que analizar algunos datos, pero la simulación ha estado bien resuelta.

—Gracias —dijo Poul y asintió levemente—. Qué pasada, ¡los Jardines Colgantes de Babilonia!

—Aunque hubo un momento —le interrumpió su amigo. Aún le costaba asimilar que él no era capaz de intervenir y le molestaba en parte que fuera su amigo el que disfrutara de las maravillas de la tecnología—, que estuvimos a punto de parar la simulación. Parecías sufrir en exceso.

—Sí —dijo Poul. Se tocó el rostro. Agradeció no encontrar ni rastro de herida alguna—. Pero al final todo salió bien.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres descansar?

—No —negó rápidamente el interventor—. Voy a hablar con Jeff.

—¿Con Jeff?

Christiaan se sorprendió.

—Sí, con el presidente —contestó Poul con un suspiro—. No puedo seguir así. Tenías razón.

Christiaan aceptó la rendición del joven. Se la había recomendado incluso. No podía enfrentarse a la cúpula de MediTime. Era algo que él ya había asumido mucho antes. Christiaan ya había apagado su deseo de que la tecnología de MediTime fuera accesible para todo el mundo. Era un recurso que proporcionaba grandes beneficios económicos, y nada podía anteponerse a ello. De algún modo, se lamentó de que Poul, al que consideraba ya como superior, también se rindiera a la lógica. Pero era lo mejor para su amigo.

Poul se levantó de la camilla, se duchó, se vistió con unos vaqueros y una camiseta básica de color tan blanco como su piel y se dirigió al despacho del presidente de MediTime. Esperó unos minutos a que saliera el hombre con el que estaba reunido, un cliente típico de perfil común. Un millonario preocupado por la salud de algún ser querido dispuesto a mermar su fortuna para el bienestar de su familia. Poul aprovechó para entrar al gran despacho. La sensación de vacío volvió a invadirle. Al otro lado del escritorio, Jefferson le esperaba tomando una de esas píldoras que le permitían un aspecto tan joven a pesar de su edad.

—Mi querido Reenberg, la gran promesa de los interventores — se burló el presidente—, toma asiento.

—Gracias. Seré breve.

Esta vez Poul no tenía previsto discutir.

—Eso espero.

El presidente miró a su ordenador indicando que tenía tareas pendientes.

—No hará falta que sigáis espíandome, ni enviándome matones. Me rindo. Tenéis razón. Me ha costado, pero entiendo que la confidencialidad extrema es necesaria.

Poul no hizo ningún gesto que mostrara ironía.

—Me alegra oír eso. Pero seguiremos espíandote, por si acaso.

Jeff se acarició el bigote, parecía no estar impresionado por las palabras.

—Lo entiendo. No es ninguna jugada. No vengo a ponerme de vuestro lado para que dejéis de vigilarme y así aprovechar mi libertad en vuestra contra. Sé que no tiene sentido que sigamos enfrentados. Si tenéis el poder para apuntarme con una pistola y que ni siquiera mis derechos como ciudadano sirvan para ponerlos en apuros ante tal agresión, estoy jugando una partida perdida de antemano.

Poul seguía mostrando sinceridad, esta vez con su tono más que con sus gestos.

—¿Y a qué viene este cambio de opinión tan repentino?

Jefferson seguía sin creerle.

—Días como hoy me recuerdan que intervenir es mi vida. He nacido para ser interventor, y eso es lo que deseo. No me conviene estar enemistado con vosotros. Cuando acabe esta farsa en la que me dejáis curar a mi novia, que a vosotros también os conviene en lo referente a la investigación sobre la intervención en el sexo femenino, quiero seguir trabajando aquí. Consciente de mis limitaciones, sin salirme de mis competencias. Lo ruego. Dime dónde tengo que arrodillarme y lo hago.

Era la primera vez que Poul hablaba de manera tan sumisa.

—Jamás pensé que oiría algo así en mi vida. —Una larga vida, si la medicina para alargarla funcionaba tan bien como podía verse—. Poul Reenberg aceptando límites, cediendo a la lógica.

La conversación fue interrumpida. Christiaan abrió la puerta sin pedir permiso, lo que significaba que lo que tenía que decir era importante. En pocas ocasiones el técnico se atrevía a desafiar a la disciplina.

—Disculpas, presidente —dijo el pelirrojo—. Poul, Chloe ha despertado.

—A esto me refiero. A lo que me alegra oír cosas así —dijo Poul incapaz de esconder una enorme sonrisa—. Quiero intervenir para que cosas así sucedan. Con permiso, presidente.

Poul abandonó el despacho, Christiaan le acompañó de nuevo al quirófano. Allí estaba Chloe, con su cama inclinada para que pudiera beber con mayor comodidad. Los ojos de Poul se humedecieron al verla. Todos los órganos de su cuerpo resonaron en una ópera con la felicidad como tema principal.

—Espero que no lleve alcohol —dijo Poul refiriéndose a su bebida cuando se acercó. Chloe reaccionó con una sonrisa a la broma y alargó los brazos para dejarse abrazar—. ¿Cómo estás?

—Con los ojos abiertos, por fin.

—Unos ojos preciosos, ya lo sabes.

Poul besó la frente de la muchacha.

—Pero no puedo andar. No puedo mover las piernas.

La preocupación se dibujó en el rostro de Chloe.

—Tranquila —dijo Poul. Bastó esa palabra para que se tranquilizara—. Hemos progresado, pero todavía no se ha acabado. Yo creo que un par de intervenciones más y estarás perfecta.

—Cierto —añadió Christiaan desde atrás, sabía que con la mirada buscaban su aprobación.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Chloe a Poul, como si no fuera ella la que estaba enferma.

—¡Bien! ¿Te acuerdas que siempre decimos que no tenemos tiempo para viajar? Ni te imaginas lo tanto que hemos viajado estos días, ¡vaya aventuras!

Poul pasó el resto del día contándole las intervenciones a Chloe. Ella no le creía. Realmente la tecnología era tan increíble que mucha gente dudaba de lo que se contaba de las intervenciones de MediTime. Pero le encantaba escucharle, le encantaba imaginarse con él en otras vidas. Una sola vida le parecía poco para vivir con él. Se hizo la noche, y tuvieron que pasar largas horas para que la muchacha, obligada por sus médicos, se durmiera. Poul se quedó en uno de los sillones del quirófano sentado, viéndola descansar. Christiaan apareció en una de las rutinarias visitas para controlar las constantes vitales de la paciente. Tendió la mano a Poul, su amigo la apretó. Notó algo entre ambas manos. Recogió el papel doblado que le tendía su compañero. Christiaan le guiñó un ojo. Cuando su amigo abandonó la sala, Poul desdobló la nota que le había dejado. Su contenido volvió a introducirle en un mar de confusión.

Biblioteca Lenox. Sección Historia. Babilonia; Paul Krivaczek. No te rindas, Poul.

20

539 a.C.

Babilonia

Convierte en humo las ciudades, a los hombres la muerte les mete en el cuerpo y los campos se convierten en sangre. Nada permanece con vida tras su paso, decía un pobre hombre en la plaza de Babilonia. Fueron las primeras palabras que había escuchado Poul tras introducirse en una nueva simulación. El orador, cuyos huesos se podían observar a simple vista por su delgadez, parecía no haber tenido una vida apacible. Sentado en el suelo, tenía una pierna en una posición imposible, causada por un fémur partido en varios pedazos. Uno de sus ojos supuraba, era una masa infecta de pus.

—Y si nada deja con vida, ¿cómo es que tú has podido escapar? —preguntó uno de los presentes cargado de curiosidad. Tenía razón, viendo que con aquella pierna se hacía difícil la huida.

—Y yo qué sé por qué los dioses me regalan otra vida —se excusó el lisiado—. Creo yo que me permitieron la vida para advertiros.

Continuaron las acusaciones y los argumentos y Poul empezaba a cansarse, con gran esfuerzo soportaba el olor a cabra que le llegaba del puesto de al lado. Apostaba que su propietario pagaba al lisiado para que inventara aquellas historias y atrajera la atención de los posibles clientes. Sin embargo, las siguientes palabras del pobre hombre confirmaron a Poul que no estaba inventando nada.

—Hasta los mismos hombres del rey Astiages le vendieron para contentar a Ciro —argumentó haciendo referencia a la rendición de Media tras la conquista de esta por el rey persa Ciro II—. Y el cuñado del derrotado Astiages, el rey Cresos de Lidia, vencido fue también en Sardes. De poco se libró de la hoguera, pocas veces perdona el rey Ciro a sus enemigos. Y ahora pone sus ojos en nuestra Babilonia. Decid, si no me creéis, ¿por qué habría de volver nuestro rey Nabonido de su oasis en Tema? Se cuenta que nuestro ejército espera a Ciro en Opis con pocas esperanzas. Se dice también que Sippar ya rinde tributo al poderoso rey persa.

Ciro II el Grande. El fundador del Imperio persa aqueménida, que llegaría a ser el imperio más extenso hasta el momento y que duraría doscientos años hasta la llegada de Alejandro Magno. Si el rey persa venía hacia Babilonia, había que huir de allí. La derrota era segura, y el trato que les daría a los vencidos, estaba seguro de que podía ser capaz de causar tensiones genéticas a más de uno de los habitantes locales. Tenía que encontrar a Chloe y sacarla de allí. No le hizo falta buscarla.

—¿Y propones que abandonemos nuestra ciudad?

Poul giró la cabeza hacia su derecha, conocía bien aquella voz que acababa de hacer aparición.

—Propongo que salvéis la vida —contestó el lisiado que hacía de profeta.

—Propones intentarlo —rectificó la mujer—. ¿Qué habrá de los que ni siquiera puedan realizar el intento?

—No hay alternativa —intervino Poul una vez hubo encontrado a Chloe y pudo dirigirle la palabra.

—Y ahora tú, Marduj, ¿también pretendes que escondamos la cabeza!

La chica salió corriendo empujada por su enfado. Poul la persiguió, no sin esfuerzo. Ahora sabía por qué en las carreras populares le costaba tanto acabar por delante de ella. Al parecer, el tiempo le había regalado una genética extraordinaria. Además, utilizaba todos los productos que encontraba a lo largo del mercado para situarlos como obstáculos. Finalmente, Poul pudo darle alcance.

—Tranquila, ¡tranquila! —decía Poul mientras miraba a la muchacha a través del velo que cubría su rostro. Tuvo que agarrarla fuertemente de las muñecas.

—Mucho me avisó mi padre de que tuviera cuidado contigo, de que buen hombre no eras —dijo la mujer escupiéndole a la cara.

—Puede que no me haya explicado bien —dijo él mientras soltaba una de sus muñecas para poder limpiarse la saliva de su rostro.

—Pues explícate bien entonces.

La joven hizo un movimiento inesperado con su otro brazo, consiguió liberarse. No salió corriendo, esperando las explicaciones. Poul observó a Chloe, llevaba una túnica más larga que la suya y con mejores detalles y acabados, con colores más llamativos, no el apagado color pardo que vestía al chico.

—Vas a tener que creerme. No hay forma en la que pueda demostrarlo, pero sé que ese tal Ciro llegará a Babilonia y se adueñará de ella. Y para entonces, es mejor que no estemos aquí.

—Y te creo. No soy estúpida. Demasiado movimiento de hombres, de recursos. Sé que viene la guerra, o mejor dicho, la derrota —dijo ella. Entonces Poul no entendía por qué quería quedarse allí, así que le dejó explicarse—. Pero no puedo marcharme dejando atrás lo que más aprecio. Bien sabes que mis padres están enfermos, que apenas pueden andar.

—¡Te ayudaré a sacarlos de aquí! —dijo Poul con esperanza. Parecía haber comprendido el objetivo de la simulación. La joven se había quedado en la ciudad para no abandonar a sus padres y había sufrido el dominio de Ciro II. Bien, la solución sería entonces sacar a sus padres de allí para que ella no quisiera quedarse—. Utilizaremos carros, bien preparados para que estén cómodos y no necesiten andar ni hacer esfuerzos. Nos llevaremos los médicos necesarios para que tengan los cuidados que necesitan.

—No es tan fácil. —No, estaba claro que no iba a ser tan fácil—. Mis padres no querrán abandonar la ciudad. A ella dedicaron su vida y en ella prefieren morir. No se irán, antes el mismo Ciro tendrá que arrancarles el corazón para no poder sentir el amor que sienten por esta tierra. Y yo soy incapaz de separarme de ellos. Si ellos sienten que deben la vida a Babilonia, yo le debo la mía a ellos.

—Vuestro hogar no es un pedazo de tierra, sois vosotros mismos, y lo seguirá siendo mientras estéis juntos —argumentó Poul resignado—. ¿Crees que podremos convencerles?

—No. Rotundamente no. No abandonarán su casa. Pero... Pero si tú me lo pides, haré el esfuerzo de marcharme contigo.

—Entonces no te lo pido —dijo Poul. Puso sus manos en los hombros de la joven, que sintió que aquel gesto proporcionaba más calor que el manto que portaba.

Demasiado fácil. Poul había pensado en pedirle que siguiera sus pasos para situarla lejos de toda posibilidad de sumisión a Ciro y los persas, lo que podía haber sido el causante de la tensión genética. De no haber sido advertido por Christiaan, lo habría hecho, habrían escapado. Su amigo le había pedido que fuera cauto, ya había errado en una simulación y un segundo error podría tener consecuencias irreversibles. Así pues, en honor de esa cautela, había valorado las consecuencias de tal acción, y la culpabilidad por abandonar a su

familia para satisfacer a un hombre no le pareció menos amarga que la esclavitud. No le iba a hacer elegir.

—Hablaré con Ciro. No tendrás problemas. Ni tu familia.

La chica abrió sus ojos parcialmente achinados respondiendo al hecho imposible que describían las palabras de Poul. Pero en la mirada del joven había un brillo especial, como si guardara un as en la manga. Si tramaba algo o si tenía algún poder especial, ella no podía saberlo. Pero Poul se había convertido para ella en el mástil que sujetaba la bandera de su esperanza.

Poul se unió a la primera caravana que tuvo el valor de dirigirse a territorio conquistado. No eran muchos los mercaderes que se atrevían, pero merecía la pena el riesgo si el resultado era adentrarse entre hombres con ganas de liquidar su recién capturado botín. Los mercaderes se dirigían a Opis, ciudad al borde del Tigris en la que se había cantado la última victoria de Ciro. Poul alquiló su espada a cambio de algo de comida diaria. Por suerte no tuvo que utilizarla. Apenas hubo resistencia. Las desertiones en el ejército de Babilonia se hacían cada vez más numerosas y la rendición parecía inminente. La columna mercante avanzó sin las precauciones típicas de la guerra, porque prácticamente no había guerra. Tras unas jornadas de viaje, Poul llegó a Sippar, ciudad que ya había sido capturada por los persas.

Cuando Poul preguntó por la zona de ocio de la ciudad, que siempre era un buen lugar para obtener información, se sorprendió al escuchar la palabra prostitutas. Pero así era. Poul se dirigió al santuario de Militta. El pudor le impidió entrar y se quedó a las puertas de aquel gran edificio escalonado de tres plantas. El trasiego de hombres era abrumador. Entraban ansiosos y salían con una sonrisa, así que imaginaba lo que ocurría allí dentro, pero el matiz religioso de la estructura le confundía.

—¿Y podré yo satisfacerle? ¿Podré?

Poul notó que a su derecha, una muchacha estiraba de su brazo. Era demasiado joven, su túnica azul le venía muy larga todavía.

—¿A qué te refieres? —preguntó un Poul que parecía no enterarse de la situación.

—A...

La chiquilla enrojeció, señaló a su entrepierna. Ocultó su rostro con su pelo castaño rizado.

—Entiendo —le cortó Poul. La muchacha sintió alivio al no tener que explicarse—. Pero eres demasiado pequeña.

—Ya —se excusó la chica—. Pero mi madre dice que es una gran oportunidad. La que hoy entra, poco tarda en salir. He de aprovecharlo.

Poul no entendía que, en la tradición de Babilonia, las mujeres estaban obligadas a prostituirse una vez en la vida con algún forastero. Para ello, entraban al templo de Militta donde esperaban la llegada de algún foráneo que las seleccionasen para poseerlas sexualmente. Las mujeres más agraciadas no tardaban en conseguirlo, pero otras tardaban entre tres y cuatro años en conseguirlo, sin poder salir del templo en ese período de tiempo. Por su parte, los hombres les arrojaban el dinero tras el servicio liberándolas de su obligación. Y ahora, con la enorme llegada de persas enriquecidos, era muy fácil cumplir aquella obligación.

—Yo te elijo en su lugar —dijo un hombre de entre los que caminaban por allí y que se detuvo a su lado—. Yo te poseo, niña.

—Entra dentro, tendrás mujeres más preparadas entre las que escoger —le sugirió Poul, sintiendo pena por la muchacha.

—Y ya las he visto. —El persa escupió, le enseñó los dientes. Mostró la confianza de quien va ganando una guerra—. Y esta quiero.

Poul acarició la empuñadura de su espada corta. Tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse y no desenfundarla. *Es una simulación, Poul, solo es una simulación.* No era real. Y no podía arriesgar su vida si quería completar su misión. Agachó la cabeza. El persa agarró a la niña de la mano y se la llevó hacia el interior del templo. No era real. Pero Poul no pudo evitar sentir un dolor extremo en el corazón. Miró alrededor, anduvo hacia el hombre más cercano dispuesto a acabar la simulación.

—¿Dónde está Ciro? —preguntó a un hombre todavía desnudo que había aprovechado la hierba que rodeaba el templo como lecho.

—¿Y quién quiere ahora a nuestro rey si todo lo interesante se encuentra aquí cerca?

El hombre se incorporó, no se molestó en ocultar sus partes más íntimas.

—Deseo hablar con él —dijo Poul serio.

—Y él solo quiere hablar sobre su entrada a Babilonia —dijo el hombre. Se aseguró de que nadie más les observaba—. Sinceramente, no teme a Nabonido, pero está obsesionado con el pueblo de Babilonia. Teme no ser aceptado.

Poul sonrió. En no muchos minutos se encontraba frente al gran rey persa. Solo tuvo que anunciarse como un profeta. Su primera predicción fue que Ciro entraría a Babilonia sin presentar batalla, aclamado. Eso gustó al rey, pero no fue suficiente para conseguir una audiencia. Muchos predecían a su favor para ganarse un puesto entre sus consejeros. Pero la segunda predicción, la que hablaba de una

ciudad llamada Kurushkatha que hasta el momento solo estaba en la cabeza del rey persa, llamó su atención y pidió su presencia. Kurushkatha, más tarde conocida como Cirópolis.

—El sacerdocio da la espalda a Nabonido. El apoyo de la comunidad judía también ayudará a un buen recibimiento. Y el pueblo de Babilonia, sufre el hastío de un gobierno ineficaz —dijo Poul. Ciro escuchaba atentamente caminando de un lado al otro de la habitación. Su solemne rostro no mostraba satisfacción ni desagrado, era imposible adivinar sus pensamientos. Se quitó el casco brillante con dos estrellas como protectoras de las orejas. Se acarició su oscura y poblada barba.

—Háblame de Kurushkatha —el rey persa parecía más interesado en el futuro que en el presente.

—Llegarás a Babilonia. Sé que la prudencia te hará ordenar que el gobernador Gobrias preceda tu entrada.

Ciro seguía sorprendido ante la capacidad predictiva de aquel tal Marduj. De su boca salía información en la que había estado pensando pero que no había comunicado a nadie. Bajo aquel manto azul claro con flecos dorados, el corazón de Ciro latía con fuerza, sorprendido.

—¿Y consideras acertada tal decisión? —preguntó Ciro. Que uno de sus hombres entrara antes que él a Babilonia era una decisión inteligente, pero le restaba grandeza.

—La considero acertada.

Ciro tensó la mandíbula. Prefería haber escuchado lo contrario. Había mostrado temor para nada. Mostrar inseguridad era una de las cosas que más odiaban los reyes. Pero Poul se había basado en sus conocimientos históricos. Conocía bien la historia de Ciro el Grande y tenía que utilizarla a su favor. Poul Continuó su exposición.

—Sé que una vez tomada Babilonia, tu deseo es derrotar a sogdianos, bactrianos y arios y convertir sus territorios en satrapías persas. Siria y Palestina serán arrebatadas después a un decadente Imperio neobabilónico. Después el rumbo de las conquistas cambiará hacia el norte, contra los escitas. Y ya cerca del río Sir Daria, crearás la ciudad de Kurushkatha. Y después...

—La muerte —continuó Ciro tras el silencio de Poul. No parecía triste, más bien al contrario. Mostraba satisfacción—. Confirma mis pensamientos entonces.

—Grandes pensamientos —alabó Poul—. Espero haber sido útil. A cambio...

—A cambio te colmaré de riqueza.

Poul tragó saliva. Esperaba una reprimenda por haber intentado solicitar algo a un rey.

—Agradezco el gesto. Pero me conformo con que se respete la vida de una persona apreciada. Y la de su familia.

Poul bajó la cabeza.

—Se respetará. Describirás los rasgos a mis hombres y todas las personas en Babilonia que coincidan con tal descripción serán respetadas. Tal es mi promesa.

Y así, con la promesa de que Ciro respetaría a Chloe y su familia, Poul esperaba que la simulación acabara con éxito. No se hizo la oscuridad. No se difuminaron las imágenes. Las siguientes palabras de Ciro resonaron en el corazón de Poul.

—Pero me acompañarás durante la campaña. Me eres muy útil y preciado —dijo Ciro y entonces Poul entendió por qué la simulación continuaba. Había resuelto una tensión a cambio de generar otra. Había conseguido aliviar el sufrimiento de Chloe respecto a su familia, pero si él no conseguía salir vivo de la campaña, le estaría

creando un sufrimiento igual o peor respecto a él mismo. Pensó en alguna forma de evitarlo, pero Ciro sentenció—. No se le dice que no a un rey.

Y sin poder decirle que no a Ciro, Poul entró en Babilonia, se encontró con Chloe y recibió un abrazo de ella con tal intensidad que sintió que la presión de sus brazos en la espalda eran las alas que necesitaba para sobrevivir a la campaña militar. Comprobó que el rey persa cumplía su palabra, comprobó también cómo la población de Babilonia le recibía con los brazos abiertos. Poul disfrutó de la sencillez de la vida en la Antigua Mesopotamia, descontaminó su mente de la ruidosa civilización actual. Disfrutó, realmente disfrutó. Se hizo cierto el comentario romántico de que cualquier lugar es un paraíso si estás cerca de la persona amada. Pero tocó separarse.

Volvieron las largas caminatas, las marchas forzadas militares, las piernas ardiendo y pidiendo un descanso. El calor asfixiante. Poul entendió entonces el verdadero significado de la túnica persa, granate y dorada en su caso, ya que Ciro quería que reflejara autoridad para ser respetado. La tela permitía el paso del aire, cuando lo había, y evitaba el intercambio de calor con el exterior. Hacía un calor espantoso y convenía dejarlo fuera del organismo. Una vez devorados cientos de kilómetros de arena, tocaba organizar el campamento militar. En este aspecto, Poul ya tenía algo de experiencia. Ciro le había otorgado un mando, ya que difícilmente se respetaba a los guerreros que no tenían cierto rango militar. Le había puesto al mando del regimiento de arqueros, esperando que la larga distancia en caso de batalla le mantuviera con vida. Ciro no quería perder a su profeta y eso jugaba a favor de Poul.

—De cuerno de íbice o buey —explicó un hombre y Poul atendía a las explicaciones disfrutando de la sombra de su tienda de

campana. Esperaba no tener que utilizar el arco, pero debía conocer lo máximo posible el arma de los hombres que comandaba—. Los asirios hicieron bien al recurvar el arco, pero nosotros los mejoramos recurvándolos una vez más. Eh, ¿entiendes? Vienes de Babilonia, aprende a apreciar lo que te explico.

—Lo aprecio —dijo Poul de mala gana, el tono de su interlocutor estaba impregnado de superioridad.

—Lo aprecias, ya —dijo el arquero mirándole a los ojos—. Pues demuéstalo. Te desafío a un duelo con el arco. A veinte objetivos. Digo yo, que un hombre que dirige a los arqueros, no tendrá ningún problema en demostrar su superioridad, en mostrar esas habilidades que le hacen estar por encima de ellos.

Poul resopló, aunque en el fondo entendía al hombre. A él también le costaba acatar órdenes cuando se sabía superior a la persona que tenía que obedecer. Sin embargo, no estaba dispuesto a entrar en esa lucha de poderes.

—Mi función no es ensartar hombres. Es indicaros a qué hombres tenéis que ensartar. Y decidir a qué distancia disparamos y a qué distancia del enemigo nos retiramos. Porque dime, si es que has estudiado estrategias de campo, ¿cómo te defenderás con un arco de una espada en tu garganta?

El arquero se retiró con una sonrisa. Poul se alegró de que estuviera satisfecho con haberle puesto contra las cuerdas y no haber llevado más allá el desafío. Poul terminó de revisar los mapas, buscando localizaciones elevadas en las que posicionar a los arqueros o masas de árboles puntuales en las que esconderse de la caballería.

Su contribución se redujo a poco más, ya que Ciro no tuvo excesivos problemas para acabar con un ya de por sí acabado Imperio neobabilónico. Tras la conquista de Siria y Palestina, a Poul se le

concedió la libertad, haciendo honor así a la sabiduría y al buen juicio de Ciro el Grande. Y con su liberación, volvía a los brazos de una Chloe más que agradecida poniendo fin a la simulación.

21

PRESENTE

Montgomery, Alabama, Estados Unidos

Antes de volver de la simulación, el rostro inconsciente de Poul ya sonreía. Su sonrisa se estiró aún más al volver en sí, girar su cabeza y ver a su amada bebiendo agua, introduciendo el líquido en un cuerpo lleno de vida. Y sano. O eso esperaba.

—Bienvenido de vuelta. Buen trabajo, Poul. Buen trabajo.

El rostro feliz de su compañero pelirrojo comenzaba a ser una constante en la vuelta de cada simulación.

Poul no dijo más palabras. Sabía que estaban de más. Retiró los electrodos de su propio cuerpo y, sintiéndose libre de esas cadenas, se acercó a Chloe, recién curada. Ella le hizo un hueco en su camilla, él se recostó a su lado.

—Siento interrumpir este bonito momento —dijo Christiaan, acercándose a ellos—. Hay que hacer unas últimas comprobaciones. Tranquilo, Poul, no pongas esa cara. Todo parece que ha ido bien, que se acabó. Solo hay que hacer unas mediciones, y a casa.

Dejó que se llevaran a Chloe, pero solo porque su amigo pelirrojo le había guiñado el ojo. Después de la información que le había dejado en la biblioteca Lenox, solo se fiaba de él. Se alteró al escuchar desde el pasillo adyacente al quirófano la voz del presidente Jefferson. Nunca había pisado aquella zona de la clínica. Nunca. Y

ahora allí estaba, apoyado en el marco de la puerta sin importarle que se le arrugara su traje de Dormeuil hecho con tela Vanquish II con botones de diamantes.

—Buen trabajo —dijo el presidente mientras aplaudía lentamente—. Un trabajo excelente, señor Reenberg.

—Gracias. —Poul se sentó en la silla reservada para los familiares de los pacientes, siempre que consiguieran el poco frecuente permiso de estar presentes en la intervención—. Por la alabanza. Y por dejarme tratar a Chloe. No lo agradecí en su momento por orgullo, y ahora lo hago.

—¿Y qué? ¿Preparo tu nuevo contrato?

La sonrisa se esfumó del rostro de Jefferson. Normalmente, le buscaban a él para pedirle cosas, muy rara vez ocurría al contrario. Había escuchado rumores de que Poul había decidido finalmente no volver a MediTime y quería comprobarlo.

—Nah... —negó Poul. Ladeó la cabeza para poder mirar a los ojos azules de su presidente—. No funcionaría. No somos amigos. Mejor seguir caminos separados. Totalmente independientes.

—¿Ni siquiera lo piensas?

La lengua de Jeff ardía, él siempre se ponía en el lado ganador de las negociaciones, jamás insistía y mucho menos suplicaba.

—No, y un aumento en la nómina no servirá para convencerme —se adelantó Poul.

—Eres bueno, Poul. —Jeff dejó de apoyarse en el marco, adquirió una posición totalmente erguida con los brazos cruzados al pecho—. El único capaz de intervenir en mujeres, lo reconozco. Te agradecemos los servicios, la información que hemos obtenido con esta intervención. Pero igual que tú habrá más, ni eres el único ni serás el mejor. La ciencia avanza y si estás fuera te quedarás atrás.

Saborea tu posición privilegiada porque no volveré a pedirte que te quedes más veces.

—No hará falta —dijo Poul. Se levantó, se acercó a él—. Por el bien de ambos, conviene que nuestra relación acabe aquí. De manera definitiva y en todos los sentidos. Puedes amenazarme, jugar conmigo como si fuera una presa... Pero cuando las negociaciones incluyen a Chloe, se acaban. ¿Entiendes? Se acaban.

—Ya veo que hay personas a las que les cuesta tener la boca cerrada...

Jeff dirigió su mirada hacia todos los técnicos que recogían en la sala buscando algún delator.

—Chloe no tiene parientes orientales. No digo que a lo largo del tiempo sus antecesores hayan podido emigrar, pero el hecho de aparecer en Babilonia me pareció raro desde un principio —dijo Poul haciendo alusión a la información que había obtenido de mano de Christiaan. Las tensiones genéticas que había tenido que resolver en Chloe no habían aparecido de forma natural. Se las habían introducido a partir de otro paciente anterior de la clínica.

—Te necesitábamos aquí. Había que confirmar que no erraste al abandonar MediTime —se excusó Jefferson—. Sabíamos que no volverías... salvo que fuera para tratar a alguien muy querido. Métodos drásticos, pero que muestran nuestra fuerte apuesta por ti.

—Ya lo veo —dijo Poul sorprendido al ver que Jefferson reconocía los hechos de manera muy fría—. Ya me pareció demasiado generoso que me dejarais tratarla aquí. Realmente lo habías preparado todo para que yo viniera a suplicaros, para que siguiera trabajando para vosotros. Es muy cruel. No pienso perdonar ni uno de los segundos que la enfermedad ha hecho sufrir a Chloe.

—Pues si están las cosas claras, portémonos como adultos. Nosotros valoramos tu talento, pero tú no quieres seguir con nosotros.

Entonces Jefferson, al que sobre todas las cosas le desagradaba suplicar, se giró y terminó de hablar mientras abandonaba el lugar.

—Suerte en el futuro. Gracias por los servicios prestados.

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

Removía el vaso y los cubitos de hielo bailaban en el interior del güiski con la alegría que ahora mismo sentía Poul. Bebía con poca frecuencia, pero la visita de Christiaan a su casa era una increíble ocasión para hacerlo. De fondo en la televisión, el FC Copenhague marcaba al Sonderjyske el gol que con toda probabilidad le daría el título de la Superliga de Dinamarca. No eran apasionados del fútbol, pero como pocas veces habían hablado fuera de MediTime y no conocían sus gustos y aficiones, Poul había optado por algo socialmente aceptado en general: el fútbol.

—Me alegro de que hayas venido desde tan lejos a visitarme —dijo Poul, que no prestaba atención al partido.

—Y yo me alegro de verte, amigo —dijo Christiaan. Sonrió, pero detrás de esa sonrisa había algo que mostraba que no había hecho tantos kilómetros solo por cortesía.

—¿Qué tal todo por allí estos últimos meses?

Aunque el danés había intentado mostrar indiferencia hacia MediTime, había algo dentro de él que le impedía desconectar totalmente.

—Bien —el pelirrojo fue escueto, dio un sorbo a su Carlsberg. Aunque ya había probado antes esa cerveza, le parecía curioso beberla en su propio país de origen. La empresa había desarrollado su propia especie de levadura, la *Saccharomyces carlsbergensis*, para

fermentar la bebida alcohólica, lo que era algo científicamente curioso—. Todo igual, más o menos.

—¿Y las intervenciones con mujeres? —preguntó Poul como quien necesita sentirse único y necesitado.

—Bloqueadas, como siempre. Por eso te necesitaban tanto. Tú tienes un don con las mujeres. —Christiaan dirigió su mirada a Chloe, sentada en una silla frente a él. La mujer se ruborizó. Poul se sintió halagado, pero su compañero holandés no tardó en bajarle los humos—. Pero avanzarán, tarde o temprano. Se está desarrollando un fármaco que facilita las conexiones, hace que la unión entre interventor y paciente sea más tolerante. Digamos que sustituye ese talento natural que solo tú parece tener.

—Christiaan... —comenzó a decir Poul mirando al suelo, con temor a lanzar su siguiente pregunta. Se había prometido no darle más vueltas al asunto—. ¿Qué crees que traman?

—No lo sé —dijo Christiaan. Fue más cauto que sincero—. Tampoco debemos hablar de ese asunto. Apuesto que ya saben que he venido a visitarte. No quiero crear discordia.

—Entiendo. Visita amistosa. Que así sea. Estamos en la mejor ciudad del mundo para vivir, según la revista Monocle. Vayamos a ver los canales de Nyhavn, Tivoli...

—¿Por qué? —el técnico le cortó. Poul abrió los ojos, sorprendido, pidiendo más información—. ¿Por qué te fuiste sin más?

—La amenaza de Jefferson se extendió... —explicó Poul. Miró de reojo a Chloe, que se sintió aludida. Y triste—. Todos tenemos nuestro punto débil. Puedo vivir sin MediTime, pero no sin las personas a las que amo...

—Te rendiste... Te rendiste.

Christiaan se quitó las gafas, las limpió con su camiseta.

—Fui coherente —corrigió su amigo—. No había nada que alcanzar, por lo que el término rendición no creo que sea correcto.

—Te avisé de lo que estaban haciendo con ella —dijo el holandés y Chloe volvió a sentirse un estorbo—. Puede que me equivocara.

—No, Christiaan. ¡Por Dios! Hiciste lo que un buen amigo ha de hacer —dijo Poul. Estiró aún más su sonrisa—. Apuesto a que Jeff no está muy contento contigo después de haberme contado que introdujeron las tensiones genéticas en Chloe.

—Si lo sabe, no se ha manifestado. Deduzco que está al tanto, puede que dude de otros, pero no apostaría por ello. En cualquier caso, le interesaba que lo supieras para cumplir su amenaza. Pero cambiamos de tema. Te rendiste.

Christiaan le miró entonces con unos ojos desconocidos para Poul. Parecían arder.

—No me jodas, Christiaan. —Bastante le había costado a Poul evadirse de MediTime para que alguien viniera a pedirle explicaciones de por qué lo hacía—. Es una mafia. Y de las mafias se sale como un idiota o en una caja de madera. Prefiero lo primero, ¿sabes?

—No te lo conté para que te asustaras —dijo Christiaan. Apuró la cerveza—. Pensé que te enfadarías. Que la rabia ardería por dentro de ti. Tú eres así, Poul, eres impulsivo.

—Sí, y muchas veces me habéis pedido un razonamiento lógico. Bien, ahora lo tenéis, ¿no os gusta?

—No, no me gusta —dijo Christiaan señalándole inquisitivamente—. Tú no eres un perro dócil.

—Si lo fuera, seguiría en MediTime —confirmó Poul—. Soy un perro viejo. Como un cachorro me enfrenté a Jeff y no saqué nada bueno. Ahora soy un perro que sabe qué camino elegir.

—No he venido como visita de cortesía.

Christiaan cogió su maleta, sacó una carpeta que entregó a Poul.

—Lo sospechaba —dijo Poul. Eran amigos, ¿pero lo suficiente para jugarse su puesto de trabajo?—. ¿Qué es esto?

—Te lo resumo. Es un proyecto... único. Podemos hacerlo. Crear otro MediTime. Nuevo. Sin Jefferson, sin su política económica. Una clínica con la tecnología de viajes temporales al servicio de quien la necesite.

—Ahora tú también sueñas.

Poul suspiró. No había abierto la carpeta, pero se imaginaba que la propuesta era inviable.

—Yo tengo los conocimientos —dijo Christiaan poniendo su dedo en la sien—. Solo nos hace falta dinero.

—Está bien, voy a ver lo que llevo suelto en la cartera —ironizó Poul.

—¿Acaso crees que nos faltarían los inversores? La parte económica es la más fácil. Está todo bien detallado. —El pelirrojo señaló la carpeta—. Está demostrado que MediTime es un producto económico altamente rentable. No van a faltar especuladores que quieran meter su dinero en algo parecido. Sí, estaremos obligados a mantener una política capitalista inicial, que es precisamente de lo que queremos huir, pero será solo un tiempo. Para arrancar.

—¿Por qué? Christiaan, ¿por qué?

—Porque MediTime es una mierda. Una bestia empresarial que valora la ciencia en dólares. La tecnología que manejamos es... algo más.

Los ojos de Christiaan se volvieron acuosos.

—¿También quieres intervenir?

Poul esperaba haber acertado en el verdadero propósito de su amigo.

—Sí. Si es posible —reconoció el holandés—. Quiero decir, Jeff solo deja intervenir a los mejores porque un error puede hundir su reputación, las acciones. Pero creo que con una política de enseñanza más abierta no solo los mejores seríais los únicos capaces de intervenir a la larga. Enseñanza contra talento innato.

—Te entiendo. Apoyo ese pensamiento, de veras. Pero, sigo sin tener fe en un proyecto así.

—Si tú no tienes fe, ¿quién la va a tener? Eres la piedra angular del proyecto. Puedes intervenir en mujeres. Jeff todavía no tiene a nadie como tú. Podemos superarle. Hundirle.

—Agradezco tu confianza. Tu sinceridad.

Aunque realmente Poul no terminaba de fiarse de él. ¿Y si era un enviado de Jefferson poniendo a prueba su inactividad contra MediTime?

—Está bien, Poul. Está bien. Me obligas a contarte algo que ni yo he sabido discernir si conviene que lo sepas o no.

—¿Y qué es? —preguntó Poul. Se dio cuenta de que su amigo miraba a Chloe—. No, dilo delante de ella. No es una niña. De hecho, puede que la necesite para elegir la opción más sabia.

—De acuerdo. En MediTime no solo inocularon tensiones genéticas en ella —dijo Christiaan. Vio la mandíbula de Poul tensarse—. Aprovecharon para inyectarle un virus.

—¿Qué cojones?

Poul se levantó del sillón como un resorte.

—Un virus con ciclo lisogénico. Es decir, se encuentra latente y sin actividad en su cuerpo.

—¡Ya sé qué es un virus de ciclo lisogénico! ¡Lo que quiero saber es por qué y para qué se lo inyectaron!

—Cálmate, Poul. No es fácil de asimilar lo que voy a contarte —dijo Christiaan. No continuó hasta que Poul se hubo sentado—. El virus puede pasar a ciclo lítico cuando ellos quieran. Asumo que no dudas de la capacidad tecnológica de MediTime. Sí, pueden hacerlo. Y lo harán, en cuanto necesiten algo de ti.

—¿Para qué me cuentas algo así?

Poul comenzaba a hiperventilar.

—Para que te enfurezcas. Por lo mismo que te conté lo de las tensiones genéticas. Para que pongas todo tu empeño en destrozarnos. Forma parte de mi proyecto. Hundamos MediTime.

—¡No voy a hacerlo! —negó Poul. Le pareció que, de hacerlo, estaría asesinando a Chloe—. En cuanto se enteren de que les hago la competencia, activarán el virus.

—Parece paradójico, pero es tu única alternativa. Si participas, Chloe se convertirá en su única carta para jugar esta partida. El pánico les obligará a no deshacerse de ella. Solo sacan utilidad de ella como amenaza si está viva. De otra manera, estarás obligado a

obedecerles eternamente. Es el momento de conseguir la posición dominante en la negociación.

—¡Qué demonios! ¿Me pides que utilice a mi novia como una carta de un juego que no llego a entender?

—¿Puedo hablar?

Los dos se callaron al escuchar a la mujer, que se había mantenido en silencio en su sillón.

—Si es mi vida lo que está en juego, escuchadme al menos.

—Por supuesto —Christian se disculpó agachando la cabeza.

—Tú me pareces un científico loco con aires de grandeza, por lo que escucho —dijo Chloe señalando a Christian. Lo que había contado parecía una locura, puede incluso que fueran invenciones con algún tipo de interés, pero por dentro sentía que era cierto. No sabía por qué, pero tenía la sensación de tener una bomba de relojería dentro de su cuerpo—. Mi Poul no consigue sacarse MediTime de la cabeza por mucho que lo intente y no se da cuenta de que disimula muy mal. Pero mira que la llave para vuestras ambiciones resulta que soy yo. Bien, pues como mía es la decisión, digo que sí. Que asumo el riesgo que sea necesario. Que adelante con vuestras vidas, que no son unas vidas normales y no se quedarán en la mediocridad por mi culpa. Adelante, acabad con ese desgraciado de Jeff.

—Pues yo digo que no —dijo Poul más calmado—. Por una vez en la vida, eres tú la que habla desde las tripas, estás enfadada por lo que te han hecho y lo comprendo. Pero yo seré la lógica que tú siempre aportas y me niego rotundamente. Estos meses, con el Atlántico de por medio entre esa mafia y nosotros, nos ha ido bien. Y así nos seguirá yendo.

—Solo mientras Jefferson quiera —apuntó Christiaan—. Te tiene a su merced, y te pedirá algo antes o después. ¿Podéis vivir con la incertidumbre de no saber cuándo se le cruzarán los cables?

—Puedo vivir con la incertidumbre de no saber cuándo todo puede cambiar repentinamente. Todos lo hacemos a diario, nadie puede asegurar que vaya a seguir vivo para el siguiente amanecer —Poul se acercó a Chloe, la abrazó—. Pero no podría vivir con la certeza de haber sido el causante de su muerte.

Christiaan negó con la cabeza. Le pidió a Poul que al menos leyera el informe de su proyecto y se despidió de él. Le tendió la mano, su amigo la apretó con fuerza. Sintió que cada dedo apretaba con una sensación distinta: amistad, ambición, seguridad, coraje y locura.

23

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

Poul abrió la puerta de su habitación. Lo hizo por última vez. Lo que estaba a punto de ver le traumatizó de tal manera que sería incapaz de volver a abrirla. Había vuelto a casa tras su jornada de trabajo. Con sus referencias, no le había costado encontrar trabajo como ingeniero genético en el hospital local. Estaba bien. Pero no era lo mismo. Le gustaba lo que hacía, pero no le encendía las entrañas como una vez lo hizo la terapia regresiva de MediTime. En cualquier caso, nada podía ser peor que lo que estaba a punto de observar.

En la cama yacía Chloe. Inerte. Un olor agrio golpeó su nariz. Un golpe mucho más duro impactó en su corazón. Corrió hacia ella, le gritó. Su desesperación contrastaba con la nula reactividad de la mujer. Poul no tardó en comprender que estaba muerta. No respiraba, no tenía pulso. Un fluido se deslizaba por su boca y manchaba el lecho. No le importó que el vómito cubriera su boca, practicó la reanimación cardiopulmonar. No tuvo éxito. Llamó a urgencias. Durante la espera perdió la esperanza. Pasó de moverse agitadamente a sentarse en el suelo abatido, de calcular si sería más conveniente llevarla en su propio coche o esperar a una equipada y preparada ambulancia a darse un baño de impotencia, de no creerse lo que estaba ocurriendo a empezar a imaginarse la vida sin ella...

Finalmente, llegaron los servicios médicos. Tuvieron que tratar su ataque de ansiedad. Con ella no pudieron hacer nada. Más tarde la autopsia revelaría una sobredosis con barbitúricos letal.

24

PRESENTE

Birmingham, Alabama, Estados Unidos

Ni en la ciudad más grande de Alabama podía caber toda la tristeza que Poul sentía en aquel momento. El vuelo a Birmingham había sido tortuoso. Allí conoció a Chloe, y allí se despediría de ella. Pensar que compartía avión con el cadáver de la persona que más amaba... Paradójicamente, pensó que él ya no sería capaz de levantar el vuelo.

Se fundió en un abrazo doloroso con la familia de Chloe. *Pronto iremos a verlos*, decían constantemente desde que se habían trasladado a vivir a Dinamarca, país de origen de Poul. Y sí, lo cierto, es que habían vuelto a reunirse pronto.

El negro solía sentarle fenomenal a Chloe. Pero ahora, como vestimenta fúnebre, solo era una metáfora del color que había adquirido la vida de Poul.

25

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

A su vuelta a Dinamarca, Poul intentó recuperar su rutina diaria. Despertarse pronto, entrenar, intentar desayunar con un cuerpo incapaz de sentir hambre, ir al trabajo, volver de él, recoger el correo...

Recoger el correo.

Entre facturas y publicidad se encontró una carta inesperada, inesperada porque los muertos no tendían a escribir. Chloe aparecía en el remite. No fue capaz de leerla en aquel momento. Busco un lugar más adecuado. Ya en el puerto de Copenhague, con el mar en el horizonte y a sabiendas que de sus ojos caerían tantas lágrimas que sería capaz de elevar el nivel del mar, comenzó a leer.

“Querido y amado Poul. Perdón por hacer las cosas de esta manera, pero por primera (y última) vez, he decidido ser yo la impulsiva. O puede que esté usando la lógica, esa con la que a veces te excusas pero rara vez te aplicas.

Me voy. Me marcho. Para siempre. Diría que me quito del medio, pero no tomo esta decisión como un estorbo que sobra, que no tiene utilidad y que lo mejor que puede hacer es desaparecer. No. Siento que no lo hago por ese motivo.

Estos últimos meses no has sido tú. Solo has sido tú conmigo, pero no para ti. Tu corazón está vacío porque te han quitado lo que amas. Te han robado tu sueño y yo no quiero a un Poul sin sus sueños, porque sencillamente, no es el Poul que amo. Ya no te brillan los ojos, ni el corazón. ¿Qué podría hacer yo por ese Poul al que amo? Devolverle sus sueños.

Sé que si no fuera por mí irías detrás de Christiaan. Sé que anhelas aceptar su propuesta, emprender un proyecto en el que te sientes realizado. Viajar en el tiempo y curar personas. ¡Es algo de locos! Pero es algo realizable, y al alcance de muy pocos. Tienes un talento natural para ello y lo estás desperdiciando. No creo que la vida te lo haya regalado para omitirlo día sí, día también.

Y sé que no lo haces para protegerme. Temes enfadar a tus enemigos y que utilicen el poder que ahora tienen, el de acabar con mi vida. Bien, pues ya no lo tienen. Eres libre. Eres más que eso. Tomando esta decisión te libero y te obligo a que persigas tu sueño, a que honres mi memoria consiguiéndolo.

Parece estúpido, pero lo he pensado mucho. Es la única forma de hacerte feliz. Podría seguir viva mil años más, podría darte muchas más cosas, pero creo que ninguna de ellas se acercaría al valor de lo que ahora he hecho por ti. Creo que no puedo hacer otra cosa. Siento que es lo único que puedo hacer por ti. Todo se acaba, Poul. Pero por una vez, quiero que un final signifique un principio. El principio de tu felicidad.

Te amo, Poul”.

26

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

Poul entró en el Registro Mercantil de Dinamarca. Sus pensamientos se deslizaban por su cerebro como lo hacían las ruedas sobre la carretera que sobrevivía a su manera las bajas temperaturas del invierno. Las dudas que siempre se presentan antes de una gran decisión se esfumaron una vez el joven hubo entrado al edificio. Dejó un montón de papeles en la mesa del funcionario que iba a atenderle y se sentó frente a él.

—Buenos días —le dijo el trabajador de manera formal.

—Y tan buenos.

Poul sonrió.

—A ver si está todo bien... —dijo el funcionario. Se puso a ojear la documentación entregada. Se sorprendió al ver que faltaba uno de los datos más importantes—. Disculpe, pero no aparece el nombre de la empresa que quiere crear.

—Ya, es que... —dudó Poul rascándose una barba que llevaba varios días sin afeitarse—. Es que todavía no me he decidido.

—Sin nombre de empresa no puedo tramitar la documentación —el hombre dijo una obviedad.

—¿Qué tal si ponemos destrozarnos a Jefferson? —ironizó Poul sonriendo. Se apoyó en el respaldo de la silla—. No, mejor pon darle por el culo a MediTime.

—Señor Reenberg...

El funcionario no supo cómo reaccionar, nunca en sus aburridos años de trabajo se había encontrado algo así.

—Pido disculpas. —Poul estaba bromeando pero tampoco quería ser maleducado—. Es que la decisión final la he tomado conduciendo hacia aquí. Barajaba varios nombres hasta entonces. Como comprenderá, no iba a escribir al volante. Déjeme un bolígrafo.

Poul escribió el nombre de su nueva empresa en la documentación. Sonrió satisfecho. Después firmó todo lo necesario. Lo hizo con fuego. Arrastraba el bolígrafo de tal manera que parecía estar escribiendo con su propia sangre. Se dejó llevar por el odio. Había prometido venganza. Sin duda, la llevaría a cabo. Salió del edificio mirando al cielo, prometiendo que el sacrificio de Chloe no sería en vano. Sacó su teléfono móvil y escribió un mensaje.

Christiaan, que empiece el juego.

JON ÍCARO



PRESENTE

Washington D.C., Estados Unidos

La sala de prensa de la Casa Blanca mostraba la agitación normal previa a un discurso presidencial. Los escasos y afortunados periodistas que habían conseguido acceder ocupaban sus posiciones. La bandera de Estados Unidos, ante aquel fondo azulado, se preparaba para escuchar decisiones importantes que afectarían al país que representaba. Elizabeth Clayton, primera mujer en ocupar el cargo de presidenta de los Estados Unidos, se preparaba para explicar las medidas que se iban a aplicar en lo referente a la política exterior, más concretamente en el aspecto militar. No se esperaba ninguna sorpresa. Clayton había basado la campaña que le había llevado hasta su puesto actual en el pacifismo. Más que si se iba a eliminar la presencia militar en algunos países en conflicto, el interés estaba en saber cuándo y a qué ritmo se iba a hacer. Finalmente, la presidenta apareció ocupando su posición al frente de los periodistas. Su rostro, maduro pero juvenil, bajo la larga melena castaña, mostraba esa firmeza a la que ningún opositor había conseguido hacer sombra.

—Bienvenidos. Gracias por venir y por vuestra tarea de informar al pueblo norteamericano y al mundo en general —dijo la presidenta y, aunque ya no estaba en campaña, lanzó una amplia sonrisa. Continuó su discurso, apoyándose en los documentos que tenía delante—. Me dispongo a comunicar las medidas militares que vamos a adoptar a lo largo de estos meses, motivo por el cual

estamos aquí reunidos. Sabéis que la guerra es un mal creciente, una oscuridad que hay que extirpar a este mundo. Sabéis que...

En este punto, la presidenta guardó silencio. Los periodistas comenzaron a murmurar. Más allá de una pausa dramática, parecía que la oradora tenía dudas. De repente continuó su discurso con vehemencia. Dejó de leer sus papeles.

—¡Hay que acabar con las guerras! Siegan vidas, inutilizan otras, marcan de por vida a aquellos que las sobreviven a costa de perder seres queridos —dijo Clayton. Los presentes afirmaban, la presidenta seguía con su discurso en contra de todo lo militar. Clayton cerró el puño, con rabia—. Por eso... ¡Por eso vamos a aumentar la presencia militar en las zonas en conflicto! Aumentaremos nuestras bases militares en el resto del mundo, enviaremos tropas allí donde se necesite para mantener el control, aumentaremos el número de soldados y la intensidad de nuestra maquinaria bélica, sin importar lo que el resto del mundo u organizaciones expresen, sin obedecer los límites que se nos impongan. Sí, queremos acabar con la guerra. Y para ello pondremos todo el empeño necesario, el que quiera apretar el gatillo contra alguien tendrá que enfrentarse a todo nuestro poder. Así es como conseguiremos la paz.

Se hizo el silencio. El poderoso discurso de la búsqueda de la paz mediante la dominación absoluta les había cogido de sorpresa. Comenzó el turno de las preguntas. La primera era evidente.

—Señora presidenta —dijo uno de los periodistas, incapaz de ocultar el asombro en su rostro—. Usted basó su campaña en el pacifismo, por lo cual no se entiende una política de crecimiento militar y de mayor presencia en el extranjero.

—Se entiende —contestó Clayton. El periodista juraría que la presidenta tenía los ojos rojos—. Se entiende al escuchar a las víctimas de la guerra. Al ocupar este cargo y llenarme de responsabilidad, soy incapaz de mirar a la cara a una persona que ha

perdido todo a causa de la guerra y de decirle que no voy a ayudar a que algo así no ocurra más. Soy incapaz de decirle que teniendo el poder de movilizar un ejército capaz de poner fin al conflicto, no lo hago.

—Entonces damos vueltas —el periodista agotó su segunda oportunidad—. Volvemos a la política de intervención medida que solo alarga conflictos.

—Y ahí está la clave del *neopacifismo* —la presidenta utilizó una nueva palabra—. Intervenir, sí, pero en una escala superior que permita poner fin al conflicto rápidamente. Que demuestre que quien utiliza un arma, lo hace contra sí mismo. Que no hay perdón. Que el precio a pagar por utilizar la vía bélica es el máximo y el castigo por arrebatarse la vida ajena es total.

—Pero —continuó un segundo periodista más afín a la oposición—, las acciones anunciadas son justamente lo contrario a lo prometido en el programa electoral.

—Sí, pero, ¿cómo se sentiría usted si asesinaran a uno de sus familiares? —preguntó la presidenta. El periodista tragó saliva—. Pues de tal manera hemos de responder, como si el causante de la guerra estuviera derramando sangre propia.

PRESENTE**Copenhague, Dinamarca**

—Estás muy feo con esa barba.

Poul Reenberg respondió con una sonrisa a la amistosa provocación de Christiaan. Pero era cierto. El exceso de barba junto a su caótica melena negra mostraba más dejadez que un cambio de aspecto. El vello facial no conjugaba bien con aquellos mofletes de bonachón. Poul seguía con sus ojos color azul oscuro clavados en el monitor de su ordenador en aquel despacho que intentaba alejarse del lujo en todos sus aspectos. Los muebles eran de la famosa empresa mobiliaria del país vecino y en las paredes primaba más las frases optimistas que la pintura, en este caso amarillenta, de calidad. Poul desvió la mirada para dirigirla hacia su amigo.

—Joder, Christiaan. Ni cosquillas les hacemos. MediTime parece no estar afectada por nuestra competencia —se lamentó el danés. Resopló—. Abrimos esto para llevar a pique sus cifras y nada, no parece que le molestemos mucho. Ni una queja. Tampoco pido una amenaza de muerte, que ya sabemos de lo que son capaces, pero estoy deseando ver un enfado causado por nuestra actividad.

—Hay clientes de sobra —dijo su amigo pelirrojo mientras seguía leyendo el periódico al otro lado del escritorio. Se había quitado la perilla en señal de renovación, lo que le daba un aspecto

más juvenil en conjunto con aquellas pecas que se extendían por sus mejillas—. De todas formas tampoco te fíes de lo que salga en Internet. Pero sí, parece ser que hay demanda de sobra para los dos centros. Demasiados ricos por el mundo.

—Lo que me preocupa es la cantidad de pobres entonces, que abundan más que los ricos.

Poul añadió a su frustración empresarial la frustración de sus siempre altruistas ideales.

Las expectativas no se habían visto cumplidas en absoluto. Con la fundación de MediTrue, llamada así para acentuar la falsedad de MediTime, esperaban golpear duramente a la corporación a la que habían pertenecido. En primer lugar, la nueva empresa acababa con el monopolio de MediTime. Además, poseían la exclusividad de tratar a mujeres, ya que hasta el momento solo Poul Reenberg era el único capaz de tratarlas. Christiaan se había llevado de allí los conocimientos necesarios. Los inversores no habían tardado en acudir visto lo lucrativo del negocio. Ahora, los pacientes tenían alternativa. Y en muchas ocasiones, elegían Dinamarca para disfrutar de los servicios de la nueva empresa. Pero las acciones de MediTime continuaban subiendo. Y sobre todo, lo que más dolía, era que no sonaba el teléfono, que no aparecía ningún correo electrónico, ninguna señal de que Jefferson, presidente de MediTime, estuviera afectado por la aparición de competencia. Tanta indiferencia les crispaba, en especial a Poul. Christiaan buscaba con la nueva apertura una empresa más humana, aunque de momento seguían atados a las exigencias de los inversores que buscaban beneficios como buitres. Pero para Poul, la nueva empresa era una venganza personal. Quería hacer daño a Jefferson, y hacer daño económico a MediTime le parecía una de las cosas que más podían dolerle al magnate. Poul utilizó unos informes para darse aire, se acaloraba cuando pensaba en aquel hombre y el daño mortal que había hecho a la persona a la que amaba.

En cualquier caso, tenían que centrarse en su trabajo y unos golpes en la puerta del despacho indicaban que había que ponerse a trabajar. Por la puerta entró un hombre que rozaba los dos metros de altura con un cabello escaso y canoso del que intentaba evadirse rapándose. Su rostro parecía un protocolo, sus facciones extremadamente serias y duras reflejaban una formalidad acentuada por unas gafas sin montura, una camisa sin arruga alguna y un pantalón negro como el carbón. A su lado, avanzaba una muchacha que apenas le llegaba a la altura del pecho. Su melena castaña poseía un flequillo que cruzaba su rostro dándole un aspecto aún más juvenil. Porque parecía una niña, más que por su aspecto por la alegría que irradiaba. Poul no supo encontrar la causa de esa emisión de positivismo en una cara dentro de los parámetros de la normalidad, fina y bonita pero sin una belleza excesiva. Unos ojos castaños, una nariz de tamaño medio quizá un poco puntiaguda de más... Una joven de diecinueve años normal. Pero transformada en un extraño radiador de felicidad. Christiaan cerró el periódico, cedió su asiento frente al escritorio y se mantuvo de pie a un lado. Observó a los recién llegados deteniendo su mirada un segundo de más en el interesante escote que la camiseta de tirantes color verde vivo que llevaba la muchacha ofrecía.

—Bienvenidos. Un placer atenderle, señor Caristeas —dijo Poul mientras tendía su mano a los nuevos clientes para saludarles y les invitaba a tomar asiento.

—El placer es mío, señor Reenberg —dijo Caristeas. Se sentó, la joven hizo lo propio a su lado. La muchacha sonrió y Poul descubrió dónde estaba el origen de su radiación positiva. Su sonrisa. Una magnífica sonrisa, con dos hoyuelos que la hacían más poderosa—. Las apariencias no están a la altura de su fama, espero que los resultados sí.

—Estarán a la altura del informe que recibió tras su petición de ayuda —se defendió Poul. Ya estaba acostumbrado a manejar las

exigencias de los que creían que unos cuantos ceros en la cuenta les posicionaba por encima de los demás.

—Esta es mi hija. Calandra Caristeas.

Señaló a la joven.

—Cecé —corrigió ella estirando aún más su característica sonrisa. Se ajustó las gafas que tenía sobre su cabeza, justo antes del flequillo—. Por la letra que inicia tanto mi nombre como mi apellido.

—Gracias por la aclaración —dijo Poul—. Parece tener mejor aspecto que el descrito en su historial médico.

—Los ataques son puntuales. Lo pone en su historial —atacó Caristeas.

—Pero sus consecuencias no lo son tanto —volvió a defenderse Poul.

—Eh, ahora estoy bien —intervino Cecé mientras alzaba los hombros—. No vayáis a contaminar mis momentos de estar bien con discusiones.

—Deduzco que podéis tratarla —dijo el padre—. De lo contrario me habríais evitado este largo viaje.

—Podemos estudiar el caso —interrumpió Christiaan. Le tocaba el turno al cerebro de la operación. Poul se relajó en su asiento y dejó seguir al pelirrojo de pelo rizado con sus exageradas gesticulaciones—. No podemos confirmar que la causa de su enfermedad sean las tensiones genéticas. Necesitamos un estudio previo.

—¿Y a qué esperamos? —escupió el siempre inconforme Caristeas con arrogancia.

—A que firme el consentimiento.

Esta vez fue Poul el que defendió a Christiaan extendiendo unos documentos.

—Firmados. Así que, a partir de ahora ya estamos perdiendo el tiempo

Christiaan se movilizó. Invitó a la muchacha a seguirle. Antes de abandonar la estancia, la chica se giró en dirección a Poul.

—Cecé. No lo olvides. Ni se te ocurra llamarme por mi nombre real.

Y antes de desaparecer junto al pelirrojo, la chica le guiñó un ojo.

—Bien —continuó Caristeas cruzando una pierna sobre la otra y poniendo la mano derecha en su barbilla—. Ahora que estamos solos, ¿cuál es el secreto? Con sinceridad, las instalaciones de MediTime me parecían más serias.

—Vaya, creía que sus primeras preguntas iban a ser sobre el pronóstico de la intervención —dijo Poul sorprendido.

—En MediTime no han sido capaces de curarla. ¿Por qué aquí sí podríais? —dijo Caristeas mientras miraba alrededor queriendo mostrar que las instalaciones de MediTrue eran más rudimentarias.

—Porque no son capaces de tratar a mujeres —dijo Poul disfrutando de su superioridad—. Por lo visto, soy el único que puede hacerlo. Es decir, que nuestro potencial está en el personal. No todo es material en el mundo, señor Caristeas.

—Ya lo veremos, señor Reenberg. Ya lo veremos.

Caristeas le miró fijamente a los ojos.

Tras informarle de los procedimientos de la intervención, Poul le ofreció a Caristeas una guía de los mejores lugares cercanos en los

que descansar o que visitar para amenizar la espera. Tras la despedida, Poul se quedó pensando sobre el interés de su cliente en MediTime.

PRESENTE**Copenhague, Dinamarca**

El quirófano de MediTrue era calcado al de MediTime. Ahí Poul no había querido arriesgar. Quería intervenir en las mismas condiciones que lo había hecho anteriormente para evitar que cualquier variable inesperada perjudicara al proceso. Cuando entró, tanto Christiaan como el equipo técnico que había contratado ya estaban terminando de preparar todo lo necesario para la intervención.

—Doctor, ¿saldré viva de la operación? —preguntó la paciente. Una carcajada mostró el tono jocoso de la pregunta de Cecé, que seguía de pie a pesar de que ya le habían invitado varias veces a tumbarse en la camilla.

—Seguramente. Si no, no te preocupes. Tampoco te enterarás.

Poul le devolvió la broma mientras se quitaba la camiseta para permitir que le colocaran los electrodos. Cecé se mordió el labio al ver el torso esculpido del interventor.

—¿Por qué no voy a enterarme? ¿Me vais a anestesiarse? Uy, a ver lo que haces conmigo cuando esté sin conocimiento...

Cecé le lanzó una mirada felina.

—Te vamos a anestesiarse —interrumpió Christiaan—. Es conveniente que la actividad cerebral sea básica, limitada, eso asegura

la estabilidad de la conexión. Es conveniente sobre todo con personas hiperactivas como tú.

—Normalmente, las patologías son tan graves que los pacientes están sin consciencia. Rara vez encontramos un caso como el tuyo en el que intervenimos a alguien que no está inconsciente —añadió Poul—. En MediTime incluso se evitaba el contacto previo, se decía que era necesario no empatizar. No es cierto. Se hacía por secretismo, para que el contacto entre interventor y paciente fuera mínimo. Ahora sabemos que el contacto previo mejora las conexiones.

—¿Conexiones?

Cecé resopló para mostrar su desagrado por los tecnicismos.

—¿Cómo funciona realmente todo esto?

—Te lo explicaré —dijo Christiaan. A menudo, todo el mérito se lo llevaban los interventores, así que cuando se requerían conocimientos teóricos le gustaba demostrar quién era el mejor en ese ámbito—. El ADN define lo que somos, nuestro cuerpo y nuestras capacidades físicas, que están limitadas a él. Cuando nos ocurre un suceso traumático que pone nuestro organismo al límite, que sobrepasa nuestras capacidades, el ADN intenta cambiarlo para poder afrontar la nueva situación. Pero como bien nos enseñó Darwin, la presión del ambiente no modifica al individuo, sino a la población a lo largo del tiempo y...

—Eh, eh, suspendí biología creo que... ¡todos los cursos!

Cecé puso cara de asco.

—Entiendo, resumo —dijo Christiaan—. Ese intento limitado del ADN de cambiar para mejorar el organismo hace que se generen tensiones genéticas...

—Yo sí que me estoy poniendo tensa —interrumpió de nuevo la muchacha para disgusto del técnico.

—Lo que quiere decir Christiaan es que las situaciones traumáticas que han sufrido tus antepasados quedan grabadas en ti. —El holandés se resignó y dejó a Poul que explicase la situación, supuso que era más fácil que los limitados de mente se entendieran entre sí—. Por suerte, tenemos máquinas que saben leer esa información y que pueden recrearla en mi mente para mandarme al pasado a resolver esas situaciones clave.

—¡Ala! —dijo Cecé sorprendida—. Es decir, que vamos a ir al pasado a solucionar las cagadas de mis antepasados.

—Voy a ir —aclaró Poul—. Virtualmente. Y más que al pasado, a la recreación de un pasado por parte de tu cuerpo.

—¿Qué me pasa? —Cecé preguntó por su enfermedad. Era la primera vez que había visto triste a la chica. La muchacha se permitió estar triste solo un segundo, sacudió su cabeza y volvió a sonreír con su alegría característica—. ¿Voy a dejar de estallar y llenarlo todo de sangre? Mira que cuesta quitar los restos de sangre de la ropa...

A menudo, y al parecer sin motivación alguna, el cuerpo de Cecé sufría explosiones sanguinolentas. Sangraba, y además con fuerza, por todos sus orificios. Por la boca, por la nariz, por los oídos... También lo hacía por dentro. Era como si todos los órganos se convirtieran en un colador con agujeros microscópicos, se vaciaran, y el exceso de sangre buscara cualquier salida para escapar de su cuerpo. Tan rápido como se hacían las heridas, se cerraban. Pero el impacto dejaba a la muchacha una semana agotada, obligándole a un reposo que odiaba. No habían encontrado explicación a tal suceso. El análisis genético previo de Christiaan tampoco había podido asegurar que la causa se debiera a tensiones genéticas. No habían tenido ningún paciente así, por lo que no había registros con los que comparar. Habían llegado a la conclusión de que la única manera de comprobar si existía defecto genético era intentar la conexión. Si funcionaba, es que lo había. Y para eso estaban allí.

—Te vamos a curar —dijo Poul mientras se tumbaba en su camilla y señalaba a la que había a su lado para que Cecé hiciera lo mismo—. Ahora relájate.

Se miraron y hubo un duelo de sonrisas. Christiaan hizo las últimas comprobaciones. Levantó una mano para avisar a su equipo de que comenzaba la cuenta atrás. Poul cerró los ojos. Había aprendido a transformar los nervios previos a una intervención en emoción. Y ahora, como siempre que cumplía su sueño de intervenir, estaba muy emocionado.

30

1200 a.C.

Ática

Poul entró relajado en la simulación. Cada vez era más experto y controlaba con más eficiencia el proceso de conexión. Además, conocer previamente a la paciente hacía que las conexiones cerebrales fueran menos violentas. En MediTime se impedía todo contacto con los pacientes y eso dificultaba la operación.

Miró alrededor. Su primera impresión fue que había sido trasladado a un campamento militar griego. Debido al origen griego de la muchacha, era de esperar que fuera enviado a la rica historia de la Antigua Grecia. *Un campamento militar, qué original;* pensó Poul. La mayoría de los sucesos traumáticos los originaba la guerra y ya eran muchas las veces que Poul había aparecido en un campamento en el inicio de una simulación. Sin embargo, al prestar más atención, aquello no parecía un asentamiento al uso. No había tiendas de campaña, ni siquiera un orden establecido que sugiriera algún tipo de jerarquía. Había una sensación de derrota que reinaba en el ambiente. Hasta la vegetación que pisaban empezaba a adquirir un tono seco, marrón. Observó su propia vestimenta, una simple túnica blanca. En sus pies había un *aspis* en forma de ocho y una lanza. El escudo estaba formado por dos lóbulos cubiertos por cuero secado y tensado. Varios gusanos se desplazaban sobre él, como si estuvieran esperando la muerte de algún guerrero para devorarlo.

—Ten, es de lo poco que nos queda ya —dijo un hombre que le ofrecía un cuenco con una sopa de lentejas. Poul lo tomó por cortesía, no le gustaban las lentejas. El hombre se sentó a su lado, ocupando la misma roca en la que él descansaba—. Ática no es un mal lugar.

—La guerra, que le quita el sabor a las cosas —dijo Poul mostrando la falta de algún trozo de carne, o de al menos un chorro de aceite que diera sabor a la sopa. De paso, esperaba obtener algún comentario que le informara de la situación.

—¿La guerra? —El hombre se alteró, no tiró su cuenco de comida al suelo por la rabia porque sabía que no habría segundo plato para él—. Si al menos las penas se debieran a la guerra, las asumiríamos con hombría. Pero huimos. Solo huimos. ¡Escapamos de los dorios quemando las granjas que nuestros hombres han cultivado con gran esfuerzo para no alimentarles en lugar de defenderlas!

Así, Poul pudo entender que se encontraba entre un grupo de jonios que huía de la invasión dórica. Los dorios estaban desplazando a los aqueos al Peloponeso, a los eolios a Tesalia y Beocia y a los jonios al Ática, a las Cícladas y a Eubea. Muy atrás había quedado la civilización minoica, la primera civilización avanzada que había surgido en la isla de Creta. También había quedado atrás el auge de los aqueos y de la civilización micénica. Ahora tocaba huir. Y la misión del grupo al que pertenecía ahora Poul era hacer arder los cultivos para que al menos los dorios no se asentaran en sus tierras con el plato en la mesa. Antes de acabar las insípidas lentejas, el grupo retomó la marcha.

Siguiendo la ruta establecida, llegaron a otro núcleo rural. Allí, los mejores oradores explicaban la situación y daban un tiempo para que los lugareños se prepararan para el éxodo. Sin embargo, esta vez

había más resistencia de la normal a abandonar el hogar. Una clara muestra fue una familia que continuaba echando agua a sus cultivos.

—¡Es nuestra comida! —gritaba el que parecía el padre de familia mientras continuaba con sus tareas agrarias—. ¡No la vamos a quemar!

—Entiendo tus pensamientos —decía el portavoz del grupo militar—. Si es vuestro deseo permanecer aquí y morir cuando lleguen los dorios, nos parece bien. Pero si se hacen fuertes con vuestro alimento, entonces el problema es nuestro. No vamos a pagar con nuestra vida vuestra obstinación.

—Y yo digo que podéis seguir vuestro camino, que aquí nadie os reclama —volvía a avisar el agricultor.

—Atiende a la sensatez —dijo el jefe militar golpeando el escudo con su lanza, por si la amenaza ayudaba a que el terco labrador entrara en razón—. La mejor opción para todos es dejar estas tierras, reduciéndolas antes a cenizas.

—Es la mejor opción si dejáis que la cobardía se pegue a vuestro culo.

De la casa hecha con piedras que había detrás del dueño de aquel terreno salió el resto de la familia para apoyarle, aunque solo fuera con su presencia.

—¿Cobardía? —preguntó el líder militar escupiéndolo al suelo—. Valentía es la que tenéis los que todavía no habéis combatido contra los dorios, los que todavía no habéis sido atravesados por una lanza o los que no habéis recibido una espada con vuestro estómago. Te digo que no te estoy dando una orden, sino un poco de sabiduría. Y me dices, como un necio, que no la quieres.

—Te digo como un hombre que defenderé lo que es mío.

El campesino agarró con más fuerza los aperos de labranza.

—Pues si no son las palabras las que entran en tu mente que lo haga el metal —amenazó el hombre desenvainando su espada corta—. No dejaré yo que mis enemigos se hagan más fuertes por tu tozudez.

—Pues igual te meto yo este palo por el culo para que no te salga por ahí la cobardía, ¡cagón!

El agricultor levantó un palo de varear olivos. La hija del campesino no pudo evitar reírse ante ese comentario. Y Poul reconoció aquella sonrisa. Era la de la representación de Cecé. Se apresuró a ponerse entre el hombre y el grupo de soldados antes de que estos se cebaran con él.

—Está bien, ¡está bien! —dijo Poul mientras intentaba retener a la masa de hombres con los movimientos de sus brazos—. No somos enemigos los unos de los otros. ¿Por qué no pensar en otra alternativa?

—¿Acaso la hay? —dijo el jefe militar, molesto por la interrupción. Pero al menos, parecía dispuesto a escucharle.

—Imagino que ese hombre no es el único que quiere luchar para proteger a su familia. Los que quieran arriesgar su vida en tal honorable misión, que lo intenten. El que no tenga fe, tiene derecho a marcharse.

—¿Acaso no escuchas? —dijo el líder. Lanzó su escudo al suelo en un gesto de desesperación—. ¿Acaso no entiendes la importancia de la misión de nuestro grupo? Quemamos las granjas para que los dorios no puedan alimentarse. No podemos detenerlos por la fuerza, pero puede que el hambre...

A partir de ahí, Poul dejó de escuchar. Dedicó toda su atención a sus propios pensamientos. Había tenido una idea. El hombre tenía razón. La guerra podía solucionarse desde la cocina. Y tras exponer su plan, no obtuvo el apoyo esperado, pero al menos sí consiguió el

permiso para que le dejaran quedarse a luchar permitiendo la permanencia de los cultivos sin hacerlos arder. Como agradecimiento, fue invitado a cenar en la vivienda del agricultor.

—Gracias por mediar —le dijo el hombre mientras ordenaba a su mujer que les sirviera unas tortas de harina de cebada—. No sé qué hubiera pasado sin tu intervención.

—Hacen lo que creen mejor, es difícil pensar con la desesperación en la cabeza. Me gustaría hablar con su hija.

Poul dio un mordisco a la torta, en su opinión algo insípida.

—¿Con mi hija?

El agricultor hizo un gesto de sospecha, pensó que el invitado buscaba su recompensa por haber intercedido por él.

—Solo hablar —le calmó Poul.

—La haré venir. ¡Eunice! —gritó el hombre—. ¡Eunice! ¡Ven aquí!

—Dime, padre.

La muchacha apareció de inmediato, pareció que estaba cerca espiando.

—Este hombre quiere hablar contigo.

Poul fue señalado. La eterna sonrisa de Cecé se dibujó en el rostro de Eunice.

—¿Y en qué podría yo contentarle?

La sonrisa se volvió algo pícaro.

—¿Tienes alguna preocupación en este momento? ¿Hay algo que te cause desazón?

Poul quería asegurarse de que el origen de la tensión genética era el inminente conflicto armado.

—Nada. En absoluto.

—¿Solo te preocupa el ataque de los dorios? —insistió Poul.

—Ni eso. —Eunice elevó los hombros—. Ni siquiera la guerra me preocupa.

Poul estaba confuso. Si la guerra no le preocupaba, ¿cuál sería la causa de la tensión genética que estaba intentando resolver? Bueno, puede que Eunice no hubiera conocido la guerra todavía y por eso no era consciente de lo que estaba a punto de llegar. El interventor pidió un lugar de descanso y continuó pensando en su plan mientras descansaba tumbado en un *kline*. Tenía que estar todo preparado para la llegada de los dorios.

Tardaron cuatro días en aparecer. En ese tiempo, cuanto más hablaba Poul con Eunice, más convencido estaba de que la muchacha no albergaba preocupación alguna. Ni siquiera cuando los dorios se observaban en la lejanía la muchacha perdió la sonrisa. Tampoco cuando, en aquel momento, llegaron a las cercanías de los cultivos.

—¡Tenéis que aguantar esta posición! —decía Poul a los pocos hombres que habían decidido quedarse con él y combatir. El ingenio de su estrategia le había hecho ser respetado y todos le habían aceptado como líder—. Si no aguantamos, de nada servirá nuestro empeño.

Poul había colocado los hombres en tres líneas en los bordes del poblado. Los pueblos griegos todavía no habían desarrollado la formación en falange que tanto necesitaba para resistir en minoría numérica, pero esperaba que sus hombres fueran capaces de aguantar los primeros lances de la batalla. Y él. También tendría que resistir.

Ya sabía lo que significaba morir o ser herido en una simulación. Aparte de la desconexión inmediata con el consecuente fracaso, le tocaría despertar con un dolor irresistible. Las heridas no eran reales, pero sí el dolor que causaban. En casos extremos, la alteración corporal podía llevar al interventor a la muerte. Por eso, comenzó a respirar agitadamente al ver a los dorios con sus túnicas rojas descender de la colina en dirección a ellos.

El primer impacto se resistió con valentía. Poul y los suyos consiguieron mantener la formación unos minutos, utilizando los escudos como una muralla y atacando con las lanzas para repeler a los enemigos. Pero cuando empezaron a ser rodeados, no hubo más remedio que deshacer las filas y luchar hombre contra hombre. Poul dejó la lanza y agarró la *labrys*. Sin embargo, no fue necesario usar el hacha de doble filo. Cuando la formación se disgregó y el joven se quedó sin el apoyo cercano de sus compañeros, no se atrevió a lanzarse a desgarrar carne enemiga. Tampoco tenía sentido combatir si les rodeaban completamente, por lo que gritó la orden de retirada, que se propagó entre los hombres como lo hace el fuego en un charco de gasolina. Los hombres de Poul huyeron, por suerte la persecución duró poco, puede que por el temor de los dorios a sufrir una emboscada o por creerles poco relevantes.

Tras una hora de camino y ya con el sudor seco, los supervivientes de la contienda llegaron al punto de encuentro acordado con el resto de aldeanos que habían evacuado el poblado.

—¿Qué? Derrotados, ¿no? —preguntó el labrador al ver llegar a Poul. Le ofreció un recipiente con agua.

—Tal y como esperábamos.

Poul bebió, una vez se hubo relajado la sed empezó a azotarle por dentro.

—¿Habéis perdido? —dijo Eunice que, tras ver llegar a Poul, había corrido a su encuentro.

—Hemos ganado.

Poul sonrió como lo hacía cada vez que triunfaba con sus ingeniosas estrategias.

—No lo entiendo —dijo la muchacha mientras se emparejaba el cabello castaño.

—No podíamos vencerles en batalla. En eso estábamos todos de acuerdo. Pero tu padre se negaba a abandonar las tierras como un cobarde —dijo Poul. El agricultor confirmó inclinando la cabeza—. Sabía que tu padre, y la parte del poblado que le respeta, no se marcharían de manera cobarde. Así que propuse una falsa lucha. Un engaño. Combatir durante unos breves instantes para que los enemigos creyeran que queríamos defender nuestras tierras y huir.

—¡Ah! Ya entiendo, así nos vamos pero al menos podemos decir que lo hemos intentado hasta el final, que nos atrevimos a luchar contra los dorios a pesar de su superioridad —dijo Eunice. Puso cara de atar cabos.

—¡No! —dijeron Poul y el agricultor al unísono, pero fue el interventor el que continuó la explicación—. Les hemos hecho creer que han ganado, que intentamos defender lo que ahora es de ellos. Lo que ahora aceptarán como premio. Si nos hubiéramos ido sin más, habrían sospechado. Pero ahora tragarán unos cereales y unas verduras envenenadas. Esa era la clave. Hemos envenenado los cultivos. Esos hombres morirán en unos días, y entonces verán de qué lado está la victoria realmente.

—Cierto —añadió el padre—. Me negaba a que los cultivos, el trabajo de todo un año, fuera simplemente reducido a cenizas. Pero si ese trabajo sirve para matar a unos cuantos dorios, en lugar de ser un simple aldeano derrotado, ¡me convierto en un héroe de guerra!

Eunice comenzó a reír. Su risa fue tan contagiosa que pronto Poul se unió a las carcajadas. También lo hizo el padre de la muchacha. Poul lamentó que aquel buen momento llegara a su fin, pues todo a su alrededor se convertía en oscuridad como cada vez que acababa una simulación.

31

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

Cuando Poul volvió en sí en el quirófano de MediTrue, le sorprendió ver que Cecé había recuperado el conocimiento antes que él. La muchacha se levantó de su camilla a pesar de las advertencias y se acercó a él.

—¿Cómo estás?

Poul se sorprendió. Normalmente, era él o los técnicos los que hacían esa pregunta en lugar de recibirla.

—Estoy bien.

Y lo estaba. Conocer previamente al paciente también ayudaba a las desconexiones, tanto que los dolores de cabeza y los desajustes corporales eran casi ausentes. Por eso, en MediTrue no había habitación de recuperación.

—Ha estado guay, ¿eh? —dijo Cecé entusiasmada—. Bueno, realmente no me acuerdo de mucho, ha sido como despertarse de un sueño. Pero, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¡Parece que hemos estado días durmiendo!

—Solo un par de horas —aclaró Christiaan mientras recogía el cableado y analizaba los datos.

—Quiero hablar con Caristeas —dijo Poul cambiando el curso de la conversación—. Hay cosas que no entiendo.

—¿Tú también lo has notado? —dijo el pelirrojo mientras miraba a la paciente y comprobaba en sus ojos de duda que había algo extraño—. Está en la sala de espera.

Sin perder tiempo, Poul se puso una camiseta y fue a la reducida sala de espera en la que Caristeas leía las noticias de Estados Unidos en su dispositivo móvil. Al ver entrar a Poul cambió la página web que estaba visitando y sacó un boleto de lotería para ver si estaba premiado.

—Todo bien. La primera intervención ha ido sin problemas —dijo Poul ante el nulo interés del hombre por el resultado de la operación—. Puedes estar tranquilo.

—Lo estoy, señor Reenberg, porque sé que estoy en buenas manos —el griego volvió a atacar aludiendo a la eficiencia de MediTrue.

—Y sin embargo, más que a dar información he venido a recibirla.

Poul se acercó al dispensador de agua, cogió un vaso y refrescó su garganta.

—Pues usted dirá.

Caristeas dejó su teléfono en la mesita del centro, se quitó las gafas para limpiarlas con un pañuelo de seda.

—Me temo, aunque usted ahora me dirá que no es profesional acusar a un cliente, que no ha sido del todo sincero conmigo —dijo Poul. Se sentó en el sofá individual que había frente a Caristeas—. Ya en los análisis previos la ausencia de patrones frecuentes nos alarmó. No pasa nada, no hemos tratado todas las tensiones genéticas posibles y obviamente no tenemos una base de datos perfecta y

completa. Así que procedimos al método empírico, a intentar la simulación. La presencia o ausencia de conexión nos daría mejor información.

—Al grano —dijo el griego muy serio, acentuando sus duras facciones—. Las acusaciones son más ofensivas con tanto tecnicismo.

—Digamos que las tensiones genéticas de Cecé no son típicas. Además, en la simulación, parecía no mostrar preocupación alguna, cuando supuestamente dichas tensiones son producto de situaciones que causan extrema preocupación.

Poul esperaba haberse explicado bien.

—Sí. Tiene sentido —dijo Caristeas volviendo a ponerse las gafas, una vez limpias—. Verá, señor Reenberg. No es un secreto que prefiero MediTime a vuestros servicios, así que primero acudí a ellos. Intentaron tratarla, sin éxito. Al parecer, sus operaciones fueron tan defectuosas que han trastornado a mi hija. Por eso sus análisis no son típicos, su cuerpo está manipulado y por lo tanto adulterado.

—Ya veo. Aunque le aviso de que es difícil tener resultados óptimos si se nos omite información —reprochó Poul—. En MediTime han fracasado porque no son capaces de tratar a mujeres. De momento, soy el único capaz de hacerlo. Bien. Todo aclarado entonces. Continuaremos el tratamiento, con precaución ahora que sabemos que podemos encontrarnos cosas inesperadas.

Poul se levantó y cuando estaba dispuesto a retirarse de la sala, la puerta se abrió sola dejando entrar a Christiaan. El pelirrojo parecía agitado, su rostro casi abstracto reflejaba sorpresa. Sus manos temblaban de excitación. Solo le había visto así de nervioso cuando paradójicamente jugaban al bingo para relajarse y le quedaba un número para ganar el premio.

—Tengo una noticia importante. He descubierto algo —dijo el pelirrojo una vez estuvo dentro de la sala de espera.

—Lo sé —dijo Poul para desilusión del técnico—. Tranquilo. Ya he hablado con él. El motivo por el cual los parámetros de Cecé son un poco difusos es porque ha sido tratada previamente en MediTime y sus defectuosas intervenciones los han alterado.

—¡No! —replicó Christiaan—. ¡No es eso lo que he descubierto!

—¿No? —dijo Poul sorprendido, tanto como lo estaba Christiaan ante la revelación del interventor.

—No... —Christiaan carraspeó, como cada vez que se disponía a decir algo importante—. Lo que he descubierto es que Caristeas no es el padre de Cecé.

Poul abrió los ojos sorprendido. Sin embargo, el que parecía no sentirse aludido era el propio Caristeas. Los dos amigos miraron fijamente al griego. Estaban a punto de descubrir que aquella seriedad se debía a su profesionalidad.

—Podría denunciaros por lo que habéis hecho —dijo el hombre serenamente.

—Si se nos oculta información, necesitamos obtenerla por otro lado —intentó defenderse Poul.

—No entremos en un debate legislativo. No os conviene. En ese tema creo que soy yo un poco más experto.

Caristeas sacó su cartera, mostró una placa dorada de un escudo con un águila sobre él. Oficina Federal de Investigación.

De incógnito, el hombre cuyo seudónimo era Caristeas esperaba recopilar información vital para el gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, hacía ya varias horas que había decidido que la colaboración voluntaria de Poul Reenberg sería más efectiva para su

objetivo. Por eso, no le importaba ser descubierto. De ahí su tranquilidad. Tranquilidad pasajera, ya que tras revelar su identidad comenzaba el verdadero trabajo que debería llevarle al éxito de su misión.

32

490 a.C.

Maratón

Poul había accedido a colaborar con Caristeas, si es que acaso tenía otra opción. La única condición que había solicitado era que pudiera seguir tratando a Cecé. Su vocación para él era lo más importante, tratar a sus pacientes era primordial. Su profesión era más importante aún que lo que le había contado el miembro del FBI y que parecía afectar a todo el mundo. Por eso, estaba a punto de comenzar una nueva simulación. Esta vez fue el sentido del oído el que consiguió primero la conexión. El sonido de las olas del mar acarició el tímpano de Poul.

—Eh, ¿ahí te quedas? —dijo alguien. Conforme el sentido de la vista también conectaba vio a un hombre en pie delante de él que le hablaba—. Está bien que descanses, ahí tirado, que tomes fuerzas para la batalla. Pero llegarás tarde al reparto de equipo.

Poul, tumbado sobre la hierba, ladeó su cabeza hacia su izquierda, lugar al que señalaba el insistente hombre. Observó un *hoplon*, el gran escudo griego de casi un metro de diámetro, formado por un armazón de madera recubierto por una placa de bronce. Tenía una gorgona dibujada, probablemente para atemorizar al enemigo. Junto al escudo descansaba una coraza de bronce que reproducía los músculos del torso y una lanza que medía cerca de tres metros. El *xifos* lo llevaba en su cintura, preparado para ser desenvainado ante cualquier amenaza. La espada corta tenía una hoja de bronce sencilla,

pero lo suficientemente afilada para cortar o ser clavada en caso de combate cercano donde la lanza permitía menos movilidad. Era el equipamiento de un hoplita, por lo cual Poul dedujo que había avanzado bastante en el tiempo desde la última simulación. Ya se había sobrepasado la Edad Oscura en la que las polis griegas habían comenzado a originarse y donde el sentimiento común griego había empezado a coger forma.

—Tienes buen equipo —insistió el hombre—. Pero un buen casco o unas *cnémidas* te vendrían bien. Se dice que la desesperante espera ante el inminente ataque de los persas ha agujereado el corazón de muchos de los nuestros, que han huido dejando aquí parte de su pesado equipo. Si prefieres descansar, es tu decisión. Pero la pereza no te va a ayudar en el campo de batalla.

Dejando allí aquel consejo, el hombre se fue. Poul se incorporó. Pudo ver soldados griegos hasta donde le alcanzaba la vista, debían de ser unos diez mil entre atenienses y platenses según Pausanias y Plutarco. Desvió la mirada hacia el mar, sin que la maravillosa vista calmara un corazón que se aceleraba por segundos. Por la magnitud del ejército griego y la localización geográfica, esta vez Poul no necesitaba más datos para saber en qué lugar estaba: Maratón. Una de las batallas más conocidas de la historia.

Se levantó y comenzó a caminar, más hostigado por el nerviosismo que por cualquier otro motivo. Estaba confuso. No sabía qué hacer, cómo buscar a la representación de Cecé. Los nervios comenzaron a manejar su cuerpo por él, se le aceleró la respiración, notó que le faltaba el aire. Se inclinó ligeramente, apoyó sus manos en sus muslos.

—Demasiado pronto para sucumbir al pánico. —Notó que alguien agarraba su túnica por su espalda y tiraba de ella para que recuperara su posición vertical—. Acompáñame, te daré algo de beber que te hará recuperar el valor.

Poul se tranquilizó ante aquel hombre, un poco más alto que él, con el pelo ligeramente ondulado formando unos simpáticos caracoles. A pesar del aspecto simpático del hombre, transmitía tal seguridad que Poul empezó a recuperar la fuerza en las piernas. Cogió su coraza, que pesaba unos veinte kilos. El hombre le ayudó con la lanza y el escudo. Comenzaron a caminar.

—Soy Giles —se presentó el hombre—. Recuerda mi nombre, será muy conocido tras esta batalla. Los hombres valientes como yo destacamos en las guerras. En cambio, los cobardes... Bueno, no te preocupes. Entiendo tu preocupación, los persas son más del doble que nosotros. Para tu tranquilidad, te diré que un tal Filípides ha sido enviado a Esparta para pedir refuerzos. Con sinceridad te digo que no creo que sea capaz de cubrir tan larga distancia.

—Yo creo que sí —dijo Poul sonriendo y recordando la leyenda de Filípides, el héroe que corrió de tal manera para pedir refuerzos que perdió su vida en tal esfuerzo. En honor de su gesta, surgió la prueba del maratón en los Juegos Olímpicos.

—Ah, yo no quiero que lo consiga. Los espartanos tienden a creerse mejores guerreros. Yo no les quiero aquí —dijo Giles mientras seguían caminando por el enorme campamento—. Quiero toda la gloria para mí. Quiero que mi hijo, que está a punto de nacer, venga al mundo con un padre fuerte y reconocido. Y que mi mujer, Eunice, también esté orgullosa de mí.

Y entonces Poul lo entendió todo. Eunice no estaba en la simulación. Como otras veces, era una representación de lo que le habían contado, eran los recuerdos que ella había creado a partir de una narración. Y se imaginaba que las palabras que generaron ese recuerdo creador de tensiones genéticas podían resumirse en un *tu marido ha muerto en la guerra*. Lo más dramático del asunto era que, el hijo que estaba a punto de llegar al mundo, no heredaría las tensiones genéticas puesto que todavía no estaban creadas. Lo haría el siguiente, que tendría con otro hombre, y que sería el verdadero

antepasado de Cecé. En cualquier caso, estaba clara la misión de Poul. Hacer que Giles volviera con vida.

Mientras los dos continuaban caminando por el campamento, mientras ambos disfrutaban de un buen vino, las palabras esenciales para el desarrollo de la batalla se cruzaban en la tienda de campaña de los generales. Allí los deseos y las órdenes se escupían de manera directa, sin comillas.

—Y yo digo que debemos atacar ya —sentenciaba Milcíades. El tirano del Quersoneso tracio, uno de los nueve estrategos que habían optado por mover las tropas a Maratón, no ocultaba su beligerancia.

—Cada día que pasa nos favorece, facilita la llegada de refuerzos —dijo el que parecía más valiente del resto de estrategos que, sin querer mostrar su opinión, también optaban por la espera—. Y, aunque seguimos del lado del gran Milcíades, aún dudo del verdadero cometido de los persas. Cada día que no nos atacan, y ya van cinco desde que desembarcaron, temo que su objetivo sea simplemente retenernos aquí para realizar un ataque sorpresa en Falero.

—Sobre ese tema ya se ha hablado demasiado —gritó Milcíades haciendo bailar su barba—. Por eso mismo, debemos atacar inminentemente. Les derrotaremos aquí, y si hay que volver a hacerlo en Falero, iremos allí a toda prisa.

—Milcíades tiene razón. —Que Aristides se posicionara del lado de Milcíades fue un mazazo para el resto de estrategos. Si bien todos estaban de acuerdo en que el gobernador del Quersoneso tracio era el hombre más capacitado, también lo estaban en que el estadista era el segundo hombre con más habilidad para la estrategia—. Acabemos con los persas aquí mismo y ahora. Y después, actuemos en consecuencia.

El sonido de la llamada a las armas retumbó en el corazón de los guerreros. El cerebro de cada uno respondía a su manera, algunos devolvían un eco temeroso y otros mostraban el ansia de batallar. Giles, por supuesto, pertenecía a estos últimos y no tardó en moverse, tan rápido que Poul le perdió de vista. El instinto de supervivencia le obligó a ponerse la coraza, a agarrar el escudo fuertemente. Como si de una estampida se tratase, Poul siguió la marea de hombres en busca de Giles. No le encontró, era imposible entre los diez mil hoplitas. En su búsqueda, fue de un lugar a otro, siguiendo a unos y otros, hasta que se vio obligado a ocupar su sitio en la formación. Una vez dieron la orden de avanzar, las filas de guerreros griegos comenzaron a caminar, haciendo retumbar el suelo. Poul miraba hacia un lado y hacia otro. Era imposible. Había hoplitas por todos los lados. Una vez asumió que no lo encontraría en la batalla, se concentró en la lucha. Tenía que salvar su propia vida, o de lo contrario acabaría la simulación.

Al frente, se desplegaba un impresionante ejército persa, con hasta veinticinco mil hombres en formación. De repente, el avance griego se aceleró. Al principio pensó que se debía al hambre voraz de batalla que tenían los griegos, pero a menudo que se ensombrecía el cielo Poul entendió por qué había comenzado la carrera. Una inmensa lluvia de flechas ocultaba el Sol oscureciendo de repente el día. Cuando se hubieron encontrado a unos doscientos metros del enemigo y por lo tanto ya estaban al alcance de los arqueros persas, se dio la orden de correr hacia ellos. Correr antes habría servido únicamente para fatigar a los soldados con aquellas corazas tan pesadas. Al menos, los que disponían de ellas. Puesto que los soldados estaban obligados a comprar su propio equipo, muchos carecían de armaduras decentes, dando al ejército griego un aspecto bastante heterogéneo. Las flechas cayeron dando picotazos mortales. Era una lotería en sentido inverso. Que te cayera un proyectil encima dependía del azar. A Poul jamás le había tocado un premio aleatorio, y su suerte continuó esta vez. A pesar de la espectacularidad de las nubes de flechas, la eficacia de estas no lo era tanto. Las pesadas

armaduras de los griegos por fin hacían su trabajo, cargarlas había valido la pena. Así pues, los persas perdían una de sus ventajas, los temidos arqueros.

El primer impacto con el ejército enemigo fue demoledor. Los griegos aprovecharon la inercia para convertir su muro de lanzas en una picadora de carne persa. El efecto se extendió más allá del alcance del *dory*, la lanza genérica de los hoplitas. Los persas, acostumbrados a ver huir a sus enemigos ante su presencia, se quedaron sorprendidos ante el arrojido de los hoplitas griegos. Tampoco esperaban una carga tan asombrosa de un ejército que carecía de caballería. La sorpresa y la estupefacción fueron letales. La duda les desorganizó de tal manera que les convirtió en una presa fácil ante el organizado avance de los guerreros griegos. Al impacto total de la masa griega, había que añadir la nula protección de los persas, que apenas disponían de su propia piel. Los griegos, acostumbrados a luchar entre ellos mismos contra corazas de bronce, encontraron una facilidad terrible para atravesar a sus enemigos. Por suerte, Poul observaba todo esto desde lejos, desde unas líneas más atrás del frente. De seguir así, no le llegaría su turno en la batalla, todo acabaría antes de que su fila tuviera que entrar en acción.

Además, los persas cometieron el error de colocar en los flancos a sus unidades más débiles, reclutas jonios poco motivados. La falange griega, bien estructurada, era débil únicamente si era atacada por los laterales. Pero en este caso, los flancos estaban asegurados. El centro persa, formado por unidades de élite como los melóforos, la guardia personal del rey, aguantaron un poco más. Pero una vez los flancos griegos acabaron su trabajo, se unieron a la lucha central rodeando a la élite persa que, superada y sin opción de victoria, optó por la decisión más acertada: la retirada.

Mientras los griegos perseguían a los persas que intentaban huir hacia las naves, siendo asesinados incluso en el agua, Poul se dedicó a buscar a Giles de manera desesperada. Gritó su nombre, preguntó

por él a unas tropas eufóricas por la victoria. Pronto se dio cuenta de que era inútil buscarle en una llanura plagada de seis mil cadáveres. La simulación decidió darle la respuesta que buscaba. Comenzó a oscurecerse el escenario, esta vez no por las flechas persas. Los movimientos de los hombres se enlentecían. El colorido de la verde llanura, el rojo de la sangre abundante... Todo se tornó gris de repente. Y segundos después, todo se apagó. La simulación había terminado. Giles había muerto.

33

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

—La batalla de Maratón —fue lo primero que dijo Poul al volver en sí, buscando una excusa—. Tío, treinta mil hombres luchando, ¡era imposible hacer algo! Lo siento...

—¿Por qué lo sientes? La simulación ha finalizado bien.

Los ojos de Poul se abrieron ante las palabras de un Christiaan que seguía observando los monitores con una sonrisa en la boca.

—¿En serio? —Poul no entendía nada—. Tenía que salvar a un tal Giles. Lo perdí de vista y ahí acabó mi actuación. Al parecer...

Poul terminó repentinamente de hablar al girar la cabeza y ver a Cecé en su camilla llorando. Se levantó y se acercó a ella. La muchacha evitó su mirada. Poul pidió que les dejaran solos. Las palabras de desahogo tendían a escoger rutas distintas en función de los oídos que pudieran captarlas.

—¿Estás bien? —preguntó Poul mientras cogía una silla para sentarse a su lado—. ¿Qué te ocurre?

—¡No lo sé! —contestó airosamente sin mirarle, girándose hacia el lado opuesto de Poul. Odiaba estar triste—. Me he sentido tan angustiada y, de repente, también tan aliviada...

—¿Has sentido algo durante la simulación? ¿Recuerdas algo? —preguntó Poul para ver si podían encontrar el origen de un cambio de humor tan radical.

—No —continuó Cecé de espaldas—. Solo sé que de repente me han venido recuerdos muy dolorosos que se han esfumado al despertarme.

—¿Sobre qué? Si puede saberse... —insistió Poul.

—Sobre mi pasado. —Cecé dio media vuelta y encaró a Poul. Había decidido que era el momento de dejar de avergonzarse. Ese no era su estilo—. Aborté. Me quedé embarazada y aborté. No me juzgues.

—No lo hago.

—Yo soy así. Despreocupada. Desde que no mido las consecuencias de mis actos soy más feliz. —Cecé se cruzó de brazos, a la defensiva—. Y mi embarazo fue el resultado de esa actitud. Afronté las consecuencias a mi manera. Pero esa decisión, acertada o no, me ha acompañado siempre. Hace unos momentos, los recuerdos me vinieron de golpe. Y se esfumaron. ¿Sabes? Como cuando alguien te dice que no pasa nada...

—Es que no pasa nada, Cecé —dijo Poul. Se levantó. Le sonrió—. No pasa nada...

Poul comenzó a caminar hacia su despacho recomponiendo las piezas de una teoría. Puede que Cecé tuviera muy clara su postura hacia el aborto, pero esa mentalidad estaba luchando contra una tensión genética generada por una situación traumática en el pasado relativa a ese tema. Poul comenzó a inferir. Eunice esperaba un hijo. El hijo de un hombre llamado Giles que había ido a la guerra a luchar contra los persas. Un hijo no deseado. Un hijo que no podía hacer

desaparecer ante el previsible enfado de un padre que estaba deseando volver de la batalla para ver a ese niño, que se esforzaba en ser un héroe para esa pequeña criatura. Con la muerte de Giles, Eunice era libre de deshacerse de él. El subconsciente de Cecé había aceptado el aborto en ese momento. ¿Qué había hecho Poul al respecto? Nada. Ni siquiera había podido encontrar a Giles para intentar salvarle la vida, para intentar cambiar el curso de la simulación. Puede que en este caso Cecé estuviera combatiendo contra sí misma respecto a un tema que solo ella podía solucionar. Puede que por eso la simulación no ofreciera grandes opciones de intervención a Poul. Puede que esa pelea mental tuviera que resolverla Cecé sin ayuda. Sobre todo eso pensaba durante su camino a su despacho.

Poul era incapaz de sostener la mirada a Caristeas desde que lo había abrumado con tanta información importante. Aunque era él el que se encontraba en el lado autoritario del escritorio de su despacho, la silla de invitado que ocupaba el griego parecía el trono de un rey. Poul veía la boca de aquel hombre como si fuera una ametralladora, capaz de ajusticiar con sus palabras.

—Bien, repasemos los datos. No quiero que se escape ningún detalle —dijo Caristeas mientras colocaba su ordenador portátil sobre el escritorio.

—De acuerdo.

Poul no podía creerse que estuviera inmerso en algo tan importante. Sentía la necesidad de contárselo al mundo, pero ya le habían advertido de no hacerlo primero con argumentos benevolentes del tipo *es por la seguridad mundial* y después con la amenaza de ser condenado a cadena perpetua por delitos contra el mantenimiento de la paz global.

—Tenemos una presidenta contaminada por pensamientos tormentosos en su subconsciente...

Cuando Caristeas había llegado a MediTime, la investigación ya estaba bastante avanzada. Tras el estudio del soborno o la corrupción política como causantes del cambio de opinión de la presidenta de Estados Unidos respecto a la política militar, se había seguido el rastro de los movimientos bancarios de las personas cercanas a los altos cargos políticos. Y un movimiento tan exagerado como extraño vinculaba a la Casa Blanca con MediTime. Caristeas gruñía ante casos así, muchos delincuentes habían sido capturados siguiendo el trasiego de dinero y aun así todos volvían a incidir en el mismo error. No aprendían.

—¿Así que confirmas que se puede cambiar la voluntad de la gente? —preguntó el griego del FBI.

—Solo digo que una intervención deja señales en el subconsciente. —Poul fue cauto—. Se pueden introducir recuerdos inexistentes. De hecho, vuelvo a repetir que este traspaso de información mental fue el que provocó mis primeros conflictos con MediTime. Pero Christiaan entiende más sobre estas cosas.

—No involucraremos a más gente. —Caristeas anotó algunas cosas utilizando su teclado—. De momento.

—De todas formas, hay algo que no entiendo —dijo Poul. Se quedó en silencio unos segundos—. En MediTime no podían intervenir a mujeres.

—Puede que por eso te apreciaran tanto.

Caristeas estaba bien informado sobre el sujeto que había ido a interrogar.

—Entonces, sugieres que ellos han encontrado la manera de manipular el subconsciente de la presidenta con la intención de provocar una guerra.

A Poul le parecía más enrevesado conforme lo decía.

—Eso es algo que tenemos que demostrar —dijo el griego, y esta vez se puso excesivamente serio—. En la próxima intervención quiero que modules la voluntad de Cecé. ¿Cómo? No lo sé. Pero que sea de manera evidente. Necesitamos saber si vuestra tecnología es capaz de hacer algo así. No te preocupes por Cecé. Sabe a lo que se expone y asume los riesgos.

Poul suspiró. Su cometido había cambiado drásticamente. De resolver situaciones traumáticas ahora había pasado a tener que causarlas. Apretó los dientes, cerró los puños con fuerza.

34

431 a.C.

Esparta

Poul entró en la nueva simulación nervioso. Hacía tiempo que no se sentía así. Ya había aprendido a controlar las alteraciones propias de la conexión y rara vez sentía alguna perturbación. Al menos en lo que al proceso de conexión se refería. Al hecho de visualizarse en un tiempo extraño jamás llegaría a acostumbrarse del todo. En parte, lo agradecía. Ahí residía la magia de su trabajo. Que los viajes temporales se convirtieran en una rutina era uno de sus mayores temores. Se negaba a aceptar la calma permanente que proporcionaba la profesionalidad. Sin embargo, el nerviosismo esta vez se debía a que era la primera vez que acometía una intervención con un doble objetivo: resolver la tensión genética y a la vez modificar la voluntad de la paciente.

Sintió el calor de la hoguera que iluminaba tenuemente la noche y a la cual rodeaban una docena de hombres... y una mujer. Eunice. Cecé. Poul volvió a agradecer que las sucesivas conexiones acercaran a interventor y paciente en las simulaciones. Observó la vestimenta de sus acompañantes. Por encima del quitón llevaban el *himatión*, un manto rectangular que se echaba sobre el hombro izquierdo. Al quedar por lo tanto un brazo con menor movilidad, el *himatión* era sustituido en tiempos de guerra por una capa. Poul confirmó así que no estaban en viaje de guerra. Tras unos instantes de silencio en el

que solo se escuchaba el crujir de la madera ardiendo, uno de los hombres se decidió a hablar. Se soltó el cinturón, puede que para llenar con más aire sus palabras.

—Propongo de nuevo que nuestra diplomática pase la noche a cubierto, en una buena tienda de campaña —dijo señalando a Eunice.

—¡No! —respondió la muchacha, aunque abrazándose a sí misma evidenciaba que tenía frío—. Yo represento a todos los ciudadanos de Atenas, entre los que os incluyo. No aceptaré privilegios.

—Yo hubiera propuesto que no hubiera salido de la ciudad —dijo otro de los hombres presentes en cuyos ojos se veía reflejado el fuego de la hoguera.

—Y seguro que lo dices porque te preocupa su seguridad... —ironizó el hombre que había tomado la palabra en primer lugar y que, a juzgar por su escaso cabello plateado parecía ser más sabio—. Ya sabemos tu opinión sobre las mujeres diplomáticas. Pero te diré que en Esparta, a donde vamos, respetan más a la mujer que tú.

—A la mujer guerrera —aclaró el de los ojos ardientes—. A la mujer que no entrena, no se le tiene más aprecio que a la recluida en el gineceo.

—Las palabras a veces son más eficaces que las armas —se defendió Eunice—. Y es nuestro objetivo demostrarlo.

—Los espartanos aman la guerra. No habrá paz —auguró el de los ojos de fuego.

—Ahora está el cielo muy oscuro para tener pensamientos claros —sentenció la muchacha, como si no quisiera tener una discusión ya varias veces abordada.

Los hombres tomaron el aviso como una invitación a descansar. Patearon el terreno, extendieron telas en el suelo y se taparon con

prendas de lana, a excepción de cuatro hombres que permanecían vigilantes en cada uno de los puntos cardinales alrededor del grupo. Poul aprovechó para acercarse a Eunice. El resto de hombres le miraron con los ojos con los que se mira a un ladrón cerca de las pertenencias propias.

—Así que, ¿parar la guerra entre Atenas y Esparta? —preguntó Poul una vez supo que estaba sumergido en la Guerra del Peloponeso.

—Evitar —corrigió Eunice extrañada de que uno de sus escoltas preguntara por su cometido.

—No va a ser fácil. Los espartanos rara vez renuncian a la guerra —advirtió Poul mientras le ayudaba a extender las telas que debían hacer de improvisada cama.

—Son animales asustados, y como tales sacan las uñas. Creen que el Decreto de Mégara es una amenaza contra Esparta. Y no lo es. Les castigamos por haber ocupado nuestra tierra sagrada, no para perjudicar a un aliado de Esparta. No es una demostración de fuerza. Nuestros intereses están en Asia, aunque también nuestra expansión allí les asusta. El Imperio ateniense nos llaman. —Tras hacer gala de su sabiduría política, Eunice se sentó—. No entienden que es nuestro deber expandir la democracia, que el gobierno ha de estar en manos de gente preparada y elegida por el pueblo. Dos reyes... ¿Qué tipo de gobierno tirano es ese? Hasta ellos tendrían que entenderlo...

Tras esas palabras, Eunice se tumbó y con un gesto de su mano pidió que se le dejara descansar. Poul hizo lo propio en su catre de tierra y lino.

Estuvo pensando hasta que la madrugada iluminó el cielo. Dos objetivos: cambiar la voluntad de Cecé y salvarla de un trauma pasado. Difícil. Pero al menos para la primera parte ya tenía un plan

de acción. La luz solar estimuló el movimiento de los hombres y los ruidos propios de la preparación para el viaje. Poul aprovechó la cercanía a Eunice mientras cargaba sus pertenencias en el caballo que le habían asignado para continuar la conversación de la noche anterior. Como demócrata, esperaba que aceptara su deseo de hablar y no lo viera como un acto molesto y testarudo.

—Entiendo tu posición —dijo Poul. Prefirió dejarlo claro ante el enfado que previsiblemente estaba a punto de despertar en la muchacha—, pero es imposible cambiar el pensamiento de los espartanos.

—Pues abandona el grupo si no tienes fe.

Eunice se mordió la lengua. De alguna manera no deseaba que Poul siguiera su consejo.

—No se puede tener fe en algo irrealizable. No puedo decirte que tengo seis dedos mientras te muestro la palma de mi mano.

Poul le mostró sus cinco dedos extendidos.

—¿Y de qué conocimiento haces uso para afirmar que los espartanos no tienen uso de razón? —preguntó Eunice. Empezó a enfadarse como lo hace una niña pequeña, cruzándose de brazos y golpeando el suelo con el pie repetidamente.

—No digo que no lo tengan. Solo digo que, aunque lo tuviesen, sus pensamientos a veces son tan incompatibles con otros que no hay otra alternativa a la confrontación.

—No crees en la paz entre los pueblos.

Eunice se sintió muy decepcionada.

Si lo creo, quiso decirle Poul desde el fondo de su corazón, mordién dose las ganas de coincidir con ella verbalmente obligado por su objetivo, cambiarle la mentalidad de manera drástica y apreciable.

Creo que Atenas debe aplastar a Esparta para que tu lógica, por el bien de los hombres, impere en estas tierras, fue lo único que pudo decirle Poul a Eunice. Y puesto que la muchacha, herida y alterada, no se dejaba persuadir, Poul le rogó que le acompañara a un determinado lugar. Al monte Taigeto.

La ficción superaba a la realidad. Poul había leído sobre aquel lugar y las atrocidades que se relataban eran de tal magnitud que opinaba que solo eran un mito. Pero los cientos de cadáveres de niños y neonatos pudriéndose no opinaban lo mismo. Los huesos de los esqueletos eran pequeños. Demasiado pequeños. En contraste, el hedor era inmenso. Incluso algunos cuervos aún arrancaban carne que no había tenido el derecho de vivir, que había sido condenada al poco de nacer.

—Si nacen con algún defecto —explicó Poul—, se les lanza aquí. Porque no valen como guerreros...

—Hay que aniquilar a la cultura espartana.

Fue lo único que pudo articular Eunice, sorprendida y asustada. Conocía la costumbre. Pero verla en primera persona era aterrador, repugnante. ¿Qué mente humana podía permitir tal cosa?

Con aquellas palabras, Poul esperaba que Eunice desistiera de su empeño en convencer a los espartanos de mantener la paz. Pero Eunice era una profesional, y cumpliría su cometido a pesar de su nula motivación y de que ya no se preocupaba en ocultar que una victoria ateniense sobre Esparta sería un regalo para la humanidad.

Continuaron avanzando siguiendo el curso del Eurotas, hasta que por fin ante sus ojos apareció la ciudad de Esparta. Eunice observó su dedo meñique, era un gesto que hacía antes de cada

negociación para recordarse a sí misma que hasta los más pequeños tenían su lugar en la guerra, que aunque sus músculos no fueran grandes, era necesaria en el puño que decidía el curso de la guerra.

—Así que Atenas quiere la paz —decía Arquídamo II, rey espartano, mientras tomaba un cuenco con las dos manos y hacía buena cuenta del guisado.

—Es inútil debilitarnos los unos a los otros mientras los persas esperan una oportunidad para volver aquí y destruirnos —dijo Eunice mientras Poul miraba una y otra vez el guisado sin intención de probarlo, sobre todo desde que le habían dicho que en Esparta se guisaba al cerdo en su propia sangre.

—¡Esparta nunca se debilita! —replicó Arquídamo golpeando la mesa de piedra con el cuenco—. Nuestro servicio militar de cuarenta años nos permite una fortaleza eterna.

—¿Y si...?

—¡No! —el rey espartano interrumpió a Eunice—. Si ha de haber guerra, la habrá.

Arquídamo dio la conversación por terminada. Había sido breve y conciso, un claro ejemplo de laconismo. Comenzó a retirarse ondeando la capa escarlata, color que servía para disimular la sangre, a su paso. Aunque no era un entusiasta de la guerra, quedarse allí no haría otra cosa que aumentar su deseo de asesinar al grupo diplomático.

—¿Y no será que Esparta tiene trato con los persas? —intervino Poul, que sabía de qué lado se posicionaba cada uno durante la Guerra del Peloponeso.

—¿Y no será que lo próximo que salga de tu boca será tu último aliento si osas hablar así de Esparta?

Arquídamo se agitó lentamente, tenía los ojos inyectados en sangre. Era arriesgado enfadar a un rey espartano, pero al menos Poul había conseguido que les escuchara de nuevo.

—Mi último aliento no sería nada comparado con confirmar la simpatía que Esparta siente ahora por los persas. Si no vuelvo a Atenas con vida —dijo Poul intentando cubrirse las espaldas con un argumento diplomático— he dado orden de que se publique que he sido asesinado por insinuar la relación entre Esparta y Persia.

—¿Y a mí qué si no vuelves con vida y Atenas lo interpreta como una declaración de guerra que ya estoy deseando enviar?

—Ambos sabemos que no es por Atenas el buen trato que estamos recibiendo. Es por los éforos.

Eunice abrió los ojos sorprendida ante el atrevimiento y la sabiduría de Poul.

—¡Esos viejos entrometidos!

Los aspavientos con los brazos de Arquídamo mostraban que Poul había tocado hueso. El joven decidió aprovechar su momento.

—Los guerreros son el músculo de tu ciudad, pero los éforos son la cabeza. Déjales al menos considerar nuestra oferta.

El rey espartano aceptó a regañadientes. Sabía que tendría su guerra independientemente de lo que dijeran los éforos, pero al menos había que dejar que aquellos cinco funcionarios creyeran que participaban en el gobierno espartano.

El epónimo recibió al grupo diplomático ateniense prometiéndoles considerar la paz, lo que fue suficiente para que Eunice viera su objetivo cumplido.

—Eres increíble —dijo la chica mientras abandonaban Esparta a caballo.

—Lo sé. —Ambos rieron—. Lo que no sé, es por qué cumples tu misión si ahora el objetivo es contrario a tus pensamientos.

—Porque es una misión de Atenas, y en Atenas las decisiones las toma el pueblo. Yo tengo una opinión, pero represento a toda una *polis* que tiene otra. En eso consiste la democracia.

Poul sonrió. Se entristeció al pensar que unos dos mil cuatrocientos años después hubiera gente en cargos políticos que no lo tuviera tan claro. Disfrutó del sedante efecto del fin de la simulación que apagaba todos los sentidos. Había cumplido su misión. Probablemente, en la situación real la antepasada de Cecé había sufrido el esclavismo por parte de Esparta. Sin embargo, con la intervención de Poul habían conseguido salir de la ciudad con el objetivo cumplido. Como un final de una buena película, todo se fundió a negro.

35

PRESENTE**Copenhague, Dinamarca**

Poul recorría el pasillo que desembocaba en la consulta de psiquiatría una y otra vez, nervioso. No acostumbraba a ser evaluado en sus intervenciones desde que fundó MediTrue, y los asuntos de estado empezaban a alterar sus nervios. Por fin, Caristeas, con sus casi dos metros de altura, salió de la consulta.

—¿Qué tal?

Caristeas palmeó la espalda de Poul. Era la primera vez que el griego sonreía. Es más, era la primera vez que se permitía un gesto de informalidad como el botón superior de la camisa desabrochado.

—No lo sé, ¡tú dirás! —dijo Poul tembloroso, como si estuviera esperando la resolución de un juicio.

—Pues bien, chico. Bien. Cecé ha mostrado aversión a símbolos y estructuras de la cultura espartana, aun cuando ni siquiera sabía a quién pertenecían. Tal como dijiste. Le has inducido un odio a todo lo espartano tal como me explicaste. Será prueba suficiente.

—¿Y aquí se acaba todo?

Poul deseaba quitarse de encima la presión que le provocaba Caristeas, pero a la vez necesitaba tener más información de lo que

estaba ocurriendo. Agachó la mirada, no respondió a la mano que el griego le tendía a modo de despedida.

—Aquí se acaba todo —dijo Caristeas. El hombre se dio cuenta de que Poul tenía una mente curiosa difícil de saciar—. ¡A la mierda! Está bien. Espero que no filtres información, valga mi confianza en ti como muestra. Es más, si dices algo, ya se encargará la apisonadora de lo *conspiranoico* de que acabes en un psiquiátrico.

—A veces pienso que acabaré ahí sin necesidad de un juicio social —bromeó Poul.

—Bien. Chico. Te lo resumo. —Caristeas miró a ambos lados para asegurarse de que nadie escuchaba—. Como sabes, necesitábamos confirmar que las intervenciones eran capaces de modular la voluntad humana. En concreto, la de las mujeres. Ahora podremos confirmar nuestra teoría de que han sabido comprimir los mecanismos que propician ese cambio de actitud en un fármaco. Por lo visto, en MediTime estuvieron tratando varios pacientes con fuertes traumas debido a la guerra y es como si hubieran podido acumular ese odio en una pastilla.

—Como si hubieran identificado las señales que modifican la corteza cerebral para... —empezó a decir Poul. Decidió ser cauto con su teoría—. Apuesto que Christiaan podría explicarlo mejor...

—En consecuencia, la presidenta ha desarrollado una fuerte aversión a las guerras y un enorme deseo de acabar con ellas.

Caristeas se abrochó la camisa, como si se acabara de convertir en el férreo miembro del FBI.

—Hasta el punto de querer utilizar todo su arsenal disponible para acabar con todas las guerras del mundo —dijo el interventor. Se le erizó el vello corporal con su propia conclusión—. Se diría que vas a salvar al mundo de una nueva guerra mundial.

—No lo sé, chico. —Caristeas se puso la chaqueta que hasta ese momento colgaba de su brazo—. A veces pienso que hace falta que una nación, con mano dura, se imponga al resto acabando con los enfrentamientos. Una unión final.

—¿Crees que ese era el objetivo de los que hicieron todo lo que has comentado?

A Poul las neuronas le empezaron a arder.

—Si era ese objetivo o si simplemente querían que la presidenta incumpliera su programa militar, yo no lo sé ni me concierne saberlo.

Parecía sincero, pero Poul apostaba que se estaba mordiendo la lengua.

—¿Será suficiente haber demostrado que podemos cambiar la voluntad de las personas para derrocar una presidenta? —se preguntó Poul—. ¿No será peligroso que la gente sepa que algo así se puede hacer?

—La gente no lo sabrá —dijo Caristeas tajante. Y amenazante—. Por su bien. La presidenta dimitirá. O se le obligará a hacerlo. En caso extremo...

A Caristeas no le hizo falta representar una pistola con sus dedos para que Poul entendiera. Había abandonado los pensamientos postizos y el danés podía entenderle sin palabras ni gestos.

—Supongo que así funciona la democracia —dijo Poul, a la vez que ahora sí, ofrecía su mano.

—Gracias por los servicios prestados en mi nombre y en de los Estados Unidos. —Caristeas apretó la mano de Poul—. Cuida de Cecé, nos une algo más que la nacionalidad. Los gastos corren de mi cuenta.

—Cuidaré de ella —le aseguró Poul inclinando su cabeza —.
Puedes estar seguro de ello.

36

331 a.C.

Gaugamela

Mal momento para iniciar una simulación, pensó Poul al verse de repente rodeado de numerosos soldados griegos. La arena y el polvo que levantaban al avanzar contribuía a aumentar la confusión momentánea. Al final, observando atentamente a su alrededor y empujado desde todos los lados, encontró su sitio en la formación. Se encontraba en el interior de una falange griega que había conseguido su esplendor bajo el gobierno de Alejandro Magno. Lo que no sabía, es que estaba avanzando en diagonal para enfrentarse a las tropas persas de Darío III. En una batalla de tal magnitud, para no caer en la angustia y la ansiedad, lo mejor era saber lo menos posible. Si uno viera a vista de águila el ejército enemigo, podría pensar que se encontraba ante infinitos hombres.

Formar parte de las tropas de Alejandro Magno era un privilegio, por mucho que el primer impulso de Poul fuera abandonar la batalla. Si bien había sido su padre, Filipo II, el que había sometido a los griegos bajo la bandera macedonia en Queronea y el que había preparado la guerra contra Persia, Alejandro ya había demostrado su destreza al derrotar a los persas que habían decidido recibirle en Asia Menor en la batalla del Gránico. Que Alejandro no era un rey normal ya había quedado claro en el Levante mediterráneo, derrotando de nuevo a los persas en Issos y conquistando Tiro y Gaza, la primera tras un largo y frustrante asedio que había requerido de todo su ingenio. Los egipcios, siempre sabios, le habían recibido con los

brazos abiertos y nombrado faraón, y Alejandro se fundió con ellos al crear la preciosa Alejandría. Pero la obsesión del joven rey seguía siendo los persas, y Poul estaba reviviendo un momento clave en la lucha contra ellos.

Las falanges griegas avanzaban por la llanura de Gaugamela en diagonal. Darío, el rey persa, sospechó en primera instancia. Las noticias que llegaban de Alejandro hablaban de un estratega exquisito, una mente privilegiada. No podía estar cometiendo el garrafal error de desplazarse con un ángulo incorrecto dejando el flanco derecho a descubierto. Poul, que miraba de un lado a otro siguiendo la marea de griegos, ni siquiera sabía en la maniobra que estaba metido. Bastante tenía con seguir el paso de sus compañeros, de mantener el escudo en su posición para que funcionara la legendaria defensa cohesionada de la falange. El rey persa envió entonces su ala izquierda al ataque, aprovechando el hueco que dejaba el movimiento oblicuo griego, con el objetivo de rodear a su enemigo. Fue entonces cuando Poul notó un movimiento brusco del bloque que le acompañaba. Las *sarisas*, lanzas de hasta siete metros, apuntaban ahora hacia la derecha, dirección a la que comenzó a moverse el ejército griego para enfrentar las tropas enviadas por Darío y que buscaban rodear a los griegos. El impacto fue brutal, desde la tercera línea Poul veía como las lanzas griegas atravesaban a unos persas que eran incapaces de superar el muro de lanzas, que no veían la forma de cruzarlas para llegar a los hombres que las portaban. Rara vez moría algún griego que necesitaba ser reemplazado por otro de la fila posterior, algo que Poul agradecía, permitiéndole ver el espectáculo desde una cómoda tercera fila.

Con la desesperación agarrándose a los nervios de Darío, el rey persa optó por lanzar su unidad más potente, los carros de guerra. Pero Alejandro ya había previsto el ataque y no iba a dejar a las cuadrigas cubrirse de la gloria pasada. Los peltastas griegos entraron en acción lanzando sus jabalinas, mermando así la cantidad de carros que conseguían llegar al frente griego. Y respecto a los que llegaban,

la falange abría sus filas en un movimiento perfectamente ensayado creando caminos por los que pasaban los carros. Un sencillo pero preciso movimiento para esquivarlos. Así, las unidades preparadas para el choque seguían un nuevo camino que les llevaba a la muerte. Buscando subsanar el error, Darío envió entonces a la caballería persa a romper el frente griego, sin ser consciente de que lo que hacía era abrir una brecha en sus propias filas. Sin la caballería apoyándole, Darío era vulnerable.

Poul miró hacia su izquierda y observó una tremenda nube de polvo, como si los dioses mismos hubieran intervenido en la batalla. Era el polvo levantado por los caballos griegos. En formación de cuña y con Alejandro al frente como un rey heroico que no elude la batalla, los compañeros, caballería de élite del rey macedonio, se lanzaron hacia la brecha persa. El avance de Alejandro fue épico. Imponente. Quizá, demasiado impetuoso.

Las tropas cercanas a Alejandro Magno le siguieron con los ánimos restablecidos, quedando retrasados los más lejanos. Esto permitió a la caballería persa rodear el ala izquierda del ejército griego, y obligó a los compañeros a volver para defenderla. El general macedonio Parmenio agradeció la ayuda de Alejandro, tanto como este lamentó haber tenido que cancelar la persecución de un Darío derrotado y asustado. Ajeno a todos estos movimientos, Poul solo era capaz de entender que los persas se retiraban de una batalla en la que habían sido superados indiscutiblemente. Si bien quintuplicaban a los griegos antes de la batalla, ahora en lo que los superaban en cinco veces era en los cadáveres que poblaban el suelo de Gaugamela.

De vuelta al campamento, Poul descubrió que la lucha no acababa en el campo de batalla. El transporte de cadáveres, el recuento de bajas, la reestructuración del ejército, el reparto del nuevo equipo, el envío de emisarios... Una infinidad de funciones

que ahora se veían aceleradas por el deseo de Alejandro de perseguir a Darío.

—¡Has vuelto! ¡Has vuelto!

Poul se giró hacia aquella voz femenina que buscaba incrustarse en su tímpano. Era Eunice, que le observaba deseando que la sangre que regaba el *linotórax* no fuera de él. Tras un análisis visual, la muchacha confirmó que estaba sano y salvo y le abrazó con fuerza. Golpeó contra su cuerpo de tal manera que Poul agradeció llevar puesta aquella armadura de varias capas de lino pegadas con cola animal. Soltó la lanza y el escudo para poder abrazarla.

—Has vuelto... —volvió a decir la muchacha acompañando las palabras con una sonrisa. Con su característica y potente sonrisa.

—He vuelto —dijo Poul—. Les he dicho a esos persas que tenía que volver a verte y se han marchado amablemente.

—O han huido al ver lo feo que eres. —Ambos rieron, aunque Poul no se esperaba aquella broma como respuesta—. Dicen en el campamento que no descansaremos mucho tiempo, que ahora el camino hacia Babilonia será más rápido.

—No descansaremos mucho, si es cierto que Alejandro tiene prisa en no dejar escapar a Darío.

La persecución del general macedonio la conocía más por la historia que por lo que se hablaba entre los hombres.

—Eso es bueno. Cuanto más avancemos, más cerca estaremos del Indo.

El río Indo era la frontera hacia un mundo desconocido. Y todo lo que estaba lleno de misterio atraía ferozmente a Eunice.

—Aún veremos otros ríos de sangre antes de llegar al Indo —se lamentó Poul.

—Lo importante es que avancemos, los días en el campamento, ya sabes...

El rostro de la muchacha se tornó triste.

—¿Qué sé? —preguntó Poul sintiéndose ignorante.

—Ya sabes... La única forma de que me acepten entre vosotros es teniendo contentos a los hombres.

Eunice miró hacia otro lado. Poul se sintió estúpido, muy estúpido.

—Lo sé. Si he pretendido mostrar que no lo sabía es porque no quiero pensar que estás en brazos de otros hombres —Poul lo dijo sin pensar, para excusarse. Pero sus palabras impactaron en las mejillas, ahora rojizas, de Eunice.

—Pero vale la pena, ya lo creo. El viaje es apasionante. Y mi sueño está más cerca... Me prometiste que me llevarías más allá del Indo a ver cosas maravillosas, y lo estás cumpliendo.

Eunice volvió a abrazar a Poul. Más fuerte.

¿Llevarla más allá del Indo? ¿Su sueño? Poul ató cabos. ¿Podría ser que la tensión genética se hubiera creado por la frustración causada por la falta de aventura? ¿Sería ese afán aventurero el único sentido de la vida de la antepasada de Cecé? ¿Sería, además, ese deseo tan intenso que pudiera causar una tensión genética al no verse cumplido? Era la primera vez que Poul no se enfrentaba a una situación maligna que tenía que evitar, sino a la obligación de lograr algo bueno. De cualquier manera, era cierto que Cecé era peculiar. Especial. El corazón de Poul retumbó y sintió la necesidad de apretar contra sí a Eunice con más intensidad.

—Llegarás tarde al reparto de comida. —Eunice le guiñó el ojo—. Nos vemos luego. Cuando... acabe mis tareas.

Con el ejército persa derrotado y ante la incapacidad de Darío de reconstruirlo, la hierba de Mesopotamia se convirtió en una alfombra que daba la bienvenida a Alejandro y a sus hombres. Eunice se alegró del avance rápido. Cuanto menos duraban los campamentos contruidos, menos se requería de sus servicios. Además, los griegos la acometían con más dulzura. La guerra hacía los hombres más rudos, bien por la euforia de la victoria, bien por la rabia de ver morir a los compañeros. Poul también agradecía que los encuentros de Eunice con otros hombres se redujeran y que pasaran a ser actos rutinarios sin detalles escabrosos que escuchar. Si por él fuera, los habría evitado todos. Pero si la muchacha podía seguir con ellos era únicamente por su utilidad. Aunque las mujeres eran una distracción en un campamento militar, ensalzaban el alma de los hombres, a veces demasiado hastiada de la dureza del viaje. Por eso, y porque no estaba bien visto que los generales gozaran del privilegio del calor humano y no sus hombres, se les dejaba cohabitar en tanto que no causaran problemas mayores.

Las puertas de Babilonia pronto se abrieron para recibir a un Alejandro triunfante que llegaba con el aspecto de salvador. La mayoría de la población se alegraba de la huida de Darío y muy pocos eran los que apostaban que el rey persa volvería a ocupar los palacios de Babilonia.

—Es increíble. Se mira con los ojos, pero se ve con el corazón —dijo Eunice cierto día en Babilonia observando la reconstrucción del templo de Marduk. Aquella especie de pirámide escalonada tenía una escalera que parecía subir hasta el mismo cielo.

—Lo increíble es la tolerancia de Alejandro —añadió Poul mirando hacia arriba—. Reconstruyendo un templo que pertenece a los persas contra los que tanto ha sufrido. Contra los que ha sufrido bajas.

—Alejandro mira con los mismos ojos que yo —se atrevió a añadir la muchacha, una chica que tenía facilidad para impresionarse con las cosas nuevas y que tenía una sed de descubrimiento inmensa—. Toda la belleza en este mundo ha de ser respetada y admirada.

—Entonces el respeto hacia ti debería ser el mismo que el que ha de tenerse por una diosa —dijo Poul sonrojando a la muchacha y a su propio corazón.

Los labios de ambos se acercaron a la misma velocidad y con el mismo deseo, permitiéndose el paso mutuamente. Unos sacos de arena cercanos que se acumulaban como material de construcción sirvieron como lecho improvisado. Eunice yació con él con toda la experiencia que había acumulado en los campamentos. Lo hizo como ella sabía, igual que siempre. Pero lo sintió de manera diferente. Poul, que ya no era un novato en las simulaciones, sabía que por sus constantes vitales y por determinados aspectos visuales Christiaan y el resto de técnicos podían imaginarse lo que estaba ocurriendo en la simulación. Pero de alguna manera, no le importaba.

Con la celeridad como estandarte, Alejandro continuó después conquistando Susa, cuyo tesoro saneó las arcas del ejército griego. Después vino Persépolis y esta vez la clemencia del rey macedonio no fue suficiente para que el palacio de Jerjes ardiera como represalia por la participación del rey aqueménida en la Segunda Guerra Médica. Sin esperar el paso del invierno, continuó la incesante persecución a Darío en Ecbatana, donde ciento ochenta mil talentos no eran suficiente premio para calmar la rabia de Alejandro al ver escapar al rey persa otra vez de entre sus dedos. Tras una marcha forzada de casi seiscientos kilómetros en once días, en los que Poul tuvo que cargar en varias ocasiones con Eunice, Alejandro por fin encontró a Darío. Pero estaba muerto, asesinado por los nobles persas que ya no confiaban en él. Alejandro honró la muerte de Darío, asegurándose

así la fidelidad de aquellos a los que había gobernado. Con el fin del rey persa, Alejandro Magno se convertía de pleno derecho en el conquistador de Persia.

Hasta entonces, el camino había sido intenso, duro, pero realizable gracias a la motivación que genera el éxito, el avance imparable y para Eunice, sobre todo, el estar constantemente pisando nuevas tierras y llenando ese corazón aventurero que retumbaba en el pecho con cada nueva localización. La sonrisa de Eunice estiraba la de Poul constantemente, aunque el joven comenzaba a preguntarse cuándo acabaría la simulación. Si el objetivo era saciar esa curiosidad viajera, el interventor comenzaba a preocuparse de que no tuviera límites y, en consecuencia, la tensión genética fuera irresoluble. En lugar de agobiarse en exceso, decidió disfrutar del viaje de Alejandro junto a Eunice. Un largo viaje. Posible gracias a que el tiempo en la simulación no era equiparable al de la realidad. Todo pasaba mucho más rápido a nivel cerebral. Aun así, ya eran varios los días que Poul y Cecé estaban postrados en la camilla, alimentados por vía sanguínea. Si se alargaba mucho más, Christiaan no dudaría en interrumpir la simulación.

Para más preocupación, las cosas comenzaron a ponerse turbias en torno a Alejandro. Las conspiraciones alrededor de él comenzaron a tomar forma, impulsadas por un ejército hastiado de tan larga campaña, deseoso de volver a casa con el botín. El hecho de que Alejandro tratara a los pueblos conquistados de igual a igual tampoco gustaba a sus hombres, que se veían con el derecho a someterlos, o más bien lo veían como un deber que otorgaba la victoria. En todas y cada una de las conspiraciones que llegaban a los oídos de Poul, el joven se preguntaba si debía intervenir, ya que el fin de Alejandro supondría el fin del viaje que Eunice deseaba. Pero dejó hacer a la historia, una historia que conocía bien. Sabía que el viaje de Alejandro no acabaría tan fácilmente.

—Se quieren.

Eunice miró de reojo a Poul al pronunciar aquellas palabras.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Poul mientras intentaba no alzar la voz para no ser una molestia en aquella celebración: la boda de Alejandro Magno con Roxana.

—Te he dicho que se quieren —volvió a atacar la muchacha—. Se nota...

—¿Se nota?

Poul miró alrededor. A un lado se colocaban los griegos, a otro los habitantes de la Bactria. Era una metáfora perfecta de lo que estaba ocurriendo. Alejandro quería unir a griegos y asiáticos, algo que tras tanta lucha y tanto odio era como mezclar el agua y el aceite.

—Este enlace es un aviso. Una unión que ha de ser respetada.

—He dicho que se nota —dijo la muchacha. Hasta con aquella cara de enfado fingido, Eunice irradiaba alegría.

—¿En qué se nota? —preguntó Poul molesto de que la chica no se diera cuenta del matiz político de la celebración. Poul apostaba que los escritos que aseguraban el amor entre ambos no eran más que una patraña para salvaguardar el honor romántico de Alejandro.

—En cómo la mira —dijo Eunice y sonrió de nuevo—. La mira igual que tú a mí.

Y es que Poul la miraba como se mira a alguien que le está cambiando la vida a uno sin que se dé cuenta.

Si lo primero que le sorprendió de ella fue la energía revulsiva que despedía, en el cruce del Hindu Kush pudo comprobar el poder y las ganas de vivir, en el sentido amplio de la palabra, que poseía la muchacha.

—Ten, o te congelarás.

Poul le ofreció su *himación* a Eunice mientras observaba aquella cordillera rocosa de aproximadamente mil kilómetros de longitud y que en la mayoría de su extensión superaba los cinco mil metros de altura.

—¡No! Es tuya.

Eunice se abrazó a sí misma, temblando.

—No la necesito —mintió Poul.

—¡Y yo necesito no necesitarla! —la chica escupió las palabras con coraje.

—Ya. Entiendo —dijo Poul—. Necesitas confirmar tu existencia retando al mundo entero. Nada te puede parar, ¿verdad?

—Sí. Nada me puede parar. ¿Pasa algo? —preguntó Eunice de mala gana.

—Con esa actitud puede que algún día te encuentres con tus propios límites...

—Puede. O no —dijo la muchacha enfadada, estaba harta del látigo desmoralizante que golpeaba al ritmo del *no puedes* y que había marcado su vida anterior al viaje—. ¿Tú también crees que no sirvo para nada?

Poul agarró de la mano a la chica y tiró de ella. No hicieron falta palabras para decirle que no solo confiaba en ella, sino que su forma de pensar había hecho que él confiara más en sí mismo. Sufrieron para ascender las interminables pendientes, se destrozaron los pies entre las rocas del paisaje. El frío se materializó en forma de cristales dentro de sus huesos y el dolor les intentaba aconsejar el camino de vuelta. Pero una vez en la cima... Una vez en la cima...

Todo tenía sentido.

Pocos días después, Eunice chapoteaba en el río Indo. Poul descansaba sentado en una roca, recuperaba energías tras la lucha por conquistar el valle. Los peces saltaban, parecía que se alegraban tanto como el chico de ver el cuerpo desnudo de la joven.

—Te dije que te traería... —dijo Poul. Después corrigió sus palabras, sabía que a la muchacha le gustaba valerse por sí misma—. Te dije que llegaríamos al Indo.

—Más allá del Indo —le corrigió la chica, que se acercó a él nadando.

—¿Más lejos quieres ir?

Esta vez Poul preguntaba más por curiosidad que por preocupación. Aunque seguía queriendo acabar bien la simulación, disfrutaba de ella.

—Al fin del mundo.

Eunice se acercó a él, pidió un beso. Pero cuando Poul se agachó para impactar contra sus labios, fue empujado a traición cayendo inevitablemente al agua. Fue la última vez que se rieron a carcajada limpia en la simulación.

Solo el río Hidaspes separaba al ejército de Alejandro del ejército de Poros, rey de Paura. Las tropas macedonias y griegas doblaban en número a las del rey indio. Tras las victorias en minoría que había conseguido Alejandro, no debía de haber preocupación alguna. Sin embargo, el hastío se había acomodado en el corazón de los soldados griegos que echaban de menos su hogar. El clima cálido, el terreno selvático y el miedo a lo desconocido habían terminado de generar un

clima poco propenso para la batalla. Poul podía sentirlo. La falange ya no era una bola de demolición compacta como lo había sido en Gaugamela. Ahora era un grupo de hombres cansados. La larga campaña les había robado el alma.

Poros había ganado la fase de posicionamiento. A su lado del río, se había asentado preparándose para repeler cualquier avance de Alejandro. El avance de un ejército que ya no disponía del ímpetu necesario para romper las filas enemigas. Cualquier intento de buscar un vado por el que cruzar el caudaloso río hacía que el ejército indio se moviera como una amenaza permanente. Dos semanas se habían seguido el uno al otro, cada uno a un lado del cauce. Dos semanas de sueño ligero, de sospecha permanente. Finalmente, Alejandro había optado por el engaño. Habiéndose quedado él con la mayoría de sus tropas para no despertar sospecha, había enviado a su general Crátero a buscar un lugar para cruzar el río con la caballería y poder así atacar por dos flancos al ejército indio. A pesar de las dificultades iniciales, Crátero cruzó el río y atacó por sorpresa a los indios. Poros respondió con un pequeño contingente liderado por su propio hijo que fue aniquilado por los macedonios. La muerte del príncipe desató la rabia en el rey Poros, que rápidamente lanzó el grueso de su ejército contra Alejandro.

Poul los vio venir. La falange a la que pertenecía ya no era tan aislante como lo era anteriormente, y aunque estaba en cuarta fila, podía presenciar lo que ocurría en el frente sin problemas. La mezcla de asiáticos y griegos en el ejército, con lanzas menos largas y escudos menos compactos, hacían de la falange poco más que una agrupación heterogénea. Aun así, con esfuerzo, los muros de lanzas griegos podrían detener al ejército rival. El problema estaba en que, cuando la infantería contuviera a los enemigos, debería aparecer la caballería griega para golpear con la táctica del martillo y el yunque que tanto éxito le había proporcionado a Alejandro.

Pero la caballería no estaba por la labor de actuar. Los elefantes indios, en primera línea, eran una pesadilla para los corceles. Los caballos huían al detectar el simple olor de los paquidermos. La infantería, más por dignidad que por esperanza, aguantaba algo más, al menos hasta que las bestias entraban en contacto con los hombres, aplastándolos, golpeando con la fuerza de un martillo divino. Los elefantes... Eran sin duda un muro de vida impenetrable. Poul llegó a tener uno a escasos dos metros de él. Le pareció que la bestia le miraba, que con sus ojos le decía que había ido a asesinarle. Y no había un músculo de su cuerpo que no se pusiera a temblar.

Fue incapaz de moverse. Y aunque vio la enorme cabeza del animal girarse hacia él, aunque vio a la bestia comenzar a dirigirse hacia él, y aunque vio al paquidermo hacer un movimiento de cabeceo, fue incapaz de moverse y esquivar el colmillo que le atravesó el pecho y apareció por su espalda. Los pies se le despegaron del suelo cuando la bestia le levantó sin apenas esfuerzo. Fue tan violento el golpe que la simulación acabó de repente, sin el típico desvanecimiento de colores y sensaciones frecuente en cada fin de simulación.

37

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

Poul se despertó escupiendo sangre sobre su pecho y delirando. Entre los gritos se podía entender alguna oración del tipo *me han atravesado con un cuerno de elefante*. Hicieron falta varios técnicos para retenerle en la camilla. Cecé, una vez fue liberada del cableado de la maquinaria, se asombró a sí misma levantándose asustada y corriendo hacia Poul. Sin saberlo, acababa de graduarse en la asignatura del amor.

—¿Qué le pasa? —preguntó asustada—. ¿Se va a poner bien?

—Se va a poner bien —afirmó Christiaan sereno mientras intentaba inyectar el sedante a Poul—. ¿Qué ha pasado? Poul, ¿me escuchas? ¿Qué ha pasado?

—Un elefante... Tío, un elefante...

Poul recuperaba la tranquilidad. Jadeaba, respiraba agitadamente. Pero al menos, era capaz de mantenerse acostado en su camilla. Parecía que el sedante también había actuado en Cecé, que había dejado de apretarse las manos de manera inconsciente y recuperaba su ritmo cardíaco normal.

—¿Un elefante?

Superada la crisis, Christiaan no pudo hacer otra cosa que esbozar una sonrisa.

—Los elefantes indios... He sentido lo que es paralizarse de miedo...

Poul aún cerraba el puño intermitentemente y mostraba muecas de dolor.

—Tranquilo Poul, ya se ha acabado la simulación. Vuelves a estar en un lugar en el que los elefantes están en zoológicos... — bromeó el holandés, aunque un instante después su rostro se volvió excesivamente serio—. El resultado no es bueno.

—Imagino —dijo Poul mientras le pasaban una toallita por la boca. Los gritos habían sido tan desgarradores que se había rasgado y herido la garganta—. Ha sido muy raro. Mi objetivo era saciar la curiosidad de la paciente. Te digo que dudaba de que algo así fuera posible.

—Eso abre un horizonte nuevo —dijo Christiaan rascándose la cabeza—. ¿Acaso existen tensiones genéticas que por definición son imposibles de solucionarse? Interesante. Y aterrador...

—Sí, un tema importante que desarrollar. Pero en la práctica, ¿cómo nos influye?

Poul giró la cabeza, miró a una Cecé ahora más calmada.

—Una tensión no solucionada... —empezó a decir Christiaan. Paró de hablar, buscó las palabras más suaves que pudo antes de seguir—. No se puede conseguir una recuperación total con tensiones no resueltas. No digo que no podamos solucionar la enfermedad, solo digo que, en el mejor de los casos, quedaría algún síntoma residual que...

—Ahora soy yo la que quiere que nos dejéis solos —interrumpió Cecé—. Necesito hablar con Poul.

—No. Es Christiaan el que mejor puede explicarte la situación...

—Cállate, Poul. ¿No ves que hasta tu voz sale dolorida? Deja descansar esa garganta herida. Solo quiero que me escuches —dijo Cecé. Esperó que el personal de quirófano abandonara la sala para continuar—. Gracias, Poul. No sé lo que has hecho, pero gracias.

—No las des. —Poul hizo un esfuerzo para emitir las palabras con nitidez—. Ahora te sientes agradecida porque provoqué cambios en tu subconsciente. Pero esos sentimientos no son reales.

—Si no son reales, ¿por qué estoy haciendo algo que odio hacer?

Poul se dio cuenta de que se refería a las lágrimas que correteaban por sus mejillas.

—Eh, Cecé. Tranquila —dijo Poul. Se incorporó, se alegró de no encontrar un agujero en su torso—. Ha sido una de mis simulaciones más intensas. Entiendo que ahora te sientas confusa. Es como si hubieras tenido una revolución hormonal.

—Yo sé mejor que tú lo que es una revolución hormonal. —Cecé se sentó en la camilla, agarró las manos de Poul—. Siempre he sido una despreocupada para mí misma, y ahora me preocupo por lo que te pueda pasar a ti... Soy una idiota...

—A lo mejor te has dado cuenta de que eres un poco humana...

—No. ¿Sabes por qué estoy aquí? No, déjame hablar. La última vez que fui al hospital porque mi cuerpo había decidido sacar toda la sangre de su sitio me desahuciaron. Me dijeron que no tenían ni idea de lo que tenía y que lo más probable es que la próxima vez que pasara algo así moriría. ¿Sabes lo que se siente cuando un médico te dice que te vas a morir? Yo no lo sé, porque no sentí nada. Entonces llegó Caristeas buscando enfermos con enfermedades raras. Me dijo que me pagaría el tratamiento en MedíTíme, a cambio de una pequeña colaboración con él. Y yo, ¿sabes qué pensé?

—Que vaya una suerte encontrar alguien tan bondadoso. —Poul se incorporó un poco más en tanto que los dolores que había creado su mente se lo permitían—. Que no ibas a morir...

—No. Que iba a disfrutar de la tecnología de MediTime. Morir me daba igual. Pero tener la oportunidad de ver de cerca algo tan apasionante me daba la vida.

—Ya veo. La despreocupada aventurera...

Poul pensó que Cecé y Eunice se diferenciaban en muy poco.

—Siempre he sido así, y entiendo que es porque esta actitud me hace evitar el miedo a la muerte. Pero ahora... Ahora...

A Cecé se le cerró la garganta, apretó los ojos muy fuerte para evitar lo inevitable, que las lágrimas se convirtieran en un flujo constante de miedo y tristeza.

—Ahora me da mucho miedo la muerte, me da pánico que venga a por ti o por mí.

—Cecé... —dijo Poul. Suspiró—. Esa declaración es muy bonita, pero tienes que buscarte una forma de pensar que te aleje de pensamientos así. Eres una experta en evadir sentimientos indeseados.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que hacerlo?

—Primero, porque lo que sientes no es real, te he comido el coco de manera involuntaria —dijo Poul, esta vez siendo él el que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar—. Y segundo, porque el que tiene miedo a que la muerte se entrometa en la unión de dos personas soy yo. Sé de lo que hablo. Mira, vamos a esperar a Christiaan. Vamos a ver si podemos seguir interviniendo. Tras este fracaso, temo que todo haya acabado aquí. Espero que mi amigo venga con buenas noticias. Si las trae, seguiremos con tu tratamiento,

recuperarás la salud y podrás seguir siendo la despreocupada que siempre has sido. Ya lo verás.

Cecé afirmó con la cabeza sin estar convencida. Sorbió por la nariz. Deseaba que Christiaan volviera con buenas noticias para seguir interviniendo. No porque le preocupara su salud, sino para poder seguir estando cerca de Poul.

38

301 a.C.

Antigonia

Al principio, Poul pensó que la conexión no se había establecido bien, pues allá donde mirara solo había negrura. Su primera deducción fue que el sentido de la vista no había conseguido conectarse como se esperaba. Christiaan ya le había avisado de que tras el fracaso de la anterior intervención, caminaban sobre terreno frágil, que la simulación podría no seguir el protocolo establecido. Que podían ocurrir *cosas extrañas*, había dicho exactamente. Conforme sus ojos se adecuaron a la oscuridad, se rompió su teoría. La vista estaba bien conectada, pero tenía que acostumbrarse a la penumbra de la celda. Poco a poco identificó las piedras que formaban las paredes, el hierro que había sido moldeado en forma de rejas. Lo peor fue cuando el sentido del olfato entró en acción. Oía fuertemente a orina, también le ayudó a identificar algo blando que había pisado segundos antes. Sudor, vómitos, carne corrompida... toda una colección de olores nauseabundos golpearon sus fosas nasales y las arcadas hicieron aparición.

—¿Qué mierda hago aquí? —se preguntó a sí mismo horrorizado, si bien la pregunta era lanzada a cualquier dios que pudiera estar escuchándole o al mismísimo destino.

—Esperar la muerte. Lo mismo que todos —dijo un desconocido. Con las pupilas más dilatadas, Poul pudo observar un grupo de personas que le acompañaban en la celda, todos con

posturas de resignación. El hombre que le había hablado continuó con sus pesimistas palabras—. Algunos ya han tenido la suerte de acabar con esta espera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Poul, reprimiendo una nueva arcada.

—En el Hades —dijo el hombre emitiendo la que pensó que podía ser su última carcajada—. O en la prisión de Antigonía, como quieras llamarlo.

—¿Cómo podemos salir de aquí?

Poul se acercó a los barrotes, tiró de ellos con fuerza sin éxito.

—¿Vivos? De ninguna manera.

El preso volvió a reír confirmando que la anterior no había sido su última risa.

—¡Eh! ¡Silencio! —gritó uno de los guardias cercanos. Tras entrecerrar un poco los ojos se acercó rápidamente—. ¡Os dije que me avisarais si se despertaba ese hombre!

El guardia llamó a sus colegas, que rápidamente introdujeron sus lanzas entre las rejas obligando al resto de presos a colocarse junto a la pared opuesta. El que se acercara, sería atravesado. El guardia que abrió la puerta hizo una señal a Poul para que se acercara. Y lo intentó al menos, antes de ser agarrado fuertemente por la espalda.

—¿Cómo de valioso es este hombre para vosotros? —dijo el preso que agarraba a Poul con la fuerza de un oso—. Lo mato, pronto lo mato y lo perdéis.

—¡Quieto! ¡Por los dioses! Si le haces algo a ese hombre tendrás un castigo terrorífico.

Los guardias movieron sus lanzas un poco más hacia delante.

—¿Acaso algo hay más terrorífico que esta prisión?

El preso, que apretaba cada vez más la garganta de un Poul que ya empezaba a notar la falta de oxígeno, tenía razón.

—Guiso de liebre, y pan, todo lo que necesites.

El guardia había sido listo. La amenaza había dejado de ser eficaz tras la tortura a la que habían sometido a los presos. En cambio, el placer de disfrutar de un buen bocado era algo irrechazable para aquellos seres de hambre eterna.

—Está bien.

El preso soltó y empujó a Poul. Sabía que jamás saldría vivo de allí, hiciera lo que hiciera. Así pues, disfrutar de un buen manjar era a lo máximo que podía aspirar. Lo que no sabía era que nunca disfrutaría de él.

Poul salió de la celda y fue acompañado por los guardias. La piedra del suelo raspaba unos pies que, tras haber pisado excrementos, se aseguraban una futura infección. Las gotas de agua se filtraban por el techo y caían sobre su piel desnuda. Se preguntó si no sería la orina de los que vivían arriba de la prisión, ajenos a todo lo que ocurría un piso más abajo.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —dijo una voz femenina. Al pasar por delante de otra de las celdas, una chica se aferró a los barrotes, sacó su cabeza entre ellos y continuó con sus gritos de alegría—. ¡Estás vivo! Aunque, era algo de lo que estaba segura.

—¡Eunice! —gritó Poul. Se separó de los guardias, que agarraron las lanzas con más fuerza. Se acercó a la chica y agarró sus manos—. Eunice... ¿Qué haces aquí?

—Se creen que pueden encerrar a una aventurera... —dijo la chica con una sonrisa triste—. Dijeron que un elefante te había

matado en el río Hidaspes... Yo sabía que no. Lo sabía y no lo dudé ni un instante...

—¡Ya está bien! —dijo uno de los guardias que agarró a Poul, le separó de la muchacha. Tuvo que utilizar toda su fuerza para que las manos de ambos se separaran—. No querrás hacer esperar al señor de Antigonía.

—Te sacaré de ahí, Eunice... —dijo Poul mientras le arrastraban por la dura piedra del suelo.

Durante el camino a través de la prisión, las calles y el palacio de Antigonía, Poul pensaba en una única cosa: *dijeron que un elefante te había matado en el río Hidaspes*. Eso había ocurrido en la anterior simulación. Podía darse el caso de que los recuerdos almacenados en el ADN de Cecé hubieran creado esa historia previa al personaje de Poul, pero hubiera sido demasiada casualidad. Podía darse el caso, también, de que la anterior simulación hubiera afectado a la nueva. Además, ahora con la luz exterior, Poul había podido observar un agujero cicatrizado en su pecho, que podía ser el resultado de la cornada del elefante. No sabía qué pensar. La cabeza le ardía. Poul era el hombre de acción, Christiaan era el que pensaba en esas cosas. De todas las piezas que no conseguía encajar, lo que de verdad le importaba era que si estaban enlazadas, podría ser que una buena resolución en este caso arreglara también las tensiones genéticas del caso anterior, lo que se traduciría como una perfecta curación de la paciente. Si esa posibilidad era cierta, Poul no podía desaprovechar esta nueva oportunidad.

Le lavaron, le arrancaron de la piel el pegajoso hedor que se le había adherido al cuerpo en la celda. Poul lo agradeció. Echaron sobre su cuerpo unas gotas que acariciaban el alma al utilizar con ellas

el sentido del olfato. El interventor intentaba olerlas desde más cerca para averiguar su olor.

—Es fragancia de rosa —le aclaró una de las esclavas que le adecentaban al sentir la curiosidad del joven—. ¿Sabes que las rosas eran blancas al principio? Hasta que la diosa Venus se pinchó con una y su sangre les cambió el color.

—Me interesa más saber por qué cubrís mi cuerpo con un olor de mujer —dijo Poul desde la ignorancia que poseía respecto al mundo de la perfumería griega.

—Antígono se reserva el *rhypos* para él mismo —dijo la esclava haciendo alusión a la pomada hecha con sudor masculino y aceite de oliva que utilizaban los hombres griegos para favorecer su masculinidad—. Puede que quiera que el resto del mundo parezca demasiado femenino comparado con él. Supongo que así calma su inferioridad por la falta de un ojo.

—¡Calla Gelasia! —le recriminó otra de las esclavas—. Hablar así de nuestro señor no te puede traer nada bueno.

—Utilizaríamos esencias orientales para perfumarte —la tal Gelasia volvió al tema anterior, mucho más seguro—. Pero desde que Solón las prohibió es difícil hacerse con ellas. Mucho más desde que las relaciones con las tierras orientales no son buenas...

Poniéndole una túnica blanca las esclavas decidieron que ya habían terminado su trabajo de dejar presentable a Poul. Pronto vinieron a por él y continuó el viaje por el interior del palacio.

Tras no mucho tardar, pues por lo visto la economía griega no estaba como para ser gastada en gigantescos palacios, se encontraba delante del trono de Antígono I. Un trono que aspiraba a reinar el extenso imperio del difunto Alejandro Magno. Antígono se levantó,

bajó un par de los escalones que le separaban de Poul y le señaló. El interventor agachó la mirada ante su presencia, no por el respeto que le infundía, sino por la desagradable visión de su ojo izquierdo atravesado perpendicularmente por una enorme cicatriz.

—Así que tú eres el inmortal del que hablan —dijo el ya envejecido Antígono I el Tuerto, *diádoco* que había heredado la Grecia continental y parte de Asia Menor tras la muerte de Alejandro Magno.

—¿Inmortal? —preguntó Poul sorprendido—. Unos minutos más en las celdas y esas palabras ya no tendrían sentido.

—Esos necios deshonran la memoria de Alejandro —dijo Antígono terminando de bajar las escaleras haciendo alusión al resto de *diádocos*. Comenzó a caminar alrededor de Poul—. Destruyen lo que él construyó. Lo parten en pedazos.

—Ya. Imagino que tu manera de proteger la memoria de Alejandro es volver a unificar sus tierras conquistadas —ironizó Poul. Antígono ordenó que le quitaran la túnica—. Imagino también que esa tarea solo puede cumplirse bajo tu mandato.

—Seleuco, Casandro y Lisímaco ya marchan hacia aquí —continuó Antígono sin verse afectado por el ataque a su codicia—. Unidos igualan mis fuerzas. Cada detalle cuenta, y mira que los dioses me regalan la posesión de un inmortal.

Antígono señaló al pecho de Poul, a la cicatriz circular que tenía en la espalda una pareja homóloga. Poul no pensó que, además, habían pasado veinticinco años desde la batalla del Hidaspes y la simulación le había devuelto a esta nueva situación con el mismo aspecto de siempre, el actual de Poul, lo que el resto de personajes podían interpretar como una eterna juventud.

—Tengo dos opciones —dijo Antígono. Alzó el dedo índice para continuar su exposición—. Podría llevarte a la batalla y sembrar

el pánico en las filas enemigas al saber que un héroe inmortal está de nuestro lado. O podría asesinarte y fomentar la idea de que ni los hombres eternos pueden sobrevivir a mí.

—¿Matar a todo lo que está en tus manos? ¿Así piensas asegurar tu poder? ¿Qué crees que pensaría Alejandro? —preguntó Poul intentando argumentar a favor de la opción que no contemplaba su asesinato—. Pues bien, has de saber el respeto que Alejandro tenía a las culturas que distaban de la ideología griega. Has de saber que prefería la comprensión a la imposición.

—¡Estúpido! —gritó Antígono encarándose al joven—. ¿Me das lecciones? ¡Con tu insolencia acabas de ayudarme a decidir!

—Le ves en sueños, ¿verdad? —dijo Poul, que conocía la mente atormentada de Antígono.

—Le veo en sueños —reconoció el gobernante sin vergüenza—. Y en todos ellos le digo que recuperaré su gloria perdida. Él lo verá. Y tú también, pues te vienes al campo de batalla, que tus ojos sean testigos del nuevo renacimiento de Grecia bajo mi mando.

Así, Poul fue obligado a emprender el viaje rumbo a la batalla que enfrentaría a los *diádocos*. Seleuco de Babilonia, Casandro de Macedonia y Lisímaco de Tracia habían decidido unirse contra Antígono, uno de los mejor parados en el reparto de la herencia de Alejandro Magno. El largo camino fue fructífero, pues le ayudó a ganarse la confianza de Antígono, lo que le había valido cambiar su condición de esclavo a aliado. Haber vivido, aunque de manera simulada, las batallas de Gaugamela y del río Hidaspes le había hecho ganarse el respeto, pues Antígono había acabado su viaje en Frigia, al ser considerado excesivamente anciano por Alejandro para continuar la larga campaña. El conocimiento sobre la historia del fallecido rey macedonio era demasiado preciado como para prescindir de él. A cambio, Poul se dejaba querer y buscaba la amistad de Antígono con

el objetivo de pedirle que liberara a Eunice. De momento, no había cedido a liberar ningún esclavo, pues podían ser un bien preciado en las negociaciones previas a la batalla. Pero el joven no perdía la esperanza. Esperaba que la dura coraza de Antígono, ahora con ochenta y un años, acabara rompiéndose.

—Bien, pues ya estamos aquí —dijo Antígono mientras miraba al horizonte observando la disposición del enemigo. Cerca de setenta mil unidades de infantería se enfrentaban a otras tantas, dispuestas de forma similar. La legendaria falange griega que había llegado hasta la India, ahora se enfrentaba a sí misma—. El hijo de Seleuco está mal posicionado. Joven e inexperto. Atacar por ahí puede ser un buen comienzo para la batalla.

Poul, al cual Antígono había decidido tener cerca, había podido escuchar aquellas palabras. Sabía la manera en la que se desarrollaban los acontecimientos de la batalla de Ipsos. Lo que no sabía era la manera en que podía invertirlos. Él, un hombre entre ciento cincuenta mil. Así que, mientras observaba a Demetrio Poliorcetes llevar a toda la caballería antigónida al ataque, esperaba el momento exacto para intervenir. Demetrio Poliorcetes, futuro *Asediador de ciudades* y rey de Macedonia, cargó contra Antíoco, que huyó en desbandada, rompiendo la formación del ejército de los aliados. Relamiéndose ante la posible victoria, Demetrio persiguió a Antíoco... cayendo en la trampa. En la retaguardia de Antíoco estaban los elefantes del ejército enemigo que provocaron el caos en la caballería de Demetrio. Los caballos huían de manera desorganizada dejando al ejército de Antígono sin su unidad más importante. Lo que había parecido un ataque exitoso se había convertido en una maniobra inconsciente cuyo resultado había sido la destrucción de la caballería de élite.

Sin el apoyo de la caballería, la infantería de Antígono se inundó de dudas. Con la lanza sobre el hombro y a paso lento para no mostrar ningún interés en atacar, abandonaron su formación y

cambiaron de un ejército a otro, dejando a Antígono junto a los pocos fieles que estaban dispuestos a dar la vida por él. La batalla ya había sido decidida.

Pero aún no había acabado.

—¿Anoche soñaste con él? —le dijo Poul una vez se hubo acercado a un Antígono cuyo rostro no permitía adivinar si estaba decepcionado o ya había asimilado los nuevos acontecimientos.

—Soñé con él. Soñé que me daba la espalda y se unía al ejército enemigo —confesó Antígono. Poul ya conocía la famosa anécdota que había sobrevivido al tiempo. De hecho, la antepasada de Cecé debía de conocerla para haberla grabado en su ADN y que él pudiera estar reviviéndola—. Solo queda morir con dignidad.

—Eso te honra —dijo Poul a un Antígono excesivamente anciano, que con más de ochenta años buscaba una muerte heroica—. Pero antes de encontrarte con Alejandro Magno, podrías tener un último gesto que le haga estar orgulloso. Libera a los esclavos, Antígono. Son griegos, todos los que os estáis enfrentando tenéis sangre griega o macedonia, aquella que una vez dirigió el gran Alejandro.

—¿Qué me importan a mí los esclavos? —dijo Antígono en un tono neutro, ya sin entusiasmo ni vida.

—Padre... —dijo un recién llegado Demetrio, bañado de sangre y con la respiración agitada—. Lo siento. Creía que podría derrotar a Antíoco y abrir una brecha en la formación rival...

—No te preocupes, hijo. Huye, salva tu vida. Llévate los hombres que puedas. En tus manos queda nuestra dinastía. —Y entonces miró con el único ojo que le quedaba sano a Poul—. Libera los esclavos, será un gesto bien aceptado por tus rivales, te conviene contentarles mientras recompones tus fuerzas.

—Un gran gesto —agradeció Poul.

—No seas estúpido. Huye tú también. Aquí nos quedamos los que tenemos algo que redimir.

Antígono desenvainó su espada. Poul tiró de las riendas para hacer girar su caballo ciento ochenta grados y emprender la marcha. Había cumplido su objetivo. Eunice sería liberada. Comenzó a cabalgar a toda velocidad. A pesar de la distancia que ya le separaba del frente del ejército, aún pudo escuchar el grito suicida de Antígono. *¡Zeus y la victoria!* El grito se fue apagando, así como el resto de la simulación, una vez hubo cumplido su objetivo.

PRESENTE

Copenhague, Dinamarca

—No... te... lo vas a...

Poul estaba extasiado, deseoso de comunicar las buenas nuevas.

—Tranquilo, Poul —le insistía Christiaan—. Parece que tu cerebro ha vuelto a la vida antes que tus cuerdas vocales, por eso te cuesta hablar. No tardarás en...

—¡No te lo vas a creer! —repitió Poul. Al parecer, todo estaba ya en orden—. Las simulaciones estaban conectadas, ¡conectadas!

—¿Cómo?

La manera tan agitada de expresarse de Poul no le ayudaba a comprender lo que pretendía comunicarle.

—La anterior simulación, la fracasada, y esta, estaban conectadas. Es la primera vez que ocurre, pero yo era el mismo personaje virtual.

La sonrisa de Poul mostraba que entendía que eso era algo bueno.

—Bueno, déjame pensar... —Christiaan se ajustó las gafas, un gesto reflejo que hacía cada vez que tenía que activar su cerebro—. Puede que pasara dos traumas en la misma vida. Es decir, que una

misma antepasada sufriera dos traumas generadores de tensiones genéticas. En ese caso... puede que...

—Más que las causas —Poul volvió a hablar ante las dudas de su compañero—, me importan las consecuencias. ¿Significa eso que si he solucionado bien esta simulación habré corregido también la anterior en la que había fallado?

—No lo sé, Poul, no lo sé... —El holandés pelirrojo miraba el monitor—. Lo que sí que puedo observar es que ya no hará falta más intervenciones, el análisis no muestra nuevas tensiones contra las que pelear.

—¿Ya no más explosiones de sangre? —dijo Cecé uniéndose a la conversación—. ¿Ya estoy curada?

—Es posible. Si tuviera que apostar el poco sueldo que me paga Poul, lo haría a que estás totalmente sanada —aseguró Christiaan con una sonrisa que llenaba de amabilidad su difuso rostro—. Pero no es seguro.

Poul se duchó, se cubrió con la comodidad de unos tejanos y una camiseta básica blanca. Amaba ese color, por mucho que le dijeran que no le sentaba bien por la palidez de su piel. Fue a la recepción a esperar a Cecé para despedirse de ella. La muchacha no tardó en aparecer, dispuesta a dejar atrás la clínica y disfrutar de una vida sin estar pensando a cada segundo cuándo volvería a reventar su cuerpo.

—Bueno, me alegro de que todo haya ido bien. No podemos afirmar que estés totalmente curada, pero Christiaan rara vez apuesta al caballo perdedor.

Poul tendió la mano para despedirse.

—¿Te despidas de una manera tan formal? —Cecé soltó la maleta y se lanzó hacia él. Le rodeó con sus brazos y le apretó con fuerza. Poul sintió que los dos corazones latían al mismo ritmo cuando estaban tan cerca—. ¿Un café?

Poul asintió. Le indicó con su dedo el camino a seguir y en menos de un par de minutos llegaron a la cafetería de la clínica. Él se pidió un café solo sin azúcar ni edulcorantes empujado por su afán de descubrir el verdadero sabor de las cosas, aunque fueran amargas. Ella se pidió un carajillo largo de orujo.

—¿Qué tal todo? —preguntó Cecé para cortar el silencio mientras removía su bebida con una cucharilla.

—Bien. Ya sabes que no es definitivo, pero lo más probable es que jamás vuelvas a sentir síntomas. Fue un caso difícil, pero al final todo ha salido bastante bien.

Poul dio un trago a su café, sus gestos delataron que su cuerpo prefería el sabor dulce al deseo de pureza.

—No hablo de mí. Hablo de ti —dijo Cecé. Poul se quedó sorprendido ante aquel interés de la muchacha—. Estás muy triste.

—Es porque te vas —bromeó Poul, sin saber el impacto que podían tener aquellas palabras.

—Hay intercambio de información, ¿recuerdas? —apuntó la chica. Sobre ese tema le había hablado Caristeas para que entendiera su verdadero cometido—. No sé el motivo, ni el proceso, pero sí sé que durante las intervenciones me has transmitido una inmensa tristeza.

—Mi novia murió hace casi un año —confesó Poul. De repente, volvió a importarle bien poco la pureza de las cosas.

—Lo siento —se lamentó Cecé por haber sacado un recuerdo tan doloroso—. Si puedo ayudarte en algo...

—Le asesinaron —explicó el joven. Puesto que ya se había sacado el tema, que era lo más duro, Poul decidió seguir hablando—. Indirectamente, fue asesinada por MediTime. Les conoces. Te trataron antes de venir aquí.

—Es muy duro. Volvería a decir que lo siento, pero soy de las que piensan que jamás hay que lamentarse dos veces por un mismo motivo.

De nuevo volvió a brillar la magnífica sonrisa de Cecé.

—No pasa nada. —Poul estiró un poco los labios—. Al principio quería vengarme, de cualquier manera y a cualquier precio.

—¿Y ahora?

—Ahora no me importa tanto. Puede que les caiga una buena por atentar contra la seguridad mundial, de eso se encargará Caristeas. O no. Eso ya no está en mis manos. En cualquier caso, creo que ya no me importa.

—¿En serio? ¿Y ese cambio de opinión?

—Alguien me debe haber contagiado algo de pasotismo, y siento muy bien. Hay traspaso de información, ¿recuerdas? —Cecé se sonrojó al escuchar aquellas palabras—. No estás curada completamente y puede que no esté preparado para enfrentarme de nuevo al sufrimiento de un ser querido, pero... ¿Te gustaría salir conmigo?

Los ojos de Cecé se abrieron con alegría y exageración y no se creyó que le estuviera preguntando algo así hasta que estuvieron saliendo de la clínica agarrados de la mano. Christiaan tuvo que correr para interceptarles antes de que se marcharan.

—¿Te vas? —el pelirrojo preguntó a Poul mientras miraba las manos cruzadas de los dos jóvenes—. Tenemos algo pendiente. ¡No te despistes ahora! Yo solo no voy a poder derrotar a MediTime.

—Ya les he vencido en el momento en el que he decidido que ya no son una obsesión para mí. —Poul apretó fuertemente la mano de Cecé—. Además, voy a estar ocupado en otros menesteres, lo que quiere decir que no voy a poder intervenir con tanta frecuencia. Vas a tener que acelerar el programa de reclutamiento de interventores y, Christiaan, vas a tener que estudiar un poco más para ser el mejor de la clase. Quiero verte intervenir lo antes posible.

—Poul... —El pelirrojo no sabía qué decir—. MediTime... Nuestra venganza...

—Les olvidaré. O eso creo. —De repente, Poul soltó una carcajada, como si se le hubiese ocurrido algo ingenioso—. Y si no soy capaz de superar ese trauma... que sean mis descendientes los que usen los viajes en el tiempo para solucionarlo y acabar así con las tensiones genéticas que pueda transmitirles...

Técnico e interventor rieron ante la ocurrencia. Cecé no entendía muy bien el comentario. Esperaba poder acostumbrarse a aquella jerga que le sonaba a un idioma extranjero. Ni se imaginaba lo pesados que podían ponerse los dos amigos cuando hablaban de ese mundo que les apasionaba, al que dedicaban su vida. Una vida que, a partir de ahora, esperaba poder compartir con ellos.

FIN

ANTES DE ACABAR...

Antes de que des por finalizada esta lectura y te marches, quería agradecerte que **hayas llegado hasta aquí**. Que alguien se interese en tu libro es algo maravilloso, pero que además invierta el esfuerzo y el tiempo requerido para completarlo, es algo que hace que mi corazón resuene fuertemente con el tuyo.

Recuerda que tienes más **contenido** en www.jonicaro.com, donde estaré encantado de recibirte. También puedes escribirme un correo a jonicaroescritor@gmail.com contándome qué te ha parecido. Saber que hay gente que ha acabado esta historia (e incluso que la ha disfrutado) es la mejor energía para seguir reventando teclas. Y si no te ha gustado, saber por qué me ayudará a mejorar.

Si te ha gustado el libro, te animo a fomentar el modelo **Pay after show** para la creación y potenciación de la cultura, donde cada uno aporta lo que cree justo tras disfrutar de la obra. Si te ha gustado cero, me parece correcto y acorde que no pagues por ello. Pero si te ha gustado, agradecería cualquier tipo de donación, la que creas conveniente, [haciendo clic aquí](#). Aunque sea para un café, te aseguro que disfrutaré de él como el mejor estímulo para seguir escribiendo y ofreciendo nuevo contenido.

Ahora sí, me despido. Espero que hayas disfrutado de la lectura, como también espero que esto no sea una adiós, sino un hasta pronto. Gracias por entrar en mi mundo, uno que espero que siga creciendo con el tiempo y del que me sentiría afortunado de que siguieras siendo parte.

Recibe un cordial saludo. ¡Espero que nos volvamos a leer!

